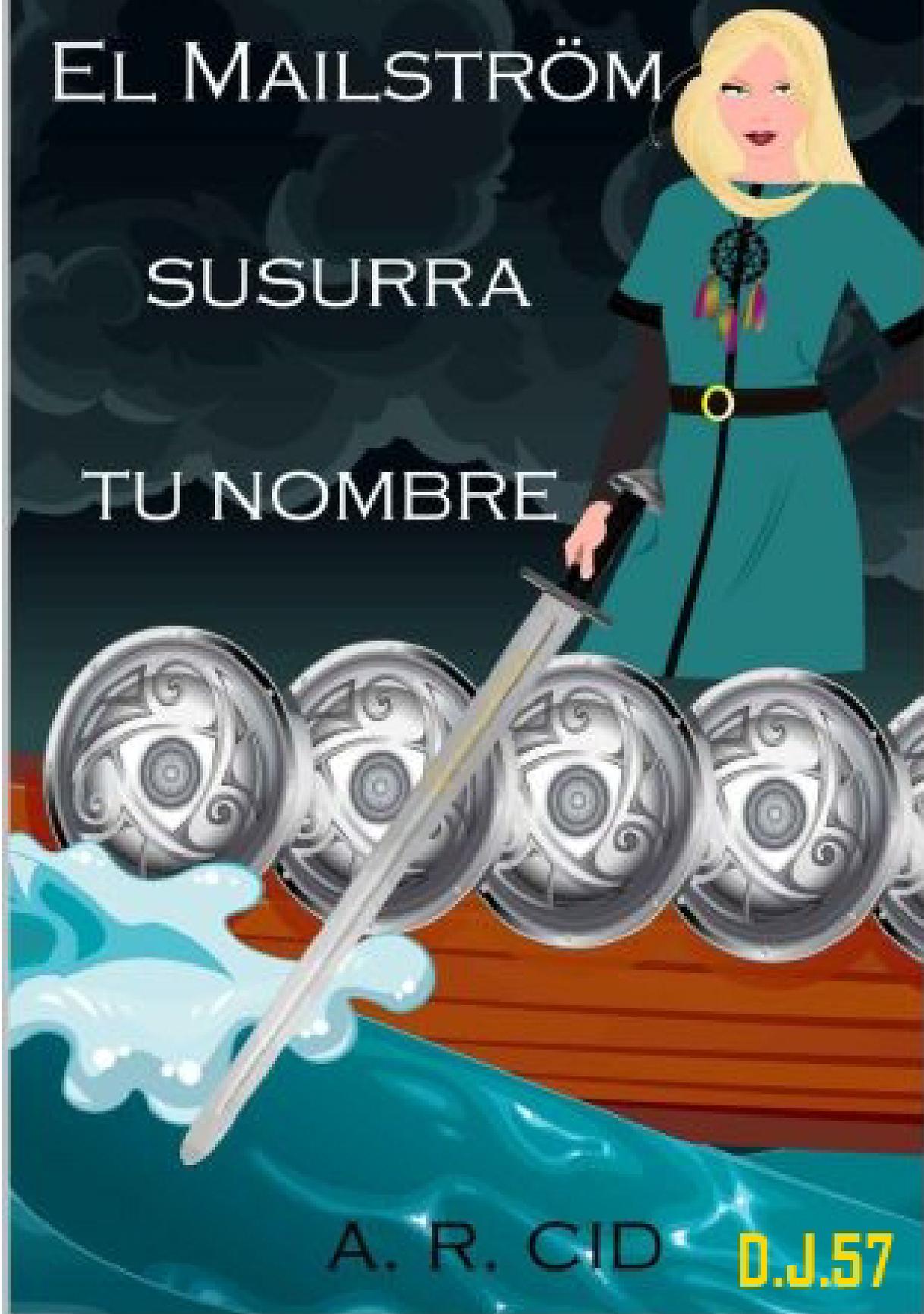


EL MAILSTRÖM

SUSURRA

TU NOMBRE



A. R. CID

D.J.57

EL MAILSTRÖM

SUSURRA

TU NOMBRE

A. R. CID

Título: El Mailström susurra tu nombre

© 2019 por A. R. Cid

Diseño de cubierta: A. R. Cid

Editor: José Antonio Lamas Iglesias

Todos los derechos reservados.

Si quieres leer mis libros están a buen precio y escribirlos ha llevado trabajo,  
valóralo... NO a la piratería.

# Agradecimientos

Este libro va dedicado a todas esas personas maravillosas que he tenido la suerte de conocer.

Quiero hacer una especial mención a mis lectoras y a mi familia.

Aquí os dejo los nombres de algunas de mis guardianas...

Vanesha Salas Cerda, Mary Rz Ga, Rosario Esther Torcuato Benavente, Carmen Ramos, Paqui Galera, Gael Obrayan, Mari Carmen Agüera Salazar, Tontería Las Justas, Itziar Martínez López, Ana María López Pérez, Isabel Gómez, Lola Aranzueque López, Daniela Mariana Lungu Moagher, Patricia Amorós, María Del Mar González Obregón, Cuchumaria Gs, Amelia J-f, Montserrat Palomares Carracedo, Mariángeles Caballero Medina, Sonia Martínez Gimeno, Miranda Mora, María Jesús Palma Villalobos, Normma Aliciya, Yohana Téllez, Sheila Maldonado, Remedios Pérez Martínez.

# Índice

## AGRADECIMIENTOS

## ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

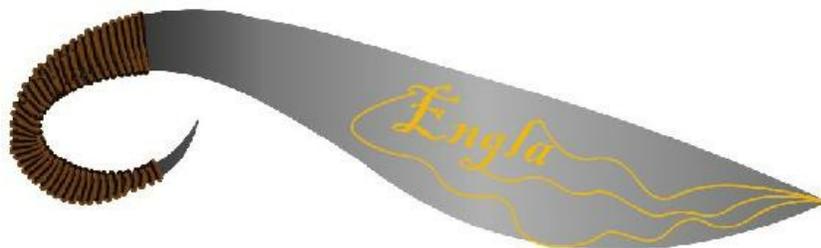
[CAPÍTULO 31](#)

**CAPÍTULO 32**

**CAPÍTULO 33**

**MUCHAS GRACIAS**

# Capítulo 1



El mar es algo que debe correr por tus venas para poder lanzarte a una larga travesía sin miedo. Debes aceptar que si las cosas salen mal tu vida puede terminar entre sus aguas y ese será el lugar de tu último descanso. En la guerra el peligro no es la muerte, sino no entrar en ella por la puerta grande. Esa era la creencia de mi pueblo, lo que todos ansiaban la primera vez que tocaban una espada y le ponían nombre era encontrar una muerte digna.

—Engla deberías comer algo —comentó mi padre de pasada justo antes de descender escaleras abajo, rumbo a la pequeña salita que hacía de comedor. Los hombres habían empezado a beber hidromiel y soltaban por la boca lo poco que tenían en la cabeza.

Volví a concentrar mis ojos azules en aquellas aguas cristalinas que, con una fuerza insólita, nos arrastraba hacia nuevas tierras. Ansiaba llegar allí donde nadie había estado, quería encontrar un lugar virgen y asentar en él mi propia familia, ansiaba comandar algún día. Sueños que me ayudaban a mantenerme en pie, ilusiones que, en el fondo, muy en el fondo, temía que jamás se cumplirían.

Me miré el brazo y acaricié mi brazalete de oro. En él podía ver preciosos dibujos que imitaban la forma de un oso devorando a una mujer, pocos sabían su auténtico significado.

Tantos días interminables sin hacer nada, demasiado tiempo para pensar y recordar. Yo era una mujer, una guerrera, aunque nunca fue suficiente. No era algo extraño dejar que una hembra aprendiera a usar la espada, pero sí lo era que el jefe de nuestro pueblo no tuviera hijos varones. Yo solo era la

sustituta, jamás estaría a la altura de los deseos de mi progenitor, pero no me importaba. Amaba mi destino pues no me veía a mí misma cocinando o limpiando un hogar. Algún día tendría un hijo en mi vientre, pero faltaba mucho hasta entonces.

Aquel vaivén era calmante e incluso esbocé una sonrisa perezosa. Abrí la puerta y seguí a mi padre al interior del comedor. Todos corearon mi llegada, muchos me deseaban, pero nadie se atrevería a tocarme, sin que yo los reclamase, por miedo a perder partes muy apreciadas de su anatomía.

—¿Tardaremos mucho en llegar? —pregunté de pasada mientras empujaba a mi padre para que me dejara sitio al frente de la mesa. Había aprendido a tomar todo aquello que quería, eso y una puntería perfecta con los cuchillos, me había granjeado el nombre de Tyr y sus mil dientes, al menos eso creían todos.

—¿Ya tienes ganas de mancharte las manos? Espero que esta vez me permitas quedarme con un par de mujeres —bramó Harek mientras elevaba el cuerno y bebía sin control. Aquel líquido dorado descendió por su barba y manchó su pecho sin que mostrase señales de haberse dado cuenta.

—¿Y qué harías tú con dos mujeres? ¡Si apenas cumples con una! —le contesté alzando el cuerno y bebiendo con ansias. Aquel líquido me inflamaba la sangre y me infundía valor antes de la batalla. Todos podíamos sentir en el aire que se aproximaba la hora, era posiblemente la última comida que compartiríamos, algunos no volverían a brindar en nombre de los dioses.

—¿Y tú no vas a buscarte alguna diversión? Creo que serías capaz de domesticar al guerrero que deseases, aunque si lo que prefieres es una fiera... —sugirió Lars sonriendo mientras se levantaba de un salto y se palpaba la entrepierna.

El viento marino susurró a nuestros oídos, en nuestro interior pudimos sentir que algo había cambiado. Sigurd empezó a gritar y todos supimos lo que teníamos que hacer. Llevábamos preparados mucho tiempo y la venganza brillaba en los ojos de todos los que estábamos en aquel snekke.

—¡Preparaos para un strandhögg! Es hora de que os comportéis como guerreros y los matéis a todos. —La voz de mi padre ascendió con fuerza, nos llevó a la euforia. Yo acaricié mis tres cuchillos y sonreí mientras colgaba la espada en mi cadera.

Entre todos acercaron el barco hasta la playa, escondiéndolo detrás de unas grandes rocas, y dándonos un tiempo precioso de ventaja.

—¿Seguro que estás lista? —Odiaba que dudase de mí, no era la primera vez que luchaba, sin embargo, él solo era capaz de ver lo que yo tenía entre las piernas. Lo miré sin demostrar emoción alguna y me acerqué al hombre que me había dado la vida.

No vio el movimiento de mi mano y en pocos segundos un cuchillo se apretaba con fuerza contra su cuello. En el mismo tiempo que apareció el brillo del metal volvió a guarecerse entre mi ropa.

—La próxima vez que preguntes tendré tu sangre en mis manos. —Mi voz se volvió dura como el acero. Hacía mucho tiempo que mi alma estaba muerta y la idea de atravesar su carne no era algo que haría temblar mi pulso.

No dijimos nada más, como fantasmas nos acercamos a la costa y llegamos hasta el pequeño poblado. El frío no nos importaba, no tratamos de abrigarnos. La nieve era algo que me gustaba, ayudaba a ocultar las pisadas y disfrutaba de su toque contra mi piel antes de deshacerse sin dejar rastro alguno. Miré el cielo y cerré los ojos unos segundos, sintiéndome al borde de un precipicio enorme y rezando para tener la fortaleza suficiente para mirar a Jensen a los ojos. Necesitaba recordar que ya no era una niña indefensa, era imprescindible dejar atrás a quién todavía quedaba en mí de aquel entonces.

Acerqué mi mano al cuchillo y suspiré mientras los veía diseminarse por la zona. Íbamos esparciéndonos escondidos por el frío manto de la noche, el plan era acabar con aquellos bastardos sin piedad, tampoco queríamos hacer rehenes.

Me dirigí directa a la casa más grande, al hogar de aquel asesino. En la planta de abajo varios jergones de paja escondían a tres mujeres y un niño. Aquellas eran las vidas inocentes y en otro tiempo no me habría sentido capaz de hacerlo. Sonreí cansada y apreté el cuchillo con fuerza. Apunté directa al corazón y dejé que la hoja se hundiera en sus pechos, los vi marchar asfixiando sus últimos gritos con la palma de la mano, al tiempo que el cuchillo terminaba de atravesar aquellos débiles músculos.

Me prometí a mí misma que les daría un entierro digno, dejaría que sus espíritus descansasen eternamente como guerreros, antes de continuar.

Subí aquellos escalones despacio, llevaba demasiado tiempo soñando con aquel instante. Mis dedos volaron a mi brazalete, mi sonrisa era triste y sentí que mis ojos se empañaban.

Llegué al lado de su jergón y lo vi durmiendo plácidamente con una joven esclava acurrucada a sus pies. Podía ver las marcas en su piel, los cortes por

sus piernas, su corta vida había sido dura.

Sentí que la sangre me hervía, no quería que se fuera con tanta rapidez. La muerte para él no sería un regalo, no quería que su alma consiguiera descansar jamás.

—Jeeenseen... —susurré con calma, paladeando cada letra con un placer indescriptible. Deseaba ver su rostro cuando comprendiera que había venido a matarle, que no saldría de allí con vida. Tardó varios minutos en reaccionar, no me esperaba allí, pero cuando sus ojos me encontraron entre la oscuridad se levantó de un salto agarrando la espada que guardaba bajo el colchón de paja —No creías volver a verme con vida, ¿verdad? —Tardó un par de minutos más, pero disfruté del instante exacto en el que me recordó.

—Estás muerta.

—Casi, los dioses no me querían con ellos —reconocí—, pero me han mandado a por ti.

Me lancé a por él dejando que mis músculos despertasen. Giraba con ferocidad embistiendo y avanzando con seguridad. Recordaba cada entrenamiento, cada batida de caza, cada noche sin dormir aferrada a mi escudo en medio de la oscuridad. El dolor, el miedo, la pérdida, todo lo que era se lo debía a él porque jamás me lo habría tomado en serio en otras circunstancias.

—Nunca podrás tomar mi vida. Es hora de terminar lo que empezamos años atrás preciosa. Al terminar incluso puede que te viole para que sepas lo que es un hombre, si es que sigues respirando. —Sus amenazas no llegaban hasta mí, no lo oía realmente. Mi mente estaba en un lugar muy lejano, en tierras que un día llamé hogar, en una casa llena de sangre con el cuerpo de mi madre atravesado en una esquina. Solo me salvé por ella y era ella quien recibiría mi regalo.

Me hirió en el brazo, pero no sentí dolor. Lo único que hice fue aprovechar que bajó la guardia para hundir mi espada en su costado. No traté de retirarla para seguir peleando, salté hacia atrás y cogí mis cuchillos. Uno en cada mano, él me miró desconcertado, pero yo sabía que podía oler el peligro.

—Me recuerdas a un animal indefenso, creí que el gran guerrero sería mucho más duro, pero te has vuelto débil. —Mis palabras lo hicieron enloquecer, abrió los ojos furioso, y se lanzó directo a por mí. No trató de cubrir su cuerpo ni esquivar mis dientes de metal, que volaron rasgando el

aire y se clavaron en su hombro y en su pierna. Él aulló y yo jadeé de placer antes de esquivarlo y colocarme tras él.

Lo agarré por la espalda con mí, tercer y último, cuchillo aferrado en la mano izquierda.

—Esto me lo regaló ella, decía que las mujeres debían ser como las serpientes, atacar desde la protección de la distancia y alejarse antes de que la víctima tocara el suelo. ¿No te parece un buen consejo? —Y le rasgué la garganta clavando la hoja lo máximo posible. La piel se abrió y la sangre salió con fuerza, podía ver los latidos de su corazón deteniéndose con rapidez entre mis dedos.

La esclava no se había movido, lloraba acurrucada como si supiera lo que le esperaba. Oí unas cadenas a mi espalda y me giré con rapidez, no contaba con él, por unos segundos creí que aquel ser que se acercaba a mí era un monstruo, un ser oscuro dispuesto a castigar mis pecados.

—¿Vas a golpearme? —pregunté con sorna mirando aquellos ojos rasgados y negros con curiosidad. Jamás había visto a alguien parecido, era oscuro y excitante. Fue como tener frente a mí a un animal peligroso y yo quería domesticarlo, acariciarlo y hacer que se tendiera a mis pies sin miedo a que me arrancara una pierna.

—¿Está muerto? —Su voz grave provocó una extraña sensación en mi piel y me planteé arrancarle la cabeza para evitar futuros problemas—. Tengo que protegerlo —continuó sin mover ni un músculo.

—Deberías —reconocí cambiando mi cuchillo de mano y preparándome para un embiste que jamás llegó—, ¿tardarás mucho?

—¿Vas a matarme? —inquirió sentándose en el suelo y cruzando las piernas con tranquilidad. Era un esclavo, tenía la cabeza rapada como todos ellos, pero era un varón sano, fuerte y lo suficientemente orgulloso para mirarme directamente a los ojos sin titubear.

Lars llegó corriendo, bufando y manchado de sangre. Cuando miró a aquel extraño ser levantó la espada asustado, pero por algún motivo que no era capaz de explicar me interpuse en la trayectoria de su metal y lo desvié impidiendo que lo tocara.

—¡Es mío! —grité furiosa mientras lo miraba dispuesto a degollarlo — Vuelve a moverte y acabaré contigo. —Vi como los ojos de aquel grandullón, de pelo rojo como el fuego, vagaban hasta el catre, solo de pensarlo me hizo bufar—. Son míos, vete a buscar a otra parte. Son mis trofeos —recalqué con

voz fría.

—¿De verdad quieres a un monstruo como él? Es oscuro y sus ojos... —escupió con repugnancia.

Las cadenas colgaban del cuello, muñecas y pies de aquel hombre y, aun así, no parecían ser capaces de contenerlo. Se sentaba recto, orgulloso y no me gustaba la forma en la que me miraba. Cuando agarré la argolla de su cuello y tiré no hizo ademán alguno de moverse.

—Incorpórate —rugí frustrada, negándome a mostrar debilidad. Lars llevaba mucho tiempo luchando conmigo por ser el siguiente que comandase nuestro snekke y haría lo que fuera necesario para evitarlo.

—No. —Su palabra fue como un latigazo en mi ego y yo no podía permitirlo. Miré a Lars consciente de que, si no conseguía que aquel ser siguiera mis órdenes con rapidez, no solo era él, el que estaba en peligro.

—¿Quieres morir? —pregunté amenazantemente.

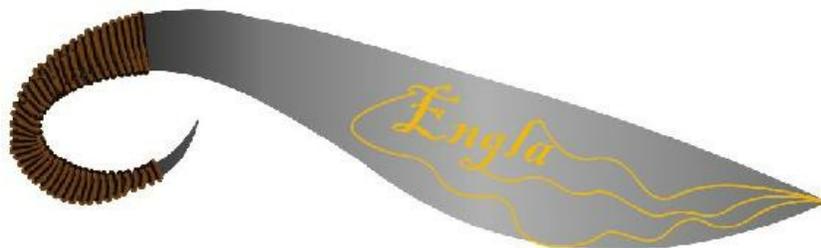
—Sí —contestó altivo. Me incliné ligeramente y lo agarré con fuerza por el mentón. Mi mente trabajaba a toda velocidad y sonreí al comprender que tenía la solución en la palma de la mano.

—Creo que voy a disfrutarlo. —Al tiempo que aquellas palabras salían por mi boca me saqué el brazalete y se lo puse a modo de pulsera. Era mi forma de protegerlo, ahora venía la segunda parte—. Lars, creo que este animal no sabe que está hablando con su nueva dueña. Me gustaría que le enseñarais lo que ocurre cuando muerden la mano de quien va a alimentarlo de ahora en adelante. —Me giré para largarme—. ¡Tú! —agregué señalando el colchón de paja en el que seguía llorando la joven —Ven conmigo.

Ella sí que sabía obedecer, cuando se acercó a mí y tomé su mano el hombre oscuro gruñó, descubrir que le importaba me molestó. Apreté con algo más de fuerza haciéndola gemir y sonreí cuando lo vi saltar.

—Veo que sí que sabes moverte. ¿Crees que podrías seguir mis órdenes si la vida que corre peligro es la suya? Podría dársela a todos mis hombres para que se divirtieran. ¿Vienes? —pregunté con dulzura odiándome por dentro. Los ojos negros de la muchacha se clavaron en mi alma, pero mi artimaña surgió efecto —Lars llévalo a mi camarote, no quiero que le dejes marcas.

## Capítulo 2



Llevaba demasiado tiempo ansiando venganza, tanto que ahora sentía un gran vacío en mi pecho. Me sentía agotada y atravesaba aquel lugar envuelto en llamas en trance, tentada a estirar los dedos y tocar aquellas luces rojizas que devoraban con fuerza lo que otros habían construido con tanto esfuerzo.

—¿Cómo te llamas?

—Une. —Su voz era débil y cojeaba. Reduje la velocidad y apoyé mi mano en su hombro al llegar a la playa. El resto de hombres seguían entre los reductos de aquel asentamiento, tomando a las mujeres que de ahora en adelante pasarían a ser sus esclavas. No tenía sentido que me martirizase por algo que no podía cambiar, pensé con tristeza al mirar los hermosos ojos negros de aquella joven.

—Un nombre hermoso —reconocí con dulzura—. Habrás de seguir mis órdenes y no dejaré que nadie vuelva a tocarte. —La esperanza que mostraron sus ojos al alzarse me hizo temblar. Nadie se merecía lo que le habían hecho, pero no era algo que fuera a decir en voz alta, las tradiciones estaban ahí por un motivo.

—Sí, mi señora. —Se inclinó con cuidado y dejó escapar el aire despacio.

—¿Te duele? —pregunté obligándola a incorporarse y palpando su cadera. Levanté su vestido y me mordí el labio al ver los diversos colores que marcaban su piel oscura. No hacía falta ser muy avispada para saber que no todos eran recientes, allí podía ver las marcas de unas manos que no habían dudado en tomar de ella todo lo que la joven no quería darle.

—No es nada.

—Cierto, eres una mujer fuerte. —Los ojos negros de Une se abrieron

asombrados, no recordaba la última vez que le habían dirigido dos palabras sin que una fuera un insulto—. Voy a entrenarte, necesito poder confiar en alguien —concluí, más para mí misma que para ella.

Tiré de su mano y la abracé contra mi pecho, no podía permitir que nadie viera la llegada de aquellas lágrimas que llevaba tanto tiempo tratando de controlar. Ella se dejó hacer sin saber que esperar, quizás no era la primera mujer que la tomaba para motivos mucho más oscuros, pero con el paso de los minutos comprendió que tan solo necesitaba consuelo y sus manos, temblorosas me apretaron con la poca fuerza que le quedaba.

—¿Siempre has sido una esclava? —Mi voz quedó opacada contra su cuello, su cabeza asintió en silencio—. Nadie podrá salvarte, no acudirán en tu ayuda, pero tú podrás alcanzar la libertad con el tiempo —le dije sabiendo que había muchos tipos de cadenas.

Llené mis pulmones de aire y miré mi brazo echando en falta el brazalete. La imagen de aquel hombre oscuro acudió a mi mente, quería volver a verlo, tenía demasiadas preguntas en la punta de la lengua, sin embargo, me arrepentía de haber dejado con él algo tanpreciado para mí y me vi tentada a volver sobre mis pasos.

—Vas a ver muchas cosas, habrás de callar y seguir mis órdenes —concluí mientras la ayudaba a subir al snekke—. Has de ser mucho más lista que ellos.

## Capítulo 3



He perdido muchas cosas en mi vida, el mundo se desmoronó entre mis dedos cuando era solo un niño, nunca llegué a hacer el rito para convertirme en hombre. Era feliz, tenía amigos y estaba encaprichado de una muchacha de mi poblado. Ella era la más hermosa que jamás había visto, crecimos juntos, y adoraba ver su pelo negro ondeando al viento mientras bailábamos en torno a la hoguera.

Tantas personas queridas y tantos fantasmas que me perseguían. Aquella mujer había acabado con mi captor para ocupar su lugar, la odiaba con la misma intensidad con la que detesté a aquel monstruo.

Por unos minutos creí que podría descansar, escapar o morir, no me planteaba otras posibilidades. ¿Qué me había pasado? Había tenido una posibilidad, solo tenía que deshacerme de las cadenas, pero me quedé obnubilado viéndola atacar sin dudar a Jensen. Sus movimientos, sus ojos azules... aquella belleza parecía sacada de los cuentos que contaba mi madre.

Ahora era golpeado sin piedad, aunque no era algo que me preocupase. Había aprendido a controlar el dolor, alejando la mente y volviendo a épocas mucho más felices, pero me odiaba a mí mismo por haberlo permitido. Me vengaría de ella, pensé mientras el que decía llamarse Lars seguía machacando mis costillas, arrebatándome de paso la posibilidad de respirar con regularidad.

—¡Dale duro! —coreaban los hombres en torno a él. Me costaba coger aliento, me costaba mantenerme consciente y quizás lo mejor sería dejarme ir —¡Acaba con él!

—Ya me gustaría. Engla me mataría, creo que quiere usarlo para saciar sus necesidades —soltó molesto Lars mientras descargaba un puñetazo sobre mi cabeza. El cabrón era fuerte y no parecía cansarse—. Llévdselo antes de que hunda mi espalda en su garganta.

Cuatro manos me arrastraron y me llevaron en dirección a la playa. Suspiré al tocar al agua helada, hacía demasiado frío, pero eso hacía más llevadero el dolor. Me condujeron hasta un barco y me bajaron a un pequeño camarote.

—Traemos un regalo para ti —dijo uno lanzándome dentro de un golpe. Mi orgullo se resintió al verme postrado ante ella, sin embargo, no me quedaban fuerzas.

Echaba de menos muchas cosas, detalles que parecían insignificantes, pero por las que en aquel momento matarían. Gruñí salvajemente cuando la oí reírse, aquel sonido me dolió mucho más que todos los golpes que había recibido los últimos años. Ella me miraba altiva, como si no tuviera derecho a respirar su mismo aire, era a la última persona que quería tener cerca.

—Suen, lleva a Une a comer algo. La llamaré más tarde. No dejes que nadie la toque, no quiero ni que la miren. —Esperó unos segundos a que estuviésemos solos y se acercó a mi cuerpo. Sus manos se posaron en mis hombros y me ayudaron a darme la vuelta. Quedé mirando el techo de madera, dejé mi cuerpo abandonado, permitiéndole que hiciera con él lo que deseara—. Sigues vivo —comentó mientras abría la camisa que me cubría y revisaba mi torso. Sus dedos me quemaban, eran como pequeñas serpientes avanzando sin control y cerré los ojos conteniendo mi impulso de lanzarla lejos—. ¿Te repugna mi contacto?

—Sí —reconocí sabiendo lo que vendría a continuación. Ella se levantó y apoyó su bota en mi pecho. Apretó con fuerza hasta que abrí los ojos y contuve el aliento—. Bésala. —Su orden no tenía sentido, pero los seres como ella eran caprichosos.

—No.

—¿Quieres que la mate? Une puede ser muy feliz o sufrir cada segundo de lo que le reste de vida, todo depende de ti. —Me mordí el labio hasta que el sabor metálico de la sangre me llenó la boca. Sus ojos azules eran

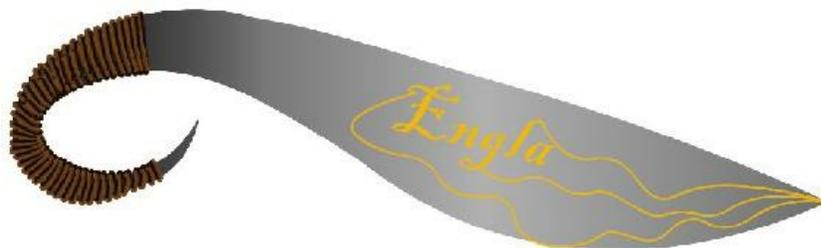
hermosos a la par que fríos, sentí que no había nada en el interior de su pecho.

—No.

—Bésala —repitió tranquilamente mientras giraba la bota contra mis doloridos músculos. Apreté los dientes y besé aquel cuero ennegrecido por la sangre seca—. No era tan complicado, con el tiempo aprenderás.

Ella no tenía ni idea. Yo jamás iba a dejar que me domesticasen, era un guerrero, el último de mi tribu y no iba a permitir que nadie me hiciera olvidar mis raíces. Mantuve los labios apretados para impedir que la verdad escapase entre ellos.

## Capítulo 4



Era como ver un ser único. Su color, sus rasgos, su altura, sus músculos... me sentía atraída hacia él y quería domarle como había hecho con mi precioso caballo. En otras circunstancias habría tenido tiempo, pero sabía que la guerra aún no había terminado, aquella no era la única aldea de la zona y habíamos atacado a uno de sus aliados, la respuesta no iba a hacerse esperar. El nombre de Sigurd acudió a mi cabeza y traté de recordar que no faltaba mucho, de aferrarme a ese pensamiento para no coger mi espada y salir en su busca.

—Quítate la ropa —susurré con la curiosidad alimentando mis movimientos—. ¿De verdad no puedes moverte? —pregunté colocándome a horcajadas sobre su cadera y removiendo mi cuchillo preferido contra la piel de su pecho —¿Tienes miedo?

—¿Puedo hablar con libertad? —Su respuesta me divirtió y la tentación me pudo.

—Por hoy.

—Lo último que quiero es dejar que alguien como tú me toque. No pienso darte sexo jamás —repuso con orgullo. Sus ojos negros se conectaron con los míos y sonreí.

—¿De verdad crees que podrías negarte?

—Estoy seguro. —Su rotundidad me llevó a tentarle, a demostrarle que era yo la que mandaba. Nadie podía negarse a cumplir mi palabra y su cuerpo no sería la excepción. Me daba igual de dónde hubiera salido, él no era más que un vulgar esclavo.

Rasgué aquellos harapos que lo cubrían y dejé que mis manos recorrieran

sus músculos. Él se tensaba y resistía, me gustaba verlo luchar contra mí con los ojos cerrados, sin embargo, yo era conocedora de mi poder.

Muchos creían que los guerreros eran más poderosos por su fuerza física, que podían controlar el mundo a base de golpes y asesinatos, yo no estaba de acuerdo. Yo podía ser un guerrero, pero también seducir, dar vida y pensar. Mi cabeza iba mucho más allá que la de todos aquellos vikingos que habitaban mi snekke, sabía que eso me hacía vencer donde otros fallaban.

Lancé el cuchillo contra la pared del fondo y sonreí al verlo quedarse firmemente clavado en la madera.

—Ya no tengo armas y tú eres un guerrero —susurré contra sus labios.

Sus ojos se abrieron sorprendidos, eran finos, rasgados y eso le daba un aire sombrío a su rostro. No sabía qué era lo que se escondía en su mente, sin embargo, lograría descubrir su pasado, quería saber de dónde había salido y si había más como él.

—¿Es una invitación? No me costaría mucho romper tu cuello con mis manos —reconoció con orgullo.

—Si tan seguro estás inténtalo —lo reté con seguridad.

Fue como ver despertar a un oso. A pesar de los golpes, de los moratones que se ocultaban en su piel oscura, era fuerte y olvidó el dolor que debía sentir para moverse bajo mi cuerpo. Sus músculos se tensaron y eso hizo que un escalofrío ascendiera con rapidez por mi espalda haciéndome temblar.

—¿No le harán daño a Une? —Me molestó saber que no era él quien le preocupaba. Aquella muchacha le importaba, no sabía hasta qué punto, pero sentía la necesidad de romper lo que fuera que los unía.

—Vénceme y será tuya. Podréis iros como personas libres. —No supe por qué lo había dicho, aquella promesa salió sola y después mi orgullo me impidió desdecirme.

No se hizo esperar. Me hizo girar en el aire y me tumbó bajo él. Usó el peso de su cuerpo para someterme y sus manos apretaron con fuerza mis muñecas, sosteniéndolas sobre mi cabeza.

Aquella postura me gustaba, solo me faltaba ronronear, y me quedé esperando el ataque que me había prometido. Enredé mis piernas en torno a su cadera y lo apreté contra mí con fuerza. Se quedó congelado, su respiración se aceleró, pero no dijo nada.

—¿No vas a buscar tu tan ansiada libertad? Aún no me has vencido —susurré divertida.

—No luchas.

—¿Es necesario? Tienes lo que tanto deseas al alcance de tus dedos, pero no peleas por conseguirlo. Eres débil —contraataqué sin piedad.

—No lucho contra aquel que no se defiende. —Sonaba muy bien, era estúpido.

Con un giro de muñeca me desembaracé de su agarre y le golpeé el codo. Cuando perdió la estabilidad giré mi cadera y me monté en su espalda. Fui rápida y él comenzó a usar la fuerza bruta alzándome.

—¡Así me gusta! ¡Hazme trotar precioso! Debería renombrarte, noche... —Aquella palabra se quedó colgada de mis labios a la espera de saber si era la elegida—. Siempre he creído que cuando domas a un buen semental has de darle un nuevo nombre para que te sirva con lealtad —expliqué mientras él seguía tratando de apresarme. Retorcí su brazo con fuerza y se lo levanté provocando que se detuviera.

—¡Bruja!

—Por un segundo creí que eras un guerrero —reconocí algo decepcionada.

Pero él no se había rendido. Su cuerpo se elevó con fuerza y aprovechó para volver a girarme. Cuando me atrapó, por segunda vez, sonrió triunfal. Me gustó verlo tan seguro de sí mismo, parecía haber vuelto a la vida de una manera exquisita.

—Ahora viene la parte complicada. Has de matarme —comenté de pasada. Lo dije como si no hubiera nada importante en juego—. No puedes, ¿verdad? —Su mano derecha voló y se detuvo en mi cuello. Sus dedos eran fuertes y ejercieron un poco de presión, la justa para hacerme tragar saliva—. No es suficiente...

Su rostro estaba concentrado, gotas de sudor se deslizaban por su piel y su labio inferior había empezado a temblar. Sus movimientos lentos empezaron a calentarme, su mano se detuvo y lo miré con los labios entreabiertos. Era un juego peligroso, mi vida dependía de sus decisiones y él quería la libertad, no obstante, no veía esa seguridad en sus ojos para acabar con una vida.

—Eres igual que los vikingos que te siguen. Te crees con el poder de erigirte dueña de la vida de otros, crees que tu existencia vale más que la mía. No eres más que el monstruo con el que asustan a los niños pequeños, un ser vestido con pieles hermosas, pero cuyo corazón es más negro que la noche.

—Me odiaba, no trataba de ocultarlo. Expresaba todo aquello que llevaba tanto tiempo callando con ira, fuego en la mirada, pero seguía negándose a acabar con mi existencia.

—Cierto y me enorgullezco de serlo. Soy una guerrera, criada bajo el duro filo del acero y endurecida por engendros mucho peores. Crees que me conoces, sin embargo, no sabes nada de mí. La diferencia que hay entre ambos es que yo jamás me habría dejado coger con vida.

Apretó un poco más y yo golpeé su brazo obligándole a aflojar. Mis piernas se convirtieron en dos tenazas que oprimieron, sin piedad, su abdomen hasta que me soltó el cuello del todo.

—¿Qué es lo que buscas de mí? Jamás voy a doblegarme ante nadie. Soy un guerrero no un animal rabioso. No podrás dominarme.

—Estás convencido de tener el poder del mundo en tus manos, pero aquí estás. Podría hundir la hoja de mi espada en tu vientre, golpearte, denigrarte... has perdido todo lo que amas.

—No. —Lo miré sin comprenderlo—. No lo he perdido todo, todo sigue aquí dentro. —Se tocó el pecho y vi la tristeza escondida en el fondo. A continuación, su mano vagó hasta su cabeza y su rostro se acercó peligrosamente al mío—. Los demonios blancos lo destruyen todo, no respetan a los demás porque no saben lo que es amar. Yo amo a mis antepasados, amo a mi familia y amo al lobo que late en mi interior. El poder no está en el cuerpo, está en el espíritu y es algo que jamás podréis comprender.

Me incorporé lo justo para morder su boca. Mis dientes apretaron su labio inferior, sin llegar a hacerlo sangrar, pero lo justo y necesario para que no se moviera. Sonreí sin permitirle escapar.

Había algo en él que me encendía, tal vez se tratase por la batalla, por el calor de la muerte; que decepcionada esperaba mi llegada, o el hecho de que jamás me habían dicho que no. Los hombres acudían a mí tan pronto abrían las piernas, un poder que había poseído desde que alcancé los quince años y me convertí en mujer. No muchos habían entrado en mi Valhalla, pero todos lo habían intentado en algún momento.

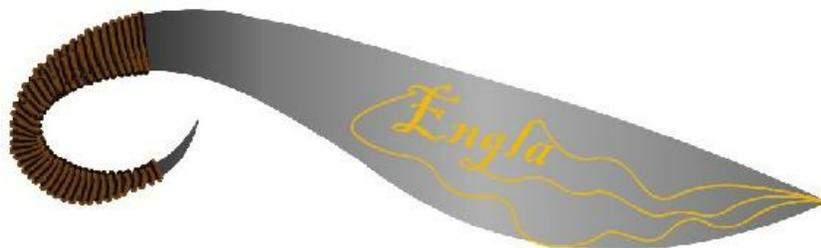
Aproveché que estaba despistado para besarlo, introduje mi lengua en su boca y gemí ante su sabor a madera y a hombre. Me agarré con fuerza a su cuello manteniéndolo cerca y seguí mi incursión, al tiempo que su lengua intentaba echarme de su territorio.

Hubo un punto en que dejó de ser una batalla, su lengua ya no me empujaba, me envolvía y me succionaba. Sentí su pecho apoyarse en el mío y se apretó con fuerza contra mi cuerpo. No esperaba su respuesta, pero la sensación fue indescriptible. Su cuerpo era duro, fibroso, sus brazos se cernían en torno a mis hombros y su barba de varios días arañaban mi piel.

No quería que se alejara, lo pospuse todo lo que pude y me aferré a él deseando mucho más que aquello. Podía obligarlo, montarlo con brusquedad y hacerle reconocer que su cuerpo reaccionaba a mis encantos, no lo hice.

Cuando se alejó, se incorporó y me dejó tumbada sobre el suelo sola. Me quedé mirándolo caminar nervioso, pasarse la mano por la cabeza y rumiar en un extraño idioma. Era hermoso, pensé molesta conmigo misma por la debilidad que había demostrado con él.

## Capítulo 5



El aire era frío, todos habían robado ropa y se habían cubierto, pero el alcohol era lo mejor para controlar los efectos de aquel aliento helado que golpeaba nuestros cuerpos sin piedad.

Snaeland era una isla relativamente grande, llena de aguas termales y de belleza sin igual. Ellos no reparaban en esas cosas, ellos preferían meter las manos bajo los vestidos de aquellas pobres mujeres, pero para mí aquel paraje estaba lleno de vida y magia.

Había salido para tomar el aire, había amarrado a aquel hombre con fuerza antes de abandonarlo, y caminaba sin rumbo.

Los gritos, las súplicas de aquellas pobres mujeres, se clavaban en mi cerebro sin piedad a cada paso y supe que no había ido lo suficientemente lejos. Sabía que no podía hacer nada, debía permanecer impasible mientras las destrozaban por turnos, no obstante, algo en mi interior seguía pugnando por salir, por defenderlas. Muchas de ellas morirían y eso agujereaba mi pecho.

Había estado presente el día que mi madre casi había sido violada por Jensen. El recuerdo me laceraba mientras seguía mirando a lo lejos y me distanciaba, aún más, de mis hombres. No podía soportar los jadeos unidos con aquellos llantos desgarradores.

En la linde del bosque, justo en el punto donde terminaba la aldea estaba mi padre. Un hombre que en otro tiempo había amado como solo una niña puede querer a su padre, pero eso había quedado muy lejos. Ahora veía al ser que realmente era y no soportaba estar a su lado.

Entre sus inmensas manos una muchacha de no más de dieciséis años. El

llanto de aquella pequeña, mientras él destrozaba su ropa, me llevó al borde de la locura. El mundo era un lugar cruel, me dije negándome a actuar. No debo hacer nada, me repetí mientras sentía el frío del cuchillo bajo mis dedos.

Era el momento, el viento me lo decía, aquel susurro frío golpeando mi piel eran bofetadas tratando de hacerme reaccionar.

—Madre... —Sentí que era lo justo, era necesario.

—¿Engla? ¿Qué haces aquí? —preguntó molesto mi padre, tratando de ocultar con su cuerpo a la muchacha que seguía luchando por deshacerse de él. Su fuerza, su determinación, me dieron el último empujón para tomar la decisión. Ella se merecía una oportunidad. La posibilidad de vivir sin miedo y de defenderse por sí misma, algo que el mundo arrebatava a las hembras mucho antes de nacer.

—Déjala —susurré sin moverme. Él era arrogante y se volvió hacia la muchacha apretando su pecho con fuerza.

—Es mi nueva esclava. Habrás de acostumbrarte a ella, si sobrevive a nuestra primera noche juntos —matizó, impregnando cada sílaba con un deje cruel.

Su esclava... las palabras de aquel hombre de tez oscura resonaron en mi cabeza, lo que siempre vi como algo normal no tenía por qué serlo. Había lugares en el mundo en el que la gente era libre.

—Déjala ir —pedí en un último intento por no tomar su vida entre mis manos. Sentía que era él el que me estaba obligando.

—Creo que he tenido mucha paciencia contigo Engla, no hagas que te azote delante de mis hombres para enseñarte cuál es tu sitio.

—¿Y cuál es padre? ¿El que tú quieras darme? —pregunté con asco y desafiándolo abiertamente. Le mostré el cuchillo con una sonrisa fría y se irguió sin dignarse en cubrir su desnudez.

—¿Tanto ansías morir? Al final eres débil como lo fue tu madre. Ella debía proteger la aldea, junto a las otras mujeres, y se dejó violar como una yegua cualquiera. —El fuego rugió en mi interior. Los recuerdos de mi madre, la mujer más dulce y bondadosa que conocí jamás, llenaron mi mente. Podía verla anudando mi pelo, arropándome las noches frías y cantándome cuando no conseguía dormir. Yo nunca había preguntado dónde estaba mi padre pues nunca sentí su falta, ella se convirtió desde el primer momento en todo mi mundo y él acababa de insultarla.

—No sabes nada, no eres más que un animal —escupí lanzándome a por

su corazón. Pensaba arrancárselo del pecho con mis manos, hundir mis dedos entre sus costillas, y dejar su cabeza clavada en una lanza en aquel mismo lugar.

Era un hombre fuerte, grande, lento. Él creía que los músculos, la fuerza bruta, era una ventaja, pero yo prefería ser como el viento. Iba tan rápido que él tardaba varios segundos en percatarse de que mi hoja había penetrado su cuerpo, cuando lo hacía yo ya había puesto distancia entre ambos.

El cuchillo me obligaba a acercarme más, pero no fui a matar, aún no. Corté su brazo, su pierna, su costado y me alejé unos pasos.

—Padre, los dioses no te recibirán entre ellos. Hoy reclamaré el mando de tus hombres —añadí con descaro.

Tiempo atrás mi visión del mundo era otra, creía ciegamente en todo lo que me habían enseñado. Mi vida estaba destinada a perpetuar el orgullo de mi familia, a servir a aquellos que velaban por nuestro bien y a demostrar la fuerza de mis antepasados. Nadie podría jamás entender todo lo que pasó por mi mente mientras veía, impotente, sufrir a la persona que más quería en mi vida.

—Jamás debiste existir. ¿Aún no te has dado cuenta? Tú nunca has sido mi hija —reconoció aquel hombre sin piedad, con una sonrisa demoníaca deformando sus facciones. Sus movimientos eran lentos, esperaba el momento justo para atacar, buscaba desmoralizarme y yo no tenía pensado caer.

—Mi madre era tu mujer, ¿acaso la compartías como regalo para tus vikingos? —Traté de guardar en el centro de mi pecho lo que esa posibilidad me hacía sentir. —Sería algo deshonroso para un guerrero como tú.

—Tu madre llegó a mis brazos contigo en su vientre. Yo creí que, al menos, podría darme hijos de mi sangre y te odié desde el primer instante, pero ella jamás pudo volver a engendrar. Tuve que tomarte como mía... —bufó y yo sonreí.

—¿Tan poco hombre eres?

—Al final me hicieron un favor al acabar con ella, lo que jamás comprenderé es que lograras sobrevivir. —Sus ojos brillaron y sentí que me faltaba el aire—. Jensen me prometió que acabaría con las dos, pero lograste recobrarte de tus heridas. No hizo bien su trabajo —concluyó encogiéndose de hombros. Empecé a verlo todo rojo. El infierno se desató bajo mis pies, no podía sentir nada menos aquel fuego clamando por su sangre.

—Te despedazaré —prometí echando de menos mi brazaletes—. Hiciste matar a tu familia.

—¿Mi familia? Debí rechazaros, debí acabar con vuestras vidas y tomar otra esposa, sin embargo, la amaba. Era la mujer más hermosa de la aldea y ella lo sabía. Conocía sus encantos y me hechizó como la bruja que era. Tardé mucho tiempo en despertar, demasiado. —Ambos sabíamos que la fidelidad no había estado entre sus cualidades y aquellas mujeres tampoco habían tenido hijos nunca. En nuestra aldea era complicado guardar un secreto y él tampoco había tratado de ocultar sus incursiones bajo las faldas de las esclavas. Las pobres acaban muriendo pocas semanas después de llegar a sus manos, fruto de las numerosas palizas a las que las sometía. Ahora comprendía que ellas solo eran nuestras sustitutas, el odio que sentía por las dos únicas mujeres que alguna vez lo amamos era tan poderoso que lo había convertido en un monstruo.

Nadie se merecía guarecer bajo su techo a su peor enemigo. Cerrar los ojos, estar indefensa, mientras él dormitaba a pocos metros. Ahora comprendía la suerte que tenía de seguir respirando.

—Es tu oportunidad. Puedes culpar a cualquiera de estas mujeres —susurré estirando los brazos, exponiendo mi pecho, en el que un corazón herido seguía luchando con energía. Él jamás podría destruirme pues mi madre había dado su vida por la mía y se merecía mucho más de mí—. Acaba conmigo.

Él no tardó en obedecer. Lo miré consciente de que jamás había visto su verdadera cara, dudaba que nadie en nuestra aldea lo hubiera hecho.

En sus embistes había una fuerza inhumana, un ansia de sangre poderosa que me hizo retroceder con rapidez. No estaba luchando con el mismo hombre, este no se reprimía ni sonreía tratando de ocultar lo que en verdad sentía.

Dejé de oír el aire, de sentir el frío, de seguir el golpeteo de mi corazón. En mi mente solo había silencio mientras me fijaba en sus músculos, en sus piernas, en sus brazos. Lo veía moverse, estudiaba sus gestos y trataba de adivinar cuál sería el siguiente paso. Mi vida estaba en juego y solo tenía una oportunidad.

¡Lo tenía!, un mal paso y su pie resbaló sobre el hielo. Se recuperó con rapidez, pero yo no iba a dejarle reponerse. Saqué mi espada, un movimiento fluido que terminó en ella atravesando su garganta. No conseguí cortar la

cabeza, pero el golpe era mortal de necesidad. Me aparté, el tiempo era ahora un enemigo cruel y no iba a dejar que me dañara en su último hálito de vida.

Me dediqué a observarlo desde lejos. Me quedé tranquilamente viendo como la sangre caía con fuerza y él hincaba la rodilla. Sonreí cuando sus ojos se unieron a los míos, en el fondo siempre lo había percibido, me negaba a reconocerlo, pero todo estaba ahí. Ya no era la niña estúpida que rogaba por su aceptación, que ansiaba haber nacido varón para poder ir con él de caza.

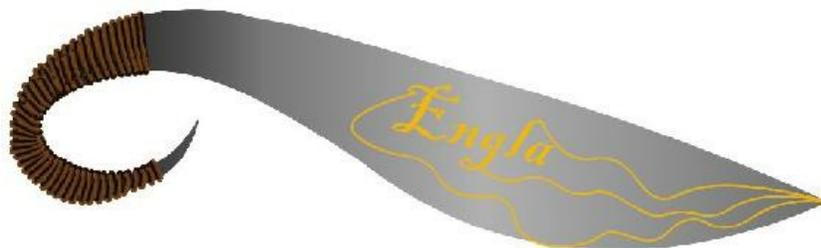
—El tiempo es cruel, los viejos han de hacer sitio a los jóvenes. Nadie podrá jamás devolverte el honor, has herido a los tuyos, a aquellos que confiaban en ti. Nadie te espera —dije con rabia.

Cayó de frente, golpeándose la cabeza con fuerza contra el frío suelo. Sus piernas se encontraban abiertas y en la mano derecha seguía aferrando la espada. La joven, que hasta hace nada nos miraba asustada, corrió como alma que lleva el diablo internándose en la oscuridad, yo no traté de impedirselo, deseaba que lograra encontrar un seguro y consiguiera olvidar aquella noche oscura, relegarla a un lugar donde no condicionase el resto de decisiones que habría de tomar en su vida.

Saboreé el placer macabro de observar el cuerpo sin vida de un hombre que tanto dolor me había causado. Me miré las manos y sonreí orgullosa, sintiéndome capaz de alcanzar las estrellas si me lo proponía.

—Buenas noches madre —susurré mientras la falta de luz ocultaba dos lágrimas silenciosas. Pequeños temblores me embargaron al tiempo que trataba de contener aquellos jadeos, aquel dolor que no tenía fin y solo lograba ocultar bajo capas de crueldad—. Padre —agregué con sorna—, al final lo he conseguido. —Tomé aire y lo dejé salir de mis pulmones con calma. Ralentiqué mi pulso al máximo—. He matado y no he sentido nada.

## Capítulo 6



En mi mundo el honor lo rige todo, la fuerza, el poder. Nadie debe mostrar debilidad o es atacado para ser reemplazado. Nadie quiere perder la vida en una guerra porque la persona que lideraba no ha sabido tomar una decisión complicada a tiempo.

Me acerqué y dejé que mi espada separase su cabeza de su lugar. Lo agarré por aquellos cabellos dorados, hubo un tiempo que había creído que eran como los míos, y me la llevé de paseo. Al menos dejaría que se despidiera de sus hombres como se merecía, pensé con placer.

Mis ojos se concentraban en las gotitas que, tras deslizarse por la herida abierta, caían sobre la blanca nieve dejando una estela negra a mi paso. Marcaba un camino siniestro que terminaba en un cuerpo que había sido abandonado para ser devorado por los animales. Nadie le daría una última despedida digna y su nombre caería en el olvido.

Llegué hasta el centro de la aldea, que había perdido su belleza, y grité con cada fibra de mi ser. Dejé que mi garganta sangrara y mis pulmones se vaciaran, no solo era un desgarrador alarido, también era un llanto que atravesaría el mundo de los vivos para darle la noticia a mi madre. Ella sabría comprender lo que había hecho.

Aquellos hombres no acudieron enseguida, estaban demasiado ocupados recolocándose los pantalones y metiéndose las pollas en ellos. El frío no les preocupaba y la mayoría no se habían dignado a limpiarse la sangre que se había secado ya. Ellos creían que aquel aspecto los hacía parecer más poderosos, yo no estaba convencida de que eso fuera verdad.

—¿Qué ocurre? —Los ojos verdes de Lars tardaron un par de segundos

en descender hasta mi mano. En el tiempo que tardó en procesar lo que estaba viendo su espada ya brillaba lista para la batalla. Había muchas preguntas en su mirada al tiempo que buscaba a nuestro alrededor al enemigo.

—¿Pasa algo?

—¿Es el jefe?

—¿Quién lo ha matado? ¡Lo destriparemos! —Las voces de todos ellos se unían en torno a mí mientras yo seguía con los labios firmemente apretados. Seguramente pensaban que era pena, lo veía en la forma en la que bajaban los ojos al suelo en señal de respeto. ¿Qué pensarían de mí cuando les contase la verdad? ¿Podría con todos ellos si decidían medirse conmigo para convertirse en el líder? ¿Vencería?

En otras circunstancias habría lanzado la cabeza de mi padre al suelo y me había alejado, sin embargo, solo quedaba algo que seguía importándome y era el precioso snekke que mi madre me había legado. Ese era mi barco, en él quería llegar a atravesar el mundo buscando el lugar adecuado. Quería dejar que las estrellas me guiasen allí a donde no habían llegado los hombres, buscaba la paz que solo la verdadera soledad puede aportar. Tal vez mi deseo era algún día poder dejar mi espada sin miedo a necesitarla y que no se encontrase a mano.

—Lo he matado. —Los escuché coger aire y contenerlo. Podía oír sus pensamientos, en sus rostros veía las emociones correr con rapidez mientras meditaban, ¿Qué debían hacer a continuación? Quizás se reían de mí entre ellos por ser mujer, muchos gritaban cuando no estaba presente que ansiaban domarme y penetrarme hasta hacerme sangrar, pero todos ellos sabían que podían morir si lo intentaban.

Cuando los extranjeros nos miraban veían a personas que buscan compulsivamente la guerra y la muerte, pero no somos estúpidos. Nosotros elegimos nuestras batallas.

—¿Os negáis a mi mando? —pregunté al ver que todos permanecían en silencio. Algunos asintieron, otros giraron la cabeza negándose a responder, solo Lars se aproximó a mí con gesto desafiante.

Aquel era el segundo de mi padre, él habría de conocer sus secretos y lo odié todavía más de lo que ya lo hacía. Siempre había sentido que era una alimaña, era una sensación fangosa que se pegaba a mi piel cuando lo tenía cerca, por mucho que traté de mantenerla bajo control y entablar cierta amistad con el vikingo, nunca logré evitar aquel escalofrío que me recorría

cuando lo sentía aproximarse. En su presencia mi mano rozó, involuntariamente, el frío metal de mi espada. La sangre aun manchaba su hoja y eso me gustaba.

—No dejaré que una mujer me mande —escupió con rabia—. Goerd me prometió que tú no serías un estorbo.

—Él está muerto. Ahora tus problemas habrás de tratarlos conmigo. Esto no va a resolverse parloteando, si tanto lo quieres habrás de matarme. ¿Te crees capaz? —Me alejé lo justo para medirle y tener espacio para responder a un posible embiste. Él sonrió con desprecio.

—No voy a luchar con una mujer por algo que me pertenece.

—Eres un cobarde —escupí con veneno. Su cara se volvió roja con rapidez fruto de la vergüenza y la ira, ya no podía echarse atrás. Deseaba acabar con él, no quería tenerlo cerca.

Goerd, mi padre, bueno el hombre que siempre creí que me había dado la vida, era un gran guerrero, pero no era un vikingo. Entre nosotros también existen normas, jamás deben romperse o el castigo será la muerte. Lars estaba convencido de que su condición de varón le había dado la victoria y eso hizo que me excitara al imaginar el posible desenlace.

No esperé por él, no tenía toda la noche. Quería volver a mi barco y limpiarme. Deseaba que masajearan mis músculos doloridos y tal vez, en la oscuridad y oculta del resto del mundo, descargar aquel dolor que me quitaba el aire en forma de grandes lágrimas.

Nunca debí haber nacido, aquel había sido el resumen que quedaba en mi mente después de hablar con mi difunto padre, no obstante, allí estaba. La vida seguía corriendo por mi cuerpo mientras levantaba la espada y la dejaba caer sobre Lars. Él fue lo suficientemente ágil para esquivar mi golpe, pero yo no me contuve. Dejé que la guerrera, fría y eficiente que habitaba en mí, disfrutase y podía sentir la humedad descendiendo por mis muslos mientras lo veía retroceder.

Caminé como un depredador aproximándome a mi presa mientras lo veía apretar el hacha con fuerza. Mis caderas se mecían con sensualidad al cubrir los pocos pasos que él había retrocedido. Sonreí porque supe que tramaba algo.

—¿Veneno? —pregunté —Te diría que eso no es honorable, pero eso ya lo sabes. Llevas mucho tiempo esperando este momento, ¿me equivoco? — Sus ojos esquivaron los míos y supe que no solo era una batalla a muerte,

sino que, aunque venciera, si su hoja penetraba mi piel yo también estaba condenada. Estaba dispuesto a morir, pero no tenía pensado hacerlo solo.

Le lancé la espada, él la esquivó, pero era lento. Mis cuchillos volaban ya en su dirección y se clavaron en su pecho con profundidad. Se sorprendió, pero aún no había terminado.

Me gustaba jugar con él entre mis dedos, lanzarlo y recogerlo, esperé el tiempo justo para que Lars descubriera que estaba acabado. Quería ver su miedo, el terror que siempre llega con el último aliento. Él solía reírse mientras contaba como torturaba a los enemigos, cuando la batalla terminaba y quedaba algún hombre con vida les cercenaba brazos y piernas hasta que morían, ¿cómo se sentiría al otro lado del filo?

—¡Acabaré contigo! —gritó sintiéndose acorralado. Embistió embravecido, llevado por los mil demonios del averno y completamente desesperado.

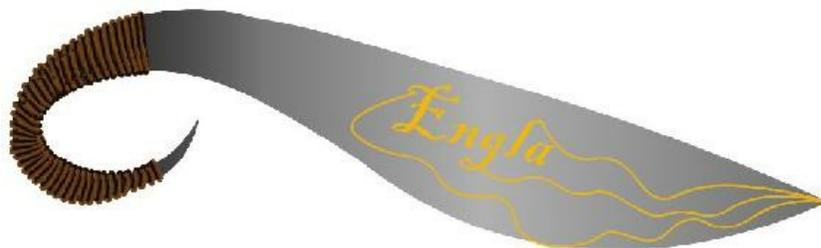
Y lancé el último directo a su cuello. Acerté. Se detuvo y me miró sabiendo la realidad. En un tiempo pasado fuimos compañeros, un engaño que se había mantenido demasiado. Entre nosotros nunca había habido un sentimiento real, solo mentiras muy bien entrelazadas que habían perdido su razón de ser cuando, yo misma, había acabado con el titiritero.

—Es hora de que te enfrentes a tus decisiones —bramé siendo el centro de las miradas de aquellos guerreros.

Uno por uno se fueron golpeando con fuerza el pecho, una muestra de respeto y reconocimiento. No terminaba de fiarme, tampoco aparté los ojos del cuerpo de Lars temerosa de un último intento de venganza. Los hombres moribundos eran los más peligrosos, no les quedaba nada por perder.

—Suen, quiero que le arranques la cabeza y lledes a cabo los preparativos necesarios para quemar su cuerpo. —Me quedé esperando a que cumpliera mi orden. No quería sorpresas—. Espero que os hayáis divertido, sin embargo, temo que sus aliados nos ataquen. Juntad a las mujeres y traedlas al snekke, después levantad el campamento. —Ya no me gustaba la tierra firme, me sentía desprotegida y por eso me encontré, a mí misma, caminando rumbo al mar. Cuando mis dedos tocaron la madera de aquella preciosa construcción suspiré agotada y pensé en mi demonio negro.

## Capítulo 7



Nunca he sabido lo que necesitaba. Los planes a corto plazo y mis necesidades cubiertas, no quería dejar nada para el siguiente ciclo pues temía que nunca llegase. Vivía cada segundo como si fuera el último y eso me hizo plantarme ante aquella puerta de madera con tristeza. Ya no me quedaba nadie que me amara incondicionalmente, alguien en cuyo hombro pudiera apoyar la cabeza sin miedo a acabar perdiéndola.

Entré y me senté a su lado en el suelo. Por algún motivo no había usado ni el catre ni las sillas.

—¿No tienes hambre? —pregunté al mirar en cuenco intacto sobre la mesa —No me gusta comer sola.

—Habrás de hacerlo —dijo con brusquedad. Lo miré con una sonrisa cansada, agotada por tener que conseguirlo todo por la fuerza. Me giré y agarrando aquellas cadenas tiré con fuerza.

—Pero no son tus dedos los que arriesgas.

Él me miró y nos levantamos. Me siguió mansamente hasta la silla y se dejó caer a mi lado. Nos medimos durante unos segundos y esperé a que diera el primer bocado para permitirme acompañarle en la que, sentía, era la primera cena de mi nueva vida.

Me olvidé de él y disfruté de aquel trozo de carne con ansia. La hidromiel descendió por mi garganta y me reconfortó lo justo para permitirme respirar. Me giré hacia él y me quedé mirándolo. Aquel hombre era completamente opuesto a mí, como la noche y el día. Sus gestos eran comedidos, sus enormes manos agarraban la comida con cuidado y sus palabras tenían un deje grave que provocaba cosquillas en mi vientre.

—¿Quieres preguntarme algo?

—¿Has matado a muchos? —Me miré las manos, mis brazos y no necesitaba verme la cara.

—Demasiados. ¿También quieres saber sus nombres? —No respondió, sentí la repulsión que le causaba y lo odié como al resto. Estaba cansada, demasiado—. Uno se llamaba Goerd, él decía ser mi padre. —Al fin había conseguido su atención—. Lo detestaba desde hace muchos años, creía conocer sus pecados, pero no llegaba a imaginar todo lo que había hecho. —Abrió la boca y yo lo detuve. Tapé sus labios y me quedé mirando mis dedos, sintiendo la suavidad y el calor que provenía de ellos.

Me incliné sobre su cuerpo sin pensarlo y dejé que mis dedos se escurrieran hasta su mentón. Necesitaba consuelo, lo necesitaba de verdad. Me acerqué un poco más, lo justo para que nuestros labios se rozasen.

Siempre me han gustado los hombres de largos cabellos, cubiertos de trenzas y símbolos de su habilidad en combate. Representaciones que echaba en falta en aquel ser oscuro, sus ojos rasgados me miraron sin llegar a alejarse.

—¿Vas a hacerlo? —me preguntó sin emoción alguna. Mi mano descendió hasta su cuello y apreté, sentí mis dedos agarrotarse en torno a su garganta sin pensar, me detuve a los pocos minutos, pero por un instante me sentí capaz de acabar también con él.

—¿Matarte? Eso es lo que más deseas. Te lo han arrebatado todo, pero eres un ingrato, sigues con vida. No aprecias ese regalo a pesar de que los tuyos han muerto para que sigas en pie. Me repugnas. —Mis labios se rozaban contra los suyos mientras hablaba. Era un hombre tan hermoso, incluso con aquellos grilletes y postrado ante mí, era capaz de ver el poder que exudaba. Nadie podría explicar jamás el latido entre mis piernas al rozarlo, tampoco me importaba lo que pensasen mis vikingos.

—El mundo pertenece a los que siguen con vida, los muertos solo pueden susurrar en sus oídos para guiarlos en el camino hacia el mundo de los espíritus —susurró él. Me alejé lo justo para poder perderme en la oscuridad de su mirada. Me sumergí de lleno, consciente de aquella corriente que se movía entre los dos.

—¿Un dicho de los tuyos?

—Mi pueblo es un pueblo guerrero, pero apenas los recuerdo. Era un niño y no creo poder seguir luchando. —Asentí sintiendo el mismo cansancio bajo

la piel.

Lo besé con furia. Dejé que mi lengua entrase en su boca y me sorprendí cuando sus manos se cerraron en torno a mi cintura, levantándose y colocándose sobre su regazo. Me coloqué a horcajadas y me dejé llevar. Él era posesivo, marcaba los tiempos, y yo le di esa victoria disfrutando de aquel pequeño descanso.

Me excitaba sentir su calor contra mi piel congelada. Sus brazos eran musculosos y se apretaron en torno a mí, yo lo desnudé con prisa sin despegarme de él.

El barco se mecía, el mundo seguía su curso, pero yo me detuve a sentirlo. Lo vi sin pensar en su situación, sin ver sus ropajes, sin ver otra cosa que un ser poderoso y oscuro, alguien capaz de doblegarme sin levantar la espada. Vi el peligro de tenerlo entre mis piernas, nadie me había hecho temblar de aquella manera y era adictivo. Temía querer más, no ser capaz de dejarlo ir y depender de momentos como aquellos en el futuro.

Salté hacia atrás tomando aliento. Él seguía con los ojos cerrados, permaneció así hasta que me escuchó hablar, parecía arrepentido.

—Quítame la ropa. —Quise que sonara como una orden, quería que no se confundiera, pero no lo conseguí.

—No. Hazlo tú si tan necesitada estás para montar a un animal.

—Siempre me ha gustado tratar bien a mis bestias —repliqué sin mover ningún músculo. —¡Hazlo!

Se incorporó despacio, podía oír el ruido de sus cadenas y le tiré la llave. La miró en silencio y se soltó. Cuando avanzó hacia mí había crecido varios centímetros, ocupaba aquel espacio y sus dientes blancos contrastaban contra su piel oscura.

—Eres una hechicera, en mi tribu tenían el poder de hablar con los muertos y guiarnos en la batalla. Las mujeres danzaban en torno a la hoguera para festejar con los espíritus cuando el sol se escondía y más cerca se encontraban nuestros mundos —explicó colocando su enorme mano en mi pecho y pellizcando con fuerza. Contuve mi impulso de golpearlo apretando los dientes—. Podría acabar con tu vida.

—Ya hemos pasado antes por esto.

—Suelta los cuchillos. —Era extraño que un esclavo ordenase, su voz salió profunda y reverberó por mi piel encendiéndome. Darle el poder a un vikingo en la cama era lo mismo que dárselo en tu vida. Aquel hombre jamás

podría mandar en mí, las cadenas regresarían a su cuerpo y todo quedaría olvidado. Dejé caer las armas a mis pies y él me lanzó contra la pared.

El aire escapó de mis pulmones y el dolor me dejó confusa unos segundos. Él se acercó de nuevo, pero mis ojos devoraban aquel inmenso cuerpo deseándolo.

—No voy a tomarte porque no soy nadie. —Sus actos iban en contra de tal afirmación. Se había acercado a mí y se restregaba, apretando su polla a mi entrepierna con fuerza. Era inmenso y podía sentirlo con claridad a pesar de mi ropa—. Solo hay una posibilidad —confesó bajando el rostro.

—¿Qué es lo que buscas? —No iba a darle la libertad y mucho menos en aquel momento. Mi situación era demasiado inestable y él no era tan importante.

—Deja de ser tú y conviértete en nadie como yo. Serás ella y yo no tocaré a la bruja blanca. —Estaba loco, pensé ante su petición. No podía acceder, aunque creyera que era un sin sentido.

—Soy una skjaldmö, una guerrera. No soy una mujer, no seré madre ni fundaré una familia, he tardado mucho tiempo en aceptarlo, pero hoy me he dado cuenta. Jamás podré darles amor a mis hijos, lo único en lo que soy buena es en la muerte. En mi pecho solo hay lugar para la venganza y la guerra, es lo único que soy. No debes confundirte, seguirás siendo mi esclavo a pesar de que quiera consuelo por unas horas —confesé casi sin voz—. Puedo caerme y ellos lo verán como una debilidad, puedo sangrar sin estar herida y llorar cuando mi pecho no soporte más el dolor, no obstante, me levantaré más fuerte y seguiré en pie cuando todos os hayáis ido. Tu vida no vale más, ni menos, que la de ellos para mí porque no me importáis. —Me detuve y apoyé mis manos en sus hombros—. Dame lo que te pido o muere. Lo necesito demasiado para importarme lo que sientas. ¿Tengo que azotarte? ¿Prefieres que violen a Une para saber que no miento? No me obligues a hacerlo. —Lo vi temblar de rabia y lo empujé rumbo al catre lleno de paja—. Es el momento de montarte. —Toda emoción se desvaneció de mis ojos.

Él se dejó caer y yo me quité la capa, el vestido y los pantalones. Las botas las lancé lejos con una patada.

Desnuda me coloqué a horcajadas, solo debía bajar sobre él y moverme hasta llegar a esa agradable sensación que, si tenía suerte, podría lograr. Esa era mi intención, en mi vida las cosas nunca suceden como deberían.

—Creo que hay dos mujeres en tu interior y no me gusta ninguna. —Sus

manos detuvieron mis caderas inmovilizándome—. Eres indigna de tomar al jefe de los... de los... —bufó con cansancio —No recuerdo el nombre de mi pueblo, tampoco recuerdo las voces de mis padres. Casi no queda nada de mí en este cuerpo, antes de que desaparezca todo prefiero morir —confesó.

—No eres nadie... —De pronto comprendía lo que quería decir.

Sentí ternura hacia aquel cuerpo inmenso. Me incliné para mirarlo de cerca, guiada por la curiosidad, y él me atrapó.

La urgencia era la dueña de sus movimientos. Me hizo girar y me inmovilizó bajo él. Algo en su interior había cambiado, sus manos apretaron mis muñecas contra el catre y su boca bajó sobre la mía. Mordió mis labios, introdujo la lengua en mi boca y me hizo arder.

—Eres una bruja... —repetió contra la piel de mi cuello, era más un gemido quedo. Apenas conseguí entenderlo cuando bajó la cabeza y mordió mi pezón hasta el punto de hacerme debatir —Podría hacerte sufrir. —Temí por mi integridad y peleé, luché contra él sin conseguir moverlo ni un milímetro, me tenía inmovilizada. ¿Era aquel mi final? ¿Había bajado la guardia y un simple esclavo desnudo acabaría con mis hazañas?

—Te destriparé. —Era doloroso. Sus dientes apretaban cada vez más y mi cabeza giraba, sin embargo, sin previo aviso el dolor se desvaneció y mutó, al tiempo que su lengua empezaba a deslizarse por mi pezón sensible. Las sensaciones eran confusas, mi espalda se arqueó con vida propia.

—Una bruja con oro por pelo. Tus ojos brillan como el agua cristalina al correr entre las rocas curso abajo. —Cuando sus labios se separaron de mi piel sentí frío y su aliento al hablar me hizo temblar. Lo miré sin comprender lo que quería decir. Había cambiado de pezón y volví a sufrir, pero sabía lo que vendría después y me contuve apretando los puños a ambos lados de mi cuerpo—. En una noche de luna llena, yo era pequeño, mi madre danzaba en torno al fuego pidiéndole a los espíritus que nos ayudasen. Los niños apenas conteníamos el sueño, pero la magia se notaba en el aire. —Quería concentrarme en sus palabras, costaba demasiado.

Me aferró por la cintura mientras comenzaba a deslizarse en mi interior. Era inmenso y contuve el aliento mientras se acomodaba. Llevaba mucho tiempo sin estar con un hombre, demasiado. Tal vez se debiera a eso aquella emoción llenándome el pecho y la necesidad de besar sus labios con ansiedad. Cedí porque vivir era demasiado importante, porque negármelo sería tener algo de lo que arrepentirme con el paso del tiempo.

Enlacé las manos tras su cuello y tiré de él. Cuando lo besé me perdí. Me dejé volar en aquella inmensidad de emociones, mi piel estaba recubierta de fuego líquido que corría hacia mi entrepierna intensificando cada una de sus penetraciones, llevándome hasta el olvido.

No había pasado, presente o futuro, solo el ahora. Éramos dos individuos sin rostro, sin historia, con secretos inconfesables a nuestras espaldas, sin embargo, no importaba, nada lo hacía.

No dejamos de besarnos, yo lo mantenía lo más pegado a mí que podía. Quería sentir cada porción de su piel, quería llenarme de él para olvidar quién era yo. Aquella intensidad era incontrolable, sus manos se aferraban a mis caderas al tiempo que incrementaba el ritmo.

Se podía oler el sexo en el aire, el golpeteo constante y un sonido que nos llevaba a un punto del que no había retorno. Mis uñas se clavaron en sus hombros mientras los gemidos se intensificaban, hasta convertirse en agudos gritos, necesitados de ese último toque.

—¡Más fuerte! —exigí y él me lo dio. Me miraba de una forma extraña, apretando los dientes y bufando como conteniéndose, parecía esperarme a mí. Aquel pensamiento era extraño, pero me gustó creerlo por un momento. Quería pensar que había algo que claramente no podía existir.

Y ahí, envueltos en las sombras, mecidos por el mar, perdidos entre los placeres más antiguos que los dioses nos habían concedido, me dejé llevar. El orgasmo arrancó de mi cuerpo un grito angustioso, un grito que hizo que apretara con fuerza mi abdomen y él se perdiera conmigo. Su gruñido fue excitante, erótico, oscuro.

Al terminar nos sentimos desorientados. Supe que también él había perdido una batalla interna, que había dado en aquel intercambio mucho más de lo que pretendía y no trató de terminar la historia. Quizás era uno de los pocos recuerdos que seguía conservando, quería conocer más, aunque no creí que fuera el momento.

—Me pondré de nuevo las cadenas —gruñó alejándose. Eché de menos no sentirlo en mi interior, no estar unida a él. Lo observé levantarse y ponerse su pantalón raído, del resto poco podía salvarse. Sus pies estaban heridos y tenían un color amoratado.

Salté de la cama y me arrodillé ante él. Lo toqué y los sentí tan fríos que yo misma temblé. Me vestí y me detuve en la puerta.

—No irás encadenado porque no tienes a dónde huir. Buscaré algo para

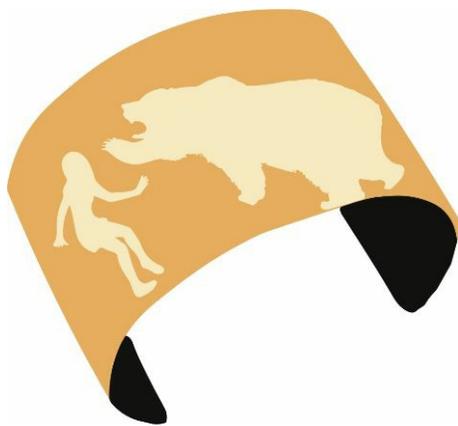
ti, pero no olvides tu lugar. Además —agregué antes de salir—, Une pagaría tus pecados.

En la bodega había de todo. Era un pequeño tesoro fruto de la sangre y yo disfrutaba acariciando aquellos objetos. Tomé una capa, unas botas y todo lo necesario para que fuera abrigado. Cuando salí me topé de golpe con Harek.

—Creo que te va a quedar grande. Si tanto te gusta podemos pedir a alguna de las mujeres que las arreglen para ti —sugirió con cierto deje de burla.

—Es para mi nuevo esclavo. No me gustaría tener que sacrificarlo antes de poner divertirme con él.

## Capítulo 8



*Aquel día era un día de celebración. Dos personas iban a unir sus vidas y toda la tribu se preparaba para ello.*

*Yo era solo un niño y me sentía eufórico ante la posibilidad de una noche eterna, así era como la llamaban. Seguiríamos celebrando hasta que el sol volviera a salir y los novios abandonasen su tienda. Su viaje, su primera noche, su unión sería acompañada por nuestros tambores y nuestros mejores deseos.*

*Yo no conocía todas las canciones ni todas las historias que contaban, por eso los escuchaba con ojos brillantes y admirado. Todos íbamos pintados de una masa blanca y las mujeres se habían colocado unas cuencas en el pelo hechas de madera.*

*Un día como aquel debía ser feliz, pero se vio teñido por sangre. Fueron los seres hechos de luz, sus cabellos brillaban con la fuerza del fuego y del sol. Sus ojos eran hermosos, pero no sus intenciones.*

*Mi madre me escondió bajo las pieles, no obstante, eso no logró opacar los gritos y las súplicas. Los oía correr, orar, gritarles a los dioses, sin embargo, aquellos seres no tuvieron compasión.*

*Fue la peor de las torturas pues, los que aullaban a la luna y al sol, eran mis amigos, mi familia, mis seres amados. Nadie podría jamás imaginar la angustia que aquel día se aferró a mi pecho, tampoco el miedo cuando,*

*mientras las mujeres gemían fruto de otro tipo muy diferente de tortura, alguien descubrió mi escondite.*

*No entendía lo que decían, pero me arrancaron de mi hogar arrastrándome por el pelo. Dolía y no podía contener las lágrimas. Yo quería ser fuerte como mi padre y mis hermanos, quería luchar y defender mi tierra, mi vida. No conseguí moverme.*

*En un último momento golpearon mi cabeza y todo se volvió negro, la calma llegó con cierto toque compasivo.*

Me desperté confuso mientras dos manos pequeñas me zarandeaban por los hombros. No sabía cuánto había tardado, sin embargo, el sueño me había vencido. Demasiadas horas en guardia, vigilando que Jensen no le hiciera nada a Une y después el ataque. Mi cuerpo no había sido capaz de soportarlo más, había dado todo lo que me quedaba con aquella bruja de cabellos dorados, y caí completamente agotado.

Ella me volvía loco, deseaba acabar con su vida con la misma intensidad que quería meterme entre sus piernas. Desde el primer instante en el que la había visto no pude sacarle los ojos de encima. Su manera de moverse, su porte, su orgullo, todo en ella era hermoso.

En otra vida, si yo hubiese sido el hombre que estaba destinado a ser, habría podido tomarla como esposa. Incluso habría luchado por hacer que viera el mundo de otra manera, sin embargo, encadenado solo podía ser un testigo mudo de las barbaries que cometían. En el pasado mi pueblo también había luchado, pero estar encadenado y supeditado a los deseos de Jensen había cambiado mucho mi manera de pensar.

El frío había provocado temblores en mi cuerpo y en mi inconsciencia me había acurrucado, envuelto en las pieles del camastro, tratando de mantener el calor corporal.

—¿No eres tú el que debe cumplir todos mis deseos? —me preguntó Engla con su cara peligrosamente cerca. Su olor me distraía, me desconcentraba y me hacía soñar.

—Cuando una mujer me mete en su catre se vuelve más dócil —repuse medio dormido. Me giré para mirarla de cerca y gruñí al sentir sus pechos presionando mi brazo. Demasiado voluptuosa, demasiado tentadora.

Sentí el metal contra la piel de mi cuello y su sonrisa tensa.

—Deberías tener cuidado con tu lengua.

—¿Vas a cortármela? —inquirí con arrogancia. Estiré el cuello y me

quedé esperando ese gran final, el que me llevaría a donde realmente pertenecía, jamás llegó.

Con ella era diferente, ¿era ahora mi nueva ama? Me negaba, no con ella. Por algún motivo su forma de mirarme sí que me importaba. Fue como una ligera llama, la necesidad de luchar por primera vez y conseguir algo para mí. No iba a dejar que usase mi cuerpo, emplearía todas las armas a mi alcance para que ella me necesitase, que volviera a mí y me diera la libertad.

—Debería hacerlo. Creo que vas a complicarme la vida. —Su tono quedo, la duda escondida en el fondo de sus ojos. Tal vez veía lo que anhelaba que estuviera ahí, pero no me importó.

—¿Y cuáles son tus deseos? —pregunté tentándola. Aparté las pieles y abrí los brazos dejando mi pecho al descubierto. La miré con tranquilidad, por algún motivo desconocido confié en ella.

—Debería castigarte por tu insolencia —reconoció ella. Los esclavos jamás deberían hablar si no se les preguntaba. Supongo que nunca he sido el esclavo perfecto, por mucho que Jensen había marcado mi espalda cada pocos días. Su pueblo creía que los castigos harían que cediera, que conseguiría postrarme ante sus deseos, no me conocía.

—Hazlo.

Soltó lo que llevaba en las manos y lo lanzó sobre la mesa. Me contempló endureciendo sus rasgos, se veía hermosa, y me observó con superioridad. Su pecho subía y bajaba a gran velocidad y yo solo podía pensar en lo bonita que se veía.

—Hazlo —repetí yo. Quería que me mirara mientras lo hacía. Necesitaba pensar que dudaría, que la guerrera que durante un instante había percibido en sus ojos, al estar en su interior, tenía un espíritu puro.

Sus manos apretaron el cinturón de cuero que envolvía su cintura. Se lo quitó despacio, en silencio. Lo estiró y goleó el suelo creando un sonido que yo conocía perfectamente. Aquel impacto era capaz de congelar mi mundo, un cinturón en las manos de Jensen significaba que sería incapaz de moverme durante días enteros. Pocas veces se me habían infectado las heridas, pero la fiebre era lo peor de todo. Deformaba mi realidad aún más, si es que era posible.

—Quizás es lo mejor para ambos. —No parecía la misma mujer que había llegado para acabar con la vida de Jensen—. Gírate. —Yo obedecí apretando los dientes, sabiendo que ella podría golpearme hasta hacerme

perder la piel, era algo que todos hacían con sus esclavos, la forma en la que les demostraban quién mandaba cuando pasaban a sus manos, sin embargo, el poder estaba en mí. No saldría de mi boca ni un solo sonido, apretaría los dientes y trataría de respirar hasta que la noche volviera a llevarme.

Esperé y esperé. Cuando sus dedos tocaron mi piel mi cuerpo se removió, pero no sentí dolor. Podía percibir como recorría mi piel siguiendo antiguas cicatrices. Parecía sorprendida y emitía pequeños gemidos.

—¿No vas a hacerlo? Soy un animal de tu propiedad, no tienes que preocuparte por mí mientras siga en pie para cumplir tus deseos. Mi dolor no debería importarte —expliqué como si fuera la primera vez que ella tenía un esclavo. No respondió.

Sus manos agarraron mi brazo y me obligaron a girarme. Se subió al catre y sus piernas se colocaron a ambos lados de mi cadera. El cuchillo de su mano quedó apoyado sobre mi corazón.

—¿Quién eres? —preguntó con verdadera curiosidad.

—Ya no lo sé —reconocí acallando las voces que gritaban en mi mente, que me decían que por mi sangre corría el poder de los jefes de mi tribu. Generaciones que terminaban en mí, solo quedaba yo para hablar de un pasado que apenas recordaba. Me entristecía pensar que jamás podría enseñarle a nadie mi tierra, mis costumbres, los bosques o a cazar como una vez hicieron conmigo. Quería oler la tierra, seguir a mis presas y perderme en la naturaleza respetándola como a una igual.

—¿Quién quieres ser? —No llegué a comprenderla. Ella lanzó el cuchillo contra la pared del fondo y suspiró antes de volver a mirarme—. No puedo dejarte libre, pero podrías luchar por tener una buena vida. —Me sorprendió su ofrecimiento, ella se encogió de hombros.

—Yo soy un esclavo.

—Es posible. Nadie deja de serlo nunca. —¿Qué le pasaba? Mi mano voló a su cabello dorado y lo agarré con fuerza. Apreté y tiré de ella hasta que nuestros labios se rozaron.

—No voy a quedarme con las sobras. No puedes despertar a un lobo y querer tener controlados sus deseos. No voy a dejar de soñar y tampoco seguiré los pasos de una bruja. —Ella apretó los labios y yo me sentí poderoso.

La mantuve pegada a mí, sintiendo el calor de su piel, y dejé que mi mano bajase hacia el centro de su ser. Pasé atravesando aquellas capas de ropa,

introduje un dedo en su interior y sonreí al verla contener el aliento.

—Jamás voy a darte la libertad, pero necesito un perro de confianza. Habrás de aprender a mear donde yo te lo indique y matar cuando sea necesario. —Apenas conseguía hablar. Era un jadeo quedo contra mi boca, casi podía sentir su sabor en la punta de mi lengua y deseaba mucho más de ella.

Estar cerca de aquella hermosa criatura me hacía entrar en trance, olvidaba mis pensamientos para quedar a la merced de sus pechos, de su piel, de sus ojos.

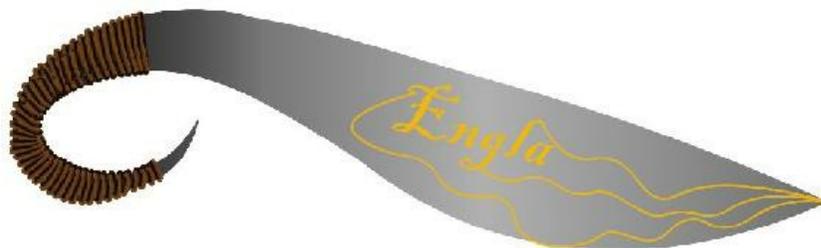
—No voy a hacerlo. —Comprendí que jamás podría aceptar que me diera las migajas de una vida. Yo lo quería todo. ¿De verdad no podía alcanzar lo que tanto deseaba? Ella creía estar concediéndome mucho, pero no me daba nada. Unas pocas caricias y una capa, para paliar el frío, no cambiaba el hecho de que en torno a mi cuello había ahora una nueva correa.

—Si sigues así antes o después tendré que matarte.

—Espero que sea una promesa. —Ella golpeó mi brazo y me abofeteó con fuerza. El calor en mi mejilla me hizo reaccionar y giramos en aquel catre. Sus piernas me apresaron y yo sonreí al agarrar sus muñecas.

—Vístete. Has de aprender quién manda aquí —soltó Engla de repente con la mirada brillante.

## Capítulo 9



No conseguía pensar con claridad. Dejé que aquel aire frío, y lleno de sal, llenase mis pulmones. Me quedé mirando como el agua golpeaba el casco del barco y éste cedía unos centímetros para volver a su lugar, un ciclo interminable que calmaba mi pecho.

—¡Horek! —grité al aire. Su cara, roja y sudada, apareció en cubierta a los pocos minutos. Sabía lo que estaba haciendo, aunque no quise pensar en eso. Sus manos se recolocaron el pantalón y yo me giré de nuevo con la mirada fija en el horizonte —¿Has tocado a Une? —pregunté con frialdad.

—No —contestó con rotundidad. Quise creerlo, no quería derramar su sangre. Necesitaba la fuerza de todos aquellos vikingos para llevar a cabo la imagen que se dibujaba en mi mente.

—Que se preparen para la guerra.

—Aún estamos cansados. Necesitamos reponernos y...

—Y seguir violando a esas mujeres hasta que no sean capaces de respirar. Arrebatables la poca cordura que les queda —añadí con repugnancia—. Estoy segura que seguirán aquí al volver, aunque desearía que no. Ahora os quiero preparados para viajar y para acabar con un par de vidas más.

No me giré, no quería verlo. Mis palabras no eran las propias de un jefe, tampoco de alguien que respetase nuestras costumbres. Yo siempre había sido la diferente, aquella que no seguía las leyes y que luchaba con pensamientos propios. Ellos veían en mí a un guerrero, pero a uno que había perdido la cabeza y era peligroso para todo lo que conocían.

—Deberías saber que muchos no querrán seguirte. —Me estaba amenazando.

Me giré y me acerqué. Caminé despacio, sintiendo la madera crujir bajo mis botas. No necesité tomar mis armas, tampoco cambié mi postura.

—Y tú que antes dejas que el mar se lleve vuestros cuerpos. —Nos quedamos retándonos en silencio—. Llena tu estómago de hidromiel, pide buena suerte para que encuentres un digno final y prepárate para la guerra.

Dio un par de pasos hacia atrás antes de girarse. El amor de mi vida era aquel snekke, un barco hermoso y gentil que atravesaba las tormentas con la ferocidad y la seguridad que solo los buenos barcos tienen.

Mi instinto me hizo bajar al comedor sorprendida por no escuchar los gritos, que comúnmente rebotaban por aquel lugar. Ellos tendían a beber y cantar, gemir y gritar necesitados de sangre. Aquel extraño rumor no me gustaba.

—Quizás entre todos podríamos atraparla. Ella no es digna de liderarnos, solo es una mujer. —expresó Viggo quedamente. Él era un hombre callado y por eso me sorprendió su opinión. Era el último del que esperaba la traición y eso me hizo comprender lo ciega que había estado.

Éramos setenta y cuatro guerreros, cuando embarcamos ochenta. No parecía un gran número, pero estábamos formados y sabíamos cómo pelear. Con ellos podría conseguir mucho, pero prefería seguir sola ante la posibilidad de terminar mis días con los peces.

Lo degollé y lancé un cuchillo al pecho de Harek. Se quedaron en silencio, nadie se movió. ¿Quién sería el siguiente?

—Es sencillo, respetadme y luchad a mi lado. Vuestra lealtad os granjeará la gloria y riquezas. La otra posibilidad... —dejé la frase inacabada.

—Los dioses castigarán tu falta... —Miré a Harold y caminé hasta él. Era un hombre pelirrojo y fuerte, demasiado estúpido para orquestar todo aquello él solo.

—Los dioses conocen el interior de nuestros corazones. Son capaces de ver más allá de nuestra carne y nos han dado la victoria. Puedo guiaros, puedo ser quien deseáis que sea, pero en tierras inhóspitas necesitaremos mucho más que nuestras hachas. —dejé que mi discurso entrara en sus duras cabezas y me senté al frente de todos. Golpeé la mesa y bufé al darme cuenta de que acababa de matar al que cocinaba.

—Viggo está muerto.

—Ya lo veo —repuse malhumorada—. Une se encargará de nuestra comida. Jamás habréis de tocarla. —No quería que creyeran que tenía una

debilidad, que pensasen que podían usarla contra mí—. Todo aquel que no siga mis órdenes morirá. Tampoco violaréis a las mujeres, os quiero en cubierta en unos minutos. —Eché la mano a uno de los cuernos y dejé que la hidromiel me calmase el alma. Con el estómago vacío sentí un ligero mareo, respiré y los seguí fuera—. Traed a las esclavas.

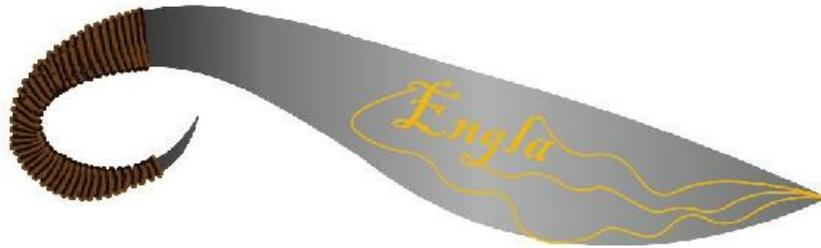
Lo que vi me molestó. Sus ropas estaban manchadas de sangre, muchas de ellas tenían las caras amoratadas y cortadas. La mayoría eran demasiado jóvenes, creía también ver belleza en sus rasgos, pero no era eso lo que buscaba.

—Acercadme a esa mujer. —Su color de piel, sus ojos negros y rasgados... era mucho mayor que el hombre que seguía encerrado en mi camarote y era la única que permanecía intacta, al menos mis hombres no parecían haberla tocado. Supongo que ante la carne más joven nadie quería a una anciana, me sorprendía que la hubieran traído con vida—. Las demás descansarán unos días. ¡Une! —Se aproximó a mí con la cabeza gacha—. Llévalas a la bodega y cuida de ellas. Solo tú podrás andar con libertad por el barco y nadie habrá de dirigirse a ti sin mi permiso. Si alguien incumple la orden acudirás a mí.

—Harek nos dijo que iríamos a la guerra —comentó Suen, dirigiéndose por primera vez a mí y mirándome con orgullo.

—Lo haremos en unas horas. Antes debo hablar con esta mujer.

# Capítulo 10



Nos fueron dejando solas y ella se arrodilló a mis pies. Bajó la cabeza y esperó sin miedo.

—Hoy no vas a morir —dije antes de ofrecerle la mano y ayudarla a incorporarse. Ella me estudió con cuidado, no confiaba ni en mi promesa ni en mi ofrecimiento. No sería la primera vez que jugaban con ella, había mentes depravadas y los esclavos no tenían derechos. Ellos solo estaban para cumplir aquellas cosas que nadie quería hacer, para soportar lo que las mujeres de nuestra tribu no estaban dispuestas a recordar—. Necesito que contestes unas preguntas.

—Lo que desee saber. —Sus ojos eran negros, su cuerpo delgado y sus manos temblaban demasiado. Sus dedos estaban llenos de ampollas y le faltaba una uña, dudaba mucho que aquella pérdida fuera fruto del trabajo intenso.

—¿De dónde eres?

—Del otro lado del mar. Un lugar lejano donde el sol calienta nuestras pieles y el bosque está lleno de vida. —Sonaba bien, ¿era ese el lugar que yo tanto había buscado?

—¿El hombre de cabellos negros también es de los tuyos? —Estaba convencida de que sería una respuesta afirmativa por eso cuando la vi negar con lentitud la decepción me golpeó con fuerza—. Pero él tiene los ojos oscuros y la piel del color de la tierra. ¿Cómo es posible?

—Era de otra tribu, lo trajeron semanas después de que me raptasen a mí. Yo tenía una hija, pero ella... —Sus ojos se empañaron y yo permanecí en silencio. No me sentía capaz de decir nada, pues creía que el dolor que estaba

experimentando jamás desaparecería—. Mataron a todos los suyos y a él lo torturaron durante años.

—¿Por qué él? Pocas veces cogen a niños como esclavos. —Me sorprendía. Solo las mujeres tomaban esas decisiones y apenas conocía un par de ocasiones en las que había ocurrido. Pocas luchaban más de dos veces, al final siempre dejaban la espada a favor de establecerse en una granja, de la tranquilidad de cuidar de sus propios hijos. Solo volvían a tocar el metal si eran atacadas. También contaban que la ferocidad con las que aquellas mismas mujeres luchaban para proteger a sus retoños distaba mucho de la que habían demostrado en plena guerra, las mujeres crean leyendas increíbles porque sacan fuerza de donde ya no debería quedar nada.

—Su padre era el jefe de la tribu. Jensen salió herido cuando los atacaron y quería venganza, pero sus hombres ya habían acabado con la vida del culpable. Buscaron en toda la aldea hasta que dieron con Jonoa. Cuando Jensen supo que era el hijo del gran jefe lo raptó prometiendo, al cuerpo sin vida del padre, que convertiría la vida del pequeño en un infierno.

Yo ya había visto las marcas, las cicatrices cubrían su piel de forma atroz. La idea de un niño golpeado de aquella manera me parecía repugnante. Hacía falta tener un alma muy oscura para hacer algo así.

—¿Podrías guiarnos hasta tu tierra?

—¿Por qué quieres volver? —Era la primera vez que me miraba a los ojos. También se irguió todo lo que pudo—. No voy a permitir que mates a mi pueblo. No quedará en mi alma la culpa de sus muertes. No voy a hacerlo —explicó con rotundidad. Vi la determinación en su rostro y supe que conocía las posibles consecuencias. Estaba preparada para todo aquello que pudiera hacerle, no temía la muerte.

—No voy a matarlos. Quiero ver tu tierra —respondí con calma. No me creía, pero tendría tiempo. Descubriría el camino costase lo que costara.

—No puedo hacerlo. —Levanté la mano y acaricié su mejilla. No supe por qué lo hice, pero ella tembló y se tiró a mis pies. Quizás temía lo que pasaría, pero yo me dejé caer con ella. La miré avergonzada, esperaba que nadie nos viera.

—Yo soy un guerrero y mataré a muchos hasta que los dioses me lleven, pero no dañaré a los que no pueden defenderse. Hace no tantos años yo misma estuve acariciando las puertas del Valhalla.

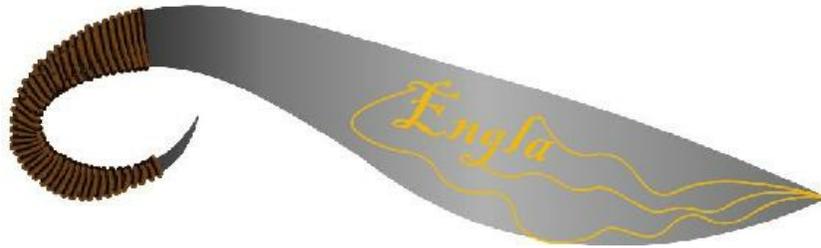
—Nosotros creemos que no estamos solos, el espíritu de un animal nos

acompaña a lo largo de nuestra vida. El chaman nos mira y nos dice cuál nos representa, pero todos tenemos alguno —me explicó—. Somos diferentes, pero tenemos ojos para ver lo que nos rodea. Nadie podrá negar que hay mucho más allá, pero yo jamás estuve sola y tú tampoco.

La solté y me incorporé molesta. Estiré mis ropas y le tendí la mano. Ella agarró mis dedos con fuerza y tiró de mí para susurrar a mi oído.

—Tu animal busca su lugar.

# Capítulo 11



Jamás podrían arrancarme el calor de las reyertas. Nadie podría aplacar la necesidad porque era la única constante en mi vida. Bajé a la playa y caminé hacia lo desconocido. Dejé que la nieve rozase mi piel y me perdí sin rumbo.

Podía oír el crujir de mis pisadas, los árboles estaban completamente blancos y nada crecía del suelo. A mi espalda se extendían las sombras.

—¿Sabes el camino?

—¿Tenéis miedo? —pregunté con sorna —Puedo sentir la proximidad del enemigo y es el momento de la venganza.

—¿Podemos quedarnos con lo que consigamos? —inquirió Harek con una sonrisa de medio lado.

—Por supuesto —claudiqué contra mis deseos. Ellos no iban a cambiar su manera de ser, no podía obligarlos.

Y seguimos como fantasmas, atravesamos el bosque en dirección norte. Íbamos hombro con hombro, buscando en la oscuridad.

Dejé que mi instinto tomase el mando, me olvidé de los recuerdos y de por qué lo hacía. No quería dudar ni que mis sentimientos me detuviesen. Por un momento el rostro de Jonoa apareció en medio de la nada que había ante mí. Sabía que no estaba allí, que era mi propia mente torturándome, pero eso no me impidió que me detuviera unos segundos.

Estaba cansada de las dudas, ¿qué había mal en mi cabeza para que me replantease todo lo que conocía? Mi madre tendía a repetir que era una rebelde, que debía comprender que las normas estaban ahí por algún motivo...

Tenía ganas de saber más de aquel hombre, me sentía tentada a volver

sobre mis pasos y tenerle frente a mí, pero aquello no era lo que hacía un guerrero. Tras conocer a Jonoa la venganza ya no parecía tan importante, quizás porque cada vez que alguien se vengaba un inocente sufría y el ciclo volvía a comenzar.

Llegamos hasta aquel poblado demasiado pronto, mi cabeza seguía siendo un hervidero y al tocar mi espada me quedé en blanco. Avancé hasta la casa de la derecha, la más grande.

—Nos encargamos del resto. Probablemente nos esperen —susurró Suen a mi lado. Sus ojos azules brillaron peligrosamente mientras su rostro perdía toda emoción.

—No vayáis solos. De tres en tres —ordené mientras lo agarraba por el brazo—. Yo me encargaré de Jensen.

—No lo hagas. —Me sorprendió su petición. Lo miré confusa—. No tienes por qué morir hoy. Deja que yo te acompañe —agregó de pronto. Asentí sin voz. Él me sonrió y levantó la mano varias veces dividiendo al resto.

No tardaron mucho en escucharse gritos a lo lejos. Nosotros ya habíamos entrado y yo estaba rumbo a la segunda planta. Suen estaba impregnado de sangre, pero no eran más aquellas muertes inocentes.

Seguí subiendo cuando una lanza se clavó a pocos metros de mi cabeza. Actué por instinto. Mi cuchillo voló escaleras arriba y comencé a correr.

—La noche ha llegado para ti. ¿Me reconoces? —Mis ojos azules inspeccionaron aquel lugar y descubrí a dos guerreros aparte de Sigurd.

Suen subió poco después, no obstante, aquello no iba a ser tan sencillo. Podía ver los tatuajes del de la derecha y estaba claro que nos estaban esperando.

Dejé que el aire llenase mis pulmones, traté de memorizar todo lo que nos rodeaba. Hice un mapa mental de dónde estaba cada cosa, consciente de que estábamos en minoría, y sonreí.

## Capítulo 12



Se habían ido, dejando tras ellos a dos hombres que habrían de vigilarnos. No nos veían como un peligro, tampoco creían que tuviéramos fuerza para tratar de huir. Es posible que tuvieran razón en relación a aquellas mujeres, que habían sido salvajemente golpeadas, sin embargo, yo no podía quedarme allí más tiempo.

¿Cuántos años habían pasado desde que no veía hierros impidiendo mis movimientos? Ya no recordaba lo bien que sentaba moverme con libertad, poder caminar sin aquel peso extra rozándome la piel, hiriéndome.

Aquella mujer de cabellos dorados era una inconsciente. No sabía a quién iba a enfrentarse, Jensen era un monstruo, sin embargo, no era nada comparado con Sigurd. La posibilidad de que muriera me picaba bajo la piel.

Atravesé la noche sin hacer ruido. Estaba vivo, despierto, feliz. Sentí el frío en la piel sabiendo que era yo quien decidía. Avancé cerrando los ojos y dejando que mis dedos acariciasen los troncos más próximos. Conocía el camino, pocas veces había atravesado aquel lugar, no obstante, cuando lo había hecho había sido para soportar castigos que recordaría eternamente.

La creencia de que las heridas endurecían el alma era errónea. Cada vez que volvía de aquella aldea me sentía más débil, más muerto.

Llegué con rapidez y me encaminé directo al hogar de Sigurd. Muchos habían entrado allí para dejar sus cuerpos vacíos poco después.

Pude oír las voces y ascendí por las escaleras en silencio.

—Vengaré su muerte. —Era Engla, sonaba fría, dura e impersonal, pero seguía provocando que mi piel se calentara solo con escucharla.

—¿Tú? Una mujer jamás podrá vencerme. Martillo de hierro, ¿te encargas de ella? —La voz fangosa de Sigurd sonó con fuerza. No quedaba tiempo, pensé presa de la prisa.

—No podrás tocarla. —Era mi voz, ese fue mi primer pensamiento tras entrar en aquella sala.

Aquel escalofrío era un viejo amigo que regresó a mí con más fuerza que nunca. Era el olor, aquel olor metálico a sangre que empapaba las pieles, el suelo, las paredes. La habían limpiado a conciencia, pero si te fijabas podías ver las marcas.

—¿Habéis traído al esclavo de Jensen? —preguntó estallando en carcajadas. Sus ojos verdes pasaron de ella a mí y volvieron a Engla.

—¿Qué haces aquí? ¡Lárgate! —Ella estaba furiosa. Sus ojos azules, se habían vuelto casi blancos y estaban abiertos de par en par, en otras circunstancias me habría degollado allí mismo.

Fue como volver a ser un niño, me sentí impotente, pero al ver como ella agarraba los cuchillos y se disponía a pelear me miré las manos. Eran enormes comparadas con las suyas, yo también era mucho más alto y fuerte. ¿Por qué no era capaz de pelear?

Me giré y recogí la espada que había apoyada contra la pared del fondo.

—Te protegeré —susurré para que solo ella pudiera escucharme.

—No lo harás. Vuelve y ayuda a las esclavas con la comida y la ropa. ¡Vete antes de que acabes muerto! —gruñó conteniéndose solo para mí. Ella se tocó el brazo vacío y supe lo que estaba buscando.

—¿Por qué? ¿Tanto te importa lo que me ocurra? Necesito hacerlo. — Nuestra conversación no había pasado desapercibida a nuestros enemigos. Nos miraban sonriendo, sabían que habíamos bajado la guardia y se acercaban despacio.

—Eres un vulgar esclavo.

—Entonces úsame de escudo. No valgo mucho más —respondí mientras saltaba los metros que me separaban del hombre de Sigurd.

No era la primera vez que veía a aquel gigante rubio. Él estaba siempre cerca de Sigurd para protegerle la espalda. No habían pasado muchos segundos cuando comprendí mi error. Aquel calor en mis venas me llevó a

tomar la decisión equivocada, la fuerza bruta no valía de nada.

Vi su hacha descender con rapidez dispuesta a cercenar mi cabeza. Sería un solo golpe, con su fuerza sería una muerte rápida, pero Engla se interpuso entre ambos.

—No voy a dejar que lo toques —gruñó ella agarrando la espada con ambas manos y desviando el golpe. Me sorprendió, la tenía a unos centímetros y pude sentir la energía, el poder que emanaba de ella.

Me empujó con fuerza para que retrocediera y me siguió poniendo algo de distancia. Sus ojos, siempre conectados en el enemigo, sus pasos cortos y las manos apretadas en torno a la empuñadura de su espada.

Temí por su vida, no quería que nadie le hiciera daño, por muy estúpido que sonase, ya que para ella yo era menos que un vulgar perro. Quería ayudar, fuera como fuese, necesitaba apoyarla.

—Por poco. ¿Debo saber algo? ¿Es tu nuevo esclavo? He de decirte que ya ha sido muy usado. —La voz de Sigurd quedó opacada por el metal al chocar. Saltaban chispas mientras aquel gigante rubio atacaba con ferocidad. Ella se movía con rapidez, siempre escapando por poco. Empezaron a respirar con pequeños jadeos—. No tardará mucho contigo y es una pena. Espero que te deje con vida, las mujeres que tengo ya me resultan aburridas. Creo que estoy deseando domesticar a una auténtica guerrera.

Ella estaba demasiado concentrada para verlo avanzar. Él era una serpiente y sonreía con arrogancia mientras cogía entre sus dedos un diminuto cuchillo que escondió entre sus ropas. Aquel pequeño movimiento me hizo recordar, él era diestro en la tortura. Disfrutaba viendo como la vida escapaba de sus víctimas, pero lo verdaderamente importante eran los gritos, las súplicas, las horas interminables de dolor en las que lograba mantenerlos con vida. Sin embargo, había una noche en concreto que me vino a la mente.

No podía gritar para avisarla, tampoco pasar en medio de aquella cruenta batalla. No quería que un movimiento en falso la hiciera perder. Los miré sin encontrar solución a aquel dilema.

A veces el pasado trae tonterías a nuestra mente. Era el momento menos oportuno para recordar las muertes de todos aquellos que me importaron a lo largo de mi corta existencia. Sigurd seguía avanzando y el tiempo se acababa. En mis manos una espada, ni siquiera era lo más adecuado.

Estaba a unos pasos, Suen también había empezado a golpear al gigante rubio y quedaba yo para poder detener a Sigurd. Aquella alimaña se había

colocado tras aquel gigante, era ahora o nunca. Miré de nuevo aquella rudimentaria espada, cubierta por finas hebras doradas en el mango, y recé a todos los dioses que todavía recordaba. “*No me dejéis solo, me lo debéis*”, susurré sin que ningún sonido saliera de mi boca.

Me acerqué a la pared para tener un tiro limpio y lancé aquella espada.

—¡¡Muere!! —Me miraron, fue como si la vida se pausase. Vi la sorpresa en el rostro de Sigurd. Sus ojos se abrieron y su boca quedó congelada en un grito silencioso, mientras la espada le atravesaba el pecho. En su mano colgaba el pequeño cuchillito, miré a Engla, solo para comprobar que seguía en pie.

No tardaron en volver a atacarse. El gigante rugía vociferando y ella tratando de encajar los golpes como podía, respiraba cada vez con más dificultad. Temí que el cansancio le jugase una mala pasada cuando Suen se lanzó contra “martillo de guerra”. Engla saltó hacia atrás dejándole espacio y sacó dos cuchillos, flexionó las piernas y sonrió.

—¡Suen al suelo! —Suen cumplió sin pensar, no era algo que hubiera visto nunca. Actuaron como una sola persona, como si Suen no fuera más que otra extremidad más de su cuerpo y supiera que era lo correcto.

El gigante lanzó el hacha hacia el cuerpo de Suen, pero Engla fue más rápida. Lanzó los tres cuchillos a una velocidad asombrosa, no obstante, el golpe final se lo dio con la espada. La recogió y fue a por su corazón, como si necesitara arrancárselo del cuerpo para quedarse tranquila. Supongo que temía que volviera a levantarse.

—Un último aliento puede ser muy peligroso. —La oí murmurar—. Los dioses nos cuidan, pero han de ser los que habitan en la tierra que nos han dado los que han de ajustar las cuentas —añadió mientras se arrodillaba al lado de Sigurd.

—No puede oírte —contestó Suen a su lado. Los ojos azules de Engla brillaban por las lágrimas que jamás saldrían.

—Puede hacerlo, al menos mientras no despedamos su espíritu. —Sus ojos se encontraron con los míos. Me sentí diminuto, temí su reacción y me alejé. Sabía que habría un castigo, daba igual que hubiera salvado su vida. Había incumplido la orden de mi ama, me había atrevido a oponerme a sus órdenes—. Lo has matado —me acusó con rabia contenida. Podía ver su mandíbula apretada y su voz saliendo en forma de bruscos bufidos. Suen se alejó dejándonos solos y me vi sin palabras. No podía explicar por qué había

venido, tampoco por qué sentía que debía permanecer a su lado—. Debería azotarte hasta que no pudieras moverte. ¡Tú vida me pertenece! ¡No tienes ningún derecho a dejarte morir! —Parecía un león. Los había visto de lejos, no obstante, podía recordarlos. Eran animales imponentes, peligrosos, orgullosos.

Se aproximó a mí y yo temblé. No tenía las cadenas, pero podía sentir las inmovilizándome ante su proximidad. Me quedé paralizado esperando que decidiera, odiándome por la debilidad que seguía demostrando.

—Hazlo.

—¿Es lo que deseas? —Aquella sencilla pregunta provocó que a mi mente acudiera la imagen de ella cabalgándome, llena de vida.

—No quería que murieras —reconocí sintiendo asco hacia mí mismo. Ella sonrió con dulzura antes de posar las manos en mi pecho.

Su olor, su calor, aquel fuego corriendo por mis venas. Aspiré con fuerza y la atraje hacia mí. La miré a aquellos ojos azules en los que podía ver las nubes, el cielo, el rocío de los árboles. Ella no se negó a mi necesidad cuando besé sus labios, respondió a mis caricias con ferocidad y jadeé sintiéndola viva entre mis dedos.

Estaba bien, algo que no debería importarme. Podía decirme a mí mismo que el motivo era que con cualquier otra mi existencia se convertiría en una pesadilla constante, si no decidían sacrificarme, pero no era eso.

Nunca he sido de engaños, no tienen sentido. Me sentía torpe, inmenso, desesperado por conectar con ella.

—No lo olvidaré. Haré que te arrepientas.

—Podría haberte matado.

—Debiste haber confiado en mí —repuso molesta—. No soy una mujer indefensa a la que debas proteger. Solo eres un esclavo y debes recordarlo si no quieres morir antes de que llegue tu hora.

—No los conocías como yo. Él me torturó docenas de veces, sabía que trataría de...

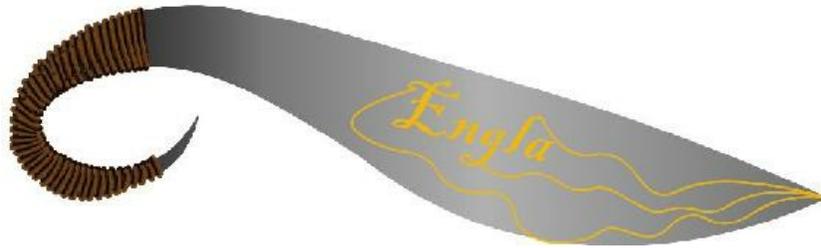
—Y creíste que no sería capaz de vencer. —La tristeza que vi en su rostro me hizo bajar el rostro, aunque en él no había arrepentimiento.

—Prefiero enfrentar las consecuencias. Estás bien. —Ella se alejó agotada. Arrastraba los pies y sus hombros estaban caídos, se veía mucho más pequeña de lo que realmente era. Parecía que estuviera tomando una decisión complicada, algo que no deseaba hacer, pero que creía que era

necesario. Supe que no iba a gustarme antes de que volviera a abrir la boca.

—Vas a odiarme, pero quizás debas hacerlo para que demuestres respeto  
—explicó tratando de hacerme entender lo que vendría a continuación.

# Capítulo 13



Creí que ya no había nada que pudiera asustarme. El miedo era algo que un guerrero debía desterrar. Tener a alguien que te importa puede provocar muchas muertes.

Cuando Jonoa apareció creí que tenía visiones. No era posible, me dije a mí misma. Él debía estar custodiado y protegido, un esclavo jamás habría ido en contra de las órdenes de su amo.

Lo miré sintiendo que el pecho me daba la vuelta. Me quedé sin aire y temblé, sentía que me habían arrebatado el aliento, me dolía la garganta y, cuando lo vi atacar a martillo de guerra, no lo pensé. Mis músculos actuaron, mi cerebro se detuvo ante la posibilidad de haber llegado tarde.

Mis enemigos estaban muertos y él estaba a salvo. ¿Un buen final? No podía permitirlo, me odiaba, pero no podía dejar las cosas como estaban. Entre ambos había un abismo y debía marcárselo a fuego en la piel. Necesitaba un esclavo no un compañero, jamás dejaría que un hombre se me metiera bajo la piel y comenzara a influenciar mis decisiones, si lo hacía, perdería quién era. Una mujer... aquella era mi condición, algo demasiado parecido a una enfermedad que me recluiría a criar a mis hijos y servirle a él.

Eran buenos argumentos, pero había uno que pesaba con más fuerza, él era un esclavo.

—Arrodíllate. —Mi voz sonó fría. Me distancié de mi cuerpo, lo veía todo desde un lejano rincón de mi mente que gritaba que me detuviese, había otras formas, sin embargo, al mirarlo a los ojos comprendí que no era cierto —. ¡Ahora! —Lo vi hincar la rodilla y me mordí el labio hasta que sentí la sangre metálica en mi lengua. Aquel dolor punzante me ayudó a serenarme,

sus ojos negros y rasgados eran hermosos, lo peor era que sabía que me había salvado de una muerte casi segura, pero jamás lo reconocería.

Agarré el látigo de la esquina, estaba decorado con finas hebras de oro y cuero. Era hermoso, algo que no casaba con su finalidad. Destinado a infligir el mayor dolor posible, un movimiento de mi mano que abriría su carne y lo haría plegarse. ¿Cuál era el número correcto? Yo no encontraba el momento para comenzar, sus ojos seguían mis movimientos, mi orden final.

—¿No deseas que todos puedan verlo? Seguro que disfrutarían — comentó él sin darle importancia. Tragué la poca saliva que tenía en la boca.

—Debería hacerlo —aseguré yo sin conseguir decir nada más. Aquella madera contra mi mano quemaba, yo jamás quise ser la mujer que se plantaba y golpeaba sin control a una persona que no podía defenderse. ¿Qué honor podía haber en eso?

—Solo soy tu nueva mascota. —Miré mis dedos y dejé que aquel objeto cayese a mis pies. Él estaba sorprendido, yo extraje uno de mis cuchillos del cuerpo de martillo de guerra. Limpié los restos de sangre contra mi capa y suspiré—. ¿Es una sentencia de muerte?

—Quizás, eso depende de ti —dije enigmáticamente. Lancé uno de los cuchillos al lado de su pie y me alejé un poco—. Si quieres atacar a mis enemigos al menos deberás saber cómo hacerlo.

Se removió inquieto. Sus dedos envolvieron la empuñadura, no era la primera vez que a un esclavo se le ofrecía esa posibilidad y sabía que cuando encontraban la valentía para luchar eran cruelmente asesinados, pero no dije nada para tratar de tranquilizarlo. Habría de ser elección suya si quería confiar en mí.

Se levantó temeroso, me recordaba a los caballos salvajes cuando nos agarrábamos a sus crines para hacerlos caer, cuando golpeábamos sus patas hasta que conseguíamos echarles la soga al cuello. Ellos luchaban, pero había algo en sus movimientos que dejaban entrever cuándo creían de antemano que estaban perdidos. La libertad es algo que todos apreciamos, algo de lo que nunca deberíamos ser privados.

—Yo era un guerrero, hijo del jefe de mi tribu y un lobo por nacimiento. Quizás no pude aprender a luchar, no tuve tiempo para empaparme de las costumbres de mi tribu, pero pelearé hasta la muerte. —Lo vi crecer ante mí y sonreí. No me detendría hasta cortar su carne, no pensaba ser muy dura, pero debía entender que, aunque había acabado con Sigurd, había sido suerte. Yo

debería darle gracias, pero si volvía a intentarlo el resultado sería nefasto para todos.

—¿Quieres ser como tu padre? —pregunté con voz temblorosa.

—Él jamás habría permitido que lo atasen, que lo usasen. Él luchó hasta la muerte. —Su hermoso rostro se contrajo, esquivó mi mirada—. Él... nuestro pueblo —se corrigió con rapidez —pensaba que los animales han de correr con libertad. Respetamos a nuestros enemigos honrándolos, incluso cuando los cazábamos para poder sobrevivir.

—Pero mi pueblo ensució tu tierra, corrompió tu alma y asesino a todos los que conoces. Ahora tienes la posibilidad de vengarte, de tomar mi vida como pago a todo lo que has sufrido. ¿Qué es lo que tanto temes? —inquirí abriendo los brazos —Pero para tomar mi vida habrás de luchar, no tendría valor en caso contrario.

Vi sus músculos tensándose. Era inmenso, fuerte, había algo en su interior que deseaba ser liberado. Se veía imponente, poderoso, y me sorprendí preguntándome cómo alguien había logrado doblegar el fuego que veía bajo aquella oscuridad. Sus ojos contenían la fuerza que solo un líder tenía, debías nacer con ella, no era algo que pudieras aprender.

Sentí miedo al ver volar el cuchillo demasiado cerca de mi cabeza. No tuve tiempo para pensar, cuando me embistió traté de cortarlo para que se alejara, pero cayó conmigo contra el frío suelo de madera, exhalé mi aire de golpe. Él trató de inmovilizarme, no se lo permití. Apunté a su polla, pero le di en la barriga. Gané los segundos justos para lograr girar y acabar sobre él.

Apreté con fuerza el cuchillo sintiéndome extraña.

—¿Qué haces?

—No puedo hacerte daño. —¿A mí? ¿De verdad creía que era yo la que estaba en peligro? Me cabreó, no era la primera vez que cuando los hombres me miraban veían a alguien inofensivo.

—¡Bastardo! —grité presa de la furia. Dejé caer el cuchillo para lanzar puñetazos sin control. Dejé que mis nudillos se hundieran en su carne, tardé un tiempo en darme cuenta que él solo me abrazaba contra su pecho. Mi respiración era agitada y me negaba a dejarme querer. No quería apoyar mi mejilla contra su corazón y cerrar los ojos. No quería dejar que aquel inmenso hombre arrullase mis miedos.

—Eres fuerte, podrías acabar con mi vida, pero no lo harás. —Su seguridad me molestaba. Apenas me conocía, ¿Cómo había llegado a aquella

conclusión?

—¡Eres un esclavo! ¡No podré protegerte si te dedicas a contradecirme!  
—gruñí frustrada. Aquel abrazo, unido a mis movimientos, habían ido encendiendo mi deseo. Él provocaba sensaciones incontrolables en mi pecho, a su lado no sentía que tenía que cavar una trinchera para separarme de él.

—Conviérteme en un guerrero.

—¿Para qué? Jamás podrás ser libre. Te matarían o tratarían de volver a ponerte la cadena en el cuello —expliqué. El destacaba demasiado. Su color de piel, sus ojos rasgados, su cabello negro...

Estiré los dedos para acariciar su boca. Deseaba un beso, quería respirar a través de sus labios y dejar que su dulce sabor iniciase aquella sensación cálida y ardiente entre mis piernas.

Los vikingos dicen que tras la batalla solo el sexo puede acallar la culpa, los demonios, el fuego que nos acompañaba cuando nuestra vida está en juego, un fuego asfixiante que prende ante la más mínima oportunidad.

—Llévame a mi hogar.

—Yo también quisiera conocer el camino, siempre quise llegar a lugares más allá del sol. Tocar el infinito para encontrar mi propio Valhalla en la tierra. —Un viaje perfecto de no retorno. Estaba convencida de que era mi destino, los dioses me llamaban allí donde nadie necesitaba pelear. Una guerrera ansiando la paz. Quería un pueblo que regir, pero también poseer la fuerza necesaria para mantenerlos a salvo.

—Yo conozco el camino. —Aquello me interesaba.

—Podría llevarte, pero seguirías siendo mi esclavo.

—Puedes darme la libertad. —Para él era muy sencillo, pero no era posible. Todos los esclavos vivían porque llegara el momento mágico, quizás porque ya no eran mujeres hermosas o porque ya no sirvieran para nada más, no obstante, la mayoría acaban muertos poco después.

—No puedo hacerlo. —Antes de que dijera algo ante lo que yo tuviera que tomar medidas añadí—. Puedo enseñarte a pelear, convertirte en un guerrero, pero seguirás siendo mío. Es lo máximo que puedo ofrecerte.

Y usé mi cuerpo para convencerlo. Aquel era mi poder. Mis pechos pegados contra él, mi boca buscando la suya y aquel roce encendiéndolo. En seguida percibí su excitación contra mi vientre. Era un indicativo inequívoco, lo sentía por él, no me veía capaz de dejarlo ir.

Sonreí, mordisqueé su labio y me bajé el pantalón. Él solo necesitó

bajarlo un poco y yo estaba desnuda de cintura para abajo. Algo necesario, pero seguía siendo molesto, tal vez en el futuro hiciera modificaciones en mis ropajes para no tener que desnudarme cuando mi cuerpo pidiera sexo.

Enlacé las piernas en torno a sus caderas, mordí su cuello aferrándome a él, gruñí como un animal acorralado. Las emociones que él me provocaba eran intensas, estábamos a punto de copular entre dos cuerpos sin vida.

Un inmenso charco de sangre a dos palmos de mi cabeza, él sonreí feliz. Creía que había ganado, pero incluso lo poco que le había concedido lo había hecho por mí. Por algún motivo que me perturbaba, necesitaba saber que estaba a salvo.

—Es mi pueblo, aunque no los recuerde ellos me aceptarán —indicó con orgullo.

—No lo harán, pero los obligaremos.

—No dejaré que lo hagas —repuso deteniéndose con su pene contra mi entrada. Podía sentir su dureza, su calor, y lo necesitaba como respirar. Lo miré sintiéndome febril, ardía por sentirlo deslizarse hacia el centro de mi ser. Sentía sus dedos apretándome los brazos, su cuerpo tenso contra el mío, pero no iba a permitirle ganar.

—Me obedecerás, pero no los mataré ni los tomaré como esclavos. Encontraré la forma. —Aunque no consiguiera ver en aquel momento cómo lo haría.

Dejé de respirar cuando lo sentí deslizarse despacio. Él me retenía y yo no moví ni un músculo. Lo dejé tomar lo que desease de mí, marcar el ritmo y llevarme más allá de todas mis preocupaciones. La sangre y el sudor se mezclaron sobre su piel oscura. Su aliento era dulce y me acerqué todo lo que pude sin dar el paso final.

Cuando dos vikingos unen sus vidas, se convierten en uno solo, se convierten en la extensión de su compañero. No ocurre lo mismo con los esclavos, besarlos, tratarlos como a un igual sería un signo de debilidad. Sin embargo, no podía distanciarme de él, las sensaciones nublaban mis pensamientos y anhelaba con tanta intensidad que fuera él el que uniera nuestros labios, que cerré los ojos antes de tiempo.

Lo hizo. Sentí su boca golpeando la mía y después su lengua se unió al juego.

Nos fundimos sin pensarlo, sin pasado, presente o futuro. Me olvidé de todo lo que no fuera él. Lo veía a pesar de que mis párpados estaban

firmemente cerrados. Él se movía con exquisita lentitud, sus manos se deslizaron sobre mi piel hasta que llegaron a mis pechos. Los apretó con fuerza, con tanta fuerza que un grito agudo escapó fugazmente entre mis labios.

Su ritmo se fue incrementando. Era tan inmenso, tan grueso, me llenaba de manera exquisita. No conseguía respirar si no era a través de sus labios. No conseguía pensar si no era en que necesitaba más, más fuerte, más...

—Has acariciado la piel de mi lobo, pero necesito que comprendas que no podrás domesticarme —susurró contra mi cuello. Podía notar el esfuerzo en su voz, como pequeñas gotitas enlazadas con su ardiente aliento entraban en mi boca.

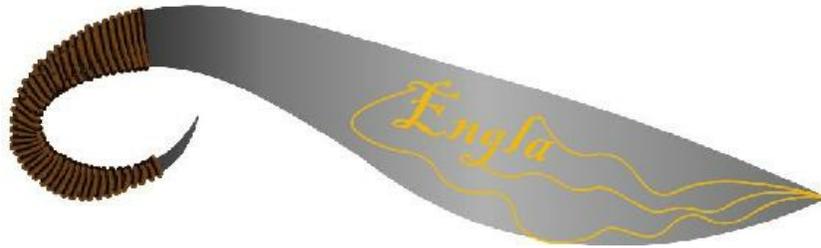
—Yo ya soy la dueña de tu ser.

—Puedes atar mi cuerpo, pero para ser la dueña de alguien lo importante no es el cuerpo y mi espíritu siempre ha estado muy lejos de aquí. —Lo miré sin argumentos. Lo vi llegar a la cumbre de aquel placer, yo misma estaba excesivamente cerca. No quería dejar que el orgasmo me embargase, no quería disfrutar de aquel inmenso placer con aquella sensación incómoda y asfixiante. Quizás se debía a que creía poseerlo y, por mucho que podía obligarlo a desdecirse, nada sería real.

Pero no pude contener aquel huracán, que me recorría desde la punta de los pies hasta el último de mis pelos, cuando se hundía en mi interior con tanta profundidad. Lo intenté, me negaba a claudicar, sin embargo, fue inútil y finalmente lo encerré entre las paredes de mi ser absorbiéndolo hacia mi interior.

Él también se tensó, cerró los ojos y gruñó con fuerza. Aquel sonido era excitante, poderoso. Quería escucharlo a todas horas, pero una parte de mí lo odiaba por haber estropeado aquel momento, lo odiaba porque me había ablandado, lo odiaba porque había sido incapaz de cumplir con mi deber de castigarlo al mirarlo a los ojos. ¿Lo odiaba?

## Capítulo 14



Recoloqué mi ropa y me alejé. Recogí todas mis armas a medida que me distanciaba y endurecí mi rostro para que nadie pudiera ver en mi interior. Al bajar aquellas escaleras me topé con Suen, él fue inteligente al no hacer comentario alguno.

—Llévalo al barco y ponle las cadenas. No quiero más sorpresas por hoy —gruñí molesta, frustrada, incómoda.

Dejé que mis pies me guiasen y miré al fondo. La nieve había empezado a caer, cuajando a mi alrededor. La naturaleza trataba de tapar los destrozos, el dolor, no serviría de nada. En medio de aquel hermoso paraje, rodeados por tiendas de hermosos colores, se podían oír los gritos de sufrimiento. Aún había guerreros en pie que trataban de proteger su hogar, eran conscientes de lo que les pasaría a las mujeres si perdían, tristemente ya lo habían hecho.

Nadie me necesitaba ya, no me echarían en falta. Probablemente después querrían festejar, alzar el cuerno y beber en nombre de nuestros dioses. Pasarían la noche disfrutando porque estaban convencidos de que habían hecho algo grandioso, yo no podía verlo de igual manera. Venganza... ¿era lo justo?

No me arrepentía, pero poner el último madero en las tumbas de mis enemigos solo habían traído el pasado ante mí. Supe que, al igual que en la guerra, yo debería enfrentarme a aquellos fantasmas para poder dejarlos atrás.

A lo lejos un pequeño lago de agua caliente. Era algo extraño ver el vapor ascender mientras la nieve caía cada vez con más fuerza. Era la primera vez que veía algo parecido, disfruté como una niña acercándome para introducir los dedos en aquellas aguas turbias.

Ardía. Miré mi ropa y después aquella inmensa poza. Sonreí al tiempo que comenzaba a desprenderme de las prendas que me protegían de las inclemencias de la naturaleza.

Me introduje despacio, respirando con calma, mientras acostumbraba mi piel a aquella temperatura abrasante. El aire frío ya no me molestaba, casi lo agradecía para lograr introducirme cada vez más en aquel hermoso estanque.

—Lo habéis hecho bien. ¿Cómo habéis podido crear algo tan hermoso y privarnos de la capacidad de saber si lo que hacemos es lo correcto? —le pregunté a aquellos dioses con el poder suficiente para dar vida y que seguían peleando entre ellos. Al final solo éramos un reflejo de ellos, por mucho que quisiéramos evitarlo.

Aproveché una roca lisa para apoyarme en ella y cerré los ojos.

—Es el momento para volver atrás —susurré mientras dejaba que los escalofríos, fruto del miedo, ascendieran por mi cuerpo. Era imposible volver a mi poblado, al día en el que fuimos atacados, sin sentir aquel miedo visceral.

*Hay recuerdos que son mucho más vívidos que la propia realidad. Podía evocar lo que había oído, lo que había pensado.*

*No era una niña, tampoco una mujer. Estaba en ese complicado momento en el que comenzaba a fijarme en mis amigos de otra manera, sintiendo aquel leve cosquilleo en la piel cuando Sansón se acercaba a mí.*

*Era feliz. Entre los duros entrenamientos de mi padre siempre buscaba un momento para acercarme a Sansón, aunque fuera para intercambiar un par de bravuconadas.*

*Yo no era consciente del peligro, tampoco veía la gloria que mi padre prometía si alcanzaba todo mi potencial con el uso de la espada y los cuchillos. Él siempre hablaba de la guerra, como si fuera lo mejor que había en el mundo, sin embargo, yo ansiaba que aquel cosquilleo que anidaba en mi vientre al acercarme a Sansón permaneciera ahí, quería tener una familia y labrar la tierra. Una granja llena de vida y animales.*

*Aquella noche nos despedimos tras la copiosa cena y Sansón se acercó a mí. Estábamos disfrutando de un buen año, los dioses nos habían bendecido y nosotros siempre les dábamos algo a cambio.*

*Mientras mi madre creaba un pequeño altar, y las mujeres terminaban de hablar, Sansón me llamó desde la linde del bosque. Yo me acerqué sintiendo el corazón en el cuello, cada uno de mis pasos era una dura prueba, pues*

apenas lograba comprender como mis piernas seguían sosteniéndome. Al llegar a su lado no supe que decir, pero todo era perfecto.

—Habrás de elegir marido. Dicen que ya puedes hacerlo y he hablado con mi padre para... —explicó lleno de orgullo mientras me mostraba su espada recién fabricada. Se podían ver hermosos dibujos hechos con oro sobre el filo de la hoja, había bautizado aquel hermoso trozo de acero con mi nombre.

—¿Engla? —pregunté cambiando de tema.

—Dicen que debe representarnos. ¿Te gusta? —Era un orgullo que un guerrero lo hiciera, no obstante, yo quería estar a su altura, también sentía la necesidad de protegerlo a él. Era un sentimiento extraño, no me sentía capaz de comprenderlo del todo.

—¿Vas a embarcar con mi padre?

—Somos guerreros, he de hacerlo. —Asentí con tristeza. Yo misma tendría que tomar una decisión aquella noche. En dos horas se lanzarían a atravesar el mar. Decían que era mejor salir a aquella hora, por algún motivo que nunca llegué a oír. Era como si mi padre tuviera prisa por alejarse de su hogar, desde que había vuelto dos meses atrás en mi casa los gritos habían resonado con fuerza.

—Yo no quiero participar. No seré como él.

—Eres su hija, su sucesora. Te está preparando para ocupar su lugar. — ¿Por eso me quería? Muchos muchachos de la aldea se habían acercado a mí con oscuras intenciones. Creían que, si yo les decía que sí, si me habría de piernas y los tomaba como esposos, podrían ocupar mi lugar en la línea sucesoria. ¿Era él igual? Cuando lo miraba a aquellos ojos azules como los míos quería pensar que era imposible, necesitaba hacerlo para seguir manteniendo aquella hermosa sensación en mi interior. Era mi amigo desde que tenía uso de razón, pero había mucho más...

—No voy a hacerlo. Me quedaré con mi madre. La acompañaré y protegeré nuestro hogar. —Iba a quedar callada, pero lo solté sin pensar. Necesitaba que me comprendiera, que me dijera que lo que estaba haciendo era lo correcto. Me importaba su opinión—. ¿Por qué arriesgar esta tierra, las vidas de nuestras familias por atacar a personas que están lejos? Deberíamos ser capaces de vivir felices protegiendo lo que amamos.

—Somos guerreros, tu instinto como mujer es dar vida, nosotros...

—Lucháis por nosotras y nos reportáis riquezas —completé por él. Era

como oír hablar a mi padre a través de sus labios y no me gustó.

Me besó, mi primera vez. Sus labios eran fríos, pero fue un contacto agradable. Por unos minutos no supe lo que me rodeaba, no sentía nada que no fueran los labios helados de Sansón.

Pocas horas después los dos snekkar se alejaban de la playa. Había una aldea vecina que, por algún motivo, mi padre ansiaba. Yo no creía que nos hubieran amenazado como había gritado ante los guerreros, yo había conocido a algunos de los habitantes de aquel pueblo y eran buenos.

Ansiaba que Sansón volviera, pero sabía que tardaría varias lunas, por lo que me tomé un momento para reflexionar. Caminé hasta el río y hundí mis pies en sus aguas, dejando que arrastrasen curso abajo mis penas.

Cuando fijé de nuevo la mirada supe que había refrescado y era muy tarde. Me extrañaba que mi madre no hubiera venido en mi busca, ella sabía que aquel era mi lugar sagrado.

Desde que era una niña, incluso antes de que pudiera recordarlo según ella me había contado, siempre que algo me preocupaba mis pies me llevaban hasta aquel mismo lugar. De pronto, en el centro de mi pecho, sentí que algo iba realmente mal. Fue como si Loki me avisara, fui a por mí arma.

Corrí desesperada, a medida que me acercaba a mi hogar los gritos rasgaban la serenidad de la noche y a mí se me helaba el alma. Deseé haber entrenado más, que mi mano no temblase y no sintiera aquella debilidad al pensar en mi madre. Ella siempre estaría en más peligro que el resto porque era la mujer del jefe.

Atravesé la puerta abierta y subí en silencio. Mi madre estaba tumbada en el suelo, un hombre agarraba sus manos mientras otro se movía sobre ella. Rasgaban sus ropas a gran velocidad, sabía de sobra lo que pretendían, pero no iba a permitirlo.

Me lancé sin recapacitar sobre lo que estaba haciendo, llegué a hundir la espada en la pierna de Jensen, pero el acero escapó de mis dedos. Mi madre aprovechó para levantarse, empujó a Sigurd y llegó hasta mí, abrazándome con fuerza. Retrocedimos, pero no estaban solos. Ellos iban a divertirse, dos hombres más subían los escalones a nuestra espalda.

—¿Qué quieres hacer con ellas? Yo me pido a la joven. —Jensen era asqueroso. A medida que hablaba la saliva salía sin control recordándome a un perro rabioso. Él sonreía grotescamente y se agarraba la entrepierna apretándola. Él nunca había sido el peligro.

*Sigurd se aproximaba y en su mano había un cuchillo de grandes dimensiones. Sus ojos se mantenían fijos en mí, sabía que no iba a dejarme atrapar. Me sentí como todos los animales que me había visto obligada a cazar, retrocedí hasta que sentí la pared a mi espalda.*

*Mi madre escondía aquel precioso cuchillo entre sus faldas, siempre me dijo que lo había hecho hacer el mismo día nací, estaba convencida de que llegaría el día en el que me salvase la vida.*

*Me lo pasó ocultándolo con su propio cuerpo. Lo sentí en mis dedos y no supe qué podía hacer, con aquel simple cuchillito, contra cuatro guerreros. Me sentí rodeada y creí que lo mejor era irnos sin sufrir, nuestro destino sería peor en caso contrario.*

*Fue sencillo llegar a aquella conclusión, pero ¿cómo colocar el filo contra su cuello y apretar? ¿Cómo podría hacerlo?*

*Deseaba encontrar la forma, no me importaba lo que me ocurriera a mí, sin embargo, aquella era mi realidad y actué por instinto.*

*—Perdona —susurré contra su pelo. Aspiré con fuerza tratando de recordar en mi siguiente vida su aroma, estaba convencida de que podría reconocerla en cualquier mundo.*

*—Nos veremos de nuevo —respondió apretándome la otra mano. Ellos estaban casi sobre nosotras y todo pasó demasiado rápido.*

*Mi mano voló hacia su cuello. Rogué por el perdón, ellos no aceptaban que nos arrebatásemos el don de la vida, pero yo grité al cielo para que dejaran la carga sobre mis hombros. Era yo la que tomaba la decisión final.*

*Ellos me vieron. Sigurd dio dos zancadas tratando de detenerme, pero fue lento. Uno de los hombres que subía las escaleras me vio. Sus ojos eran verdes, no recuerdo mucho más. Su espada atravesó el vientre de mi madre y llegó hasta mí.*

*Fue un dolor que me dejó sin aire. No podía pensar, la sangre salía con tanta fuerza y no sabía si era mía o de ella. Quise luchar, mantener los ojos abiertos. Si tuviera fuerzas suficientes para apretar su herida, quería sostener su mano y pedirle perdón. Jamás debí alejarme, si al menos hubiera estado a su lado... juntas habríamos podido vencer.*

*—¡Me has jodido! ¡Pensaba follarlas a las dos por turnos! —No sabía quién había gritado, aunque tampoco me importaba.*

*Los pasos se alejaban, seguían gritando y aquella voz continuaba lanzando amenazas al viento que no me importaban. Ya nada tenía sentido,*

*pensé demasiado cansada. Quería hacer algo...*

*A partir de ahí son retazos. Creo estar segura de que volví a escuchar la voz de mi madre. Ella había arrastrado mi cuerpo al jergón donde dormía y había vendado mi herida. Había usado unas hierbas medicinales y limpiaba mi rostro.*

*Quise pedirle que se detuviera, ella también estaba herida. Recuerdo haber abierto los ojos y pensar que era mi Valhalla. Era feliz a su lado, el lazo que nos unía era inquebrantable y yo le agradecía todo lo que había hecho por mí. Estiré los dedos, pero no lo conseguí, volviendo a ser absorbida por la nada.*

*Aquella era una batalla dura, la peor a la que he tenido que enfrentarme nunca. En medio de aquella oscuridad la pesadilla se repetía, pero seguía tan impotente como al principio. Gritaba, luchaba y el final volvía a empezar. Por eso cuando las fuerzas regresaban a mí, lo suficiente para mirar lo que había a mi alrededor, grité poseída por los negros espíritus.*

*Dicen, cuentan las más viejas que hay una leyenda que solo las mujeres conocen. Es un secreto que pasa de madres a hijas, que todas cuentan cuando las muchachas cumplen los catorce años y se preparan para convertirse en mujer. Yo jamás creí que la leyenda tuviera razón, pero en aquel momento aquel cuento cobró sentido.*

\*\*\*\*\*

*—Hija. Has de ser consciente de que el dolor a veces es inevitable y muchas veces el cuerpo no podrá soportarlo —me dijo sin más cuando preparaba mi vestido de lino blanco. La idea era que aquella misma noche bailaríamos bajo las estrellas con el resto de muchachas. Todos nos verían y caerían a nuestros pies fruto del embrujo. Los hombres encontrarían a su otra mitad y nosotras dejaríamos nuestro cuerpo de niñas atrás. Me gustaba la idea.*

*—Estoy feliz. Ahora soy como tú.*

*—Cariño, no quiero que bailes como lo haces. Necesito que no llames la atención —susurró ella. Noté la preocupación en su voz, había algo que no me contaba. Confiaba en ella para seguir a ciegas sus órdenes, pero era demasiado joven para no exigir respuestas.*

—Yo quiero que me vean. Soy valiente y hermosa, elegiré bien. —Ella asintió ante mi orgullo con los ojos brillantes y me sostuvo la mano. Sentí que había más y me mordí la lengua ante la necesidad de obligarla a que me lo contara—. Dices que debo confiar en ti, pero tú no haces lo mismo.

—Es mi deber contarte esta historia. Eres una mujer y sabrás comprender su significado. —Tomó aire como si su pecho no lograra llenarse. Se tocó el lugar en el que su corazón latía con más fuerza y dejó que su mano reposara ahí por unos interminables segundos. Temí que algo malo le estuviera ocurriendo y callé esperando—. Jamás podrás contársela a ningún hombre y, solo cuando llegue el momento, estarás autorizada a dejar que tus hijas sigan con la tradición. —Asentí solemnemente sintiéndome importante. ¡Qué estúpida había sido! —Antes de que nacióramos, antes de que las montañas aparecieran fruto de la batalla de los dioses, Seguerda habitaba estas mismas tierras.

—¿Seguerda?

—Ella era una diosa —explicó ante mi curiosidad algo molesta. No quería ser interrumpida de nuevo y yo comprendí el mensaje al verla fruncir los labios—. Era la criatura más hermosa que puedas imaginar. Cuentan que sus ojos contenían todos los colores que existían y que su sonrisa infundía fuerza a los guerreros.

—¿Era una skjaldmö?

—Era mucho más que eso. —Se detuvo y miró a nuestro alrededor—. El día que habría de convertirse en mujer brilló con luz propia. Sus cabellos dorados emitían rayos y sus caderas se movían al vaivén del viento. Era lo más bonito que puedas llegar a imaginar, pero el deseo cegó a los hombres que la veían y trataron de conseguir su cuerpo por la fuerza.

—¿Le hicieron daño? —pregunté con un nudo en la garganta.

—No, ella era fuerte, pero tuvo que luchar durante doce días. Al decimotercero Seguerda apenas conseguía distinguir entre la sangre que salía de los cuerpos y la que brotaba de la tierra. Todo era carmesí, incluso el cielo se tiñó de ese color cuando acabó con el último de los hombres. Las mujeres, fruto del dolor, también se lanzaron contra ella, rugían como animales y usaron sus propias uñas tratando de desgarrar su carne. Ellas también murieron. —Gracias a sus palabras podía verlo todo en mi cabeza. Triunfal, pero en un lugar en el que solo quedaba ella en pie. Podía sentir su tristeza, su furia, su impotencia. Tenía que haber algo más, pensé.

—¿Se quedó sola?

—No, quedó una niña. Contaba con tres ciclos. Ella se dejó caer con fuerza y lloró por haberle arrebatado a su familia cuando la pequeña se acercó y la abrazó. Aquel siempre gesto volvió loca a Seguerda. No se sentía capaz de afrontar lo que había hecho, el dolor de su alma era demasiado fuerte para que su cuerpo pudiera aceptarlo. Miró a la niña y comprendió que ella jamás podría ayudarla, no era madre, no sabía lo que necesitaba un ser tan pequeño. —Me observó unos segundos y acarició mi mejilla. Todavía recuerdo su toque dulce, la forma en la que le temblaban los dedos. Apenas fue un roce, como el aleteo de una mariposa.

—¿Dejó morir a la niña?

—Entre los hombres que había matado estaba el hombre que amaba. Ella creía ver en él bondad, ternura, fortaleza, pero descubrir que la había atacado como el resto fue superior a sus fuerzas. Seguerda se inclinó aquel día sobre la única que había sobrevivido, sobre la única que había actuado con el corazón en lugar de dejarse llevar por sus impulsos y tomó su mano. Con todo el dolor de su pecho supo que nunca podría superar aquello, pues ella amaba con cada fibra de su ser a alguien que ya no existía. Era una traición que rompía su corazón y quiso morir —me explicó. Yo no comprendía del todo que tenía que ver aquello conmigo. Estaba impaciente por salir a bailar con mis amigas. Quería pasarlo bien como el resto, pero respetaba a mi madre y no dije nada—. Seguerda lloró una única lágrima, solo una. En ella concentró todo su poder y se la hizo tragar a la niña. ‘será tu fortaleza y tu sabiduría, te dará la fuerza para vencer aun cuando creas estar perdida’, le dijo. Aún no había terminado de hablar cuando el cuerpo de aquella hermosa diosa comenzó a brillar y desaparecer, ante el asombro de una niña que comenzaba a crecer a gran velocidad hasta alcanzar los catorce años. ‘No brilles para otros, hazlo para ti, pues ellos tratarán de ensuciar tu belleza.’ Fue lo último que escuchó aquella joven.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Ella es nuestro pasado. Esa gotita corre por tu cuerpo, estoy segura.

—No comprendo qué quieres decirme.

—Tal vez. Hay mucho que debes aprender de esta historia, pero me conformo con que no brilles todo lo que puedes. Hazlo por mí.

Aquel día bailé sin ganas, miraba a mis amigas y sentía que podía hacerlo mucho mejor, sin embargo, miraba a mi madre y sabía que era lo

correcto.

\*\*\*\*\*

*Sentada en el suelo estaba mi madre. Sus ojos estaban cerrados por mucho que yo gritaba su nombre.*

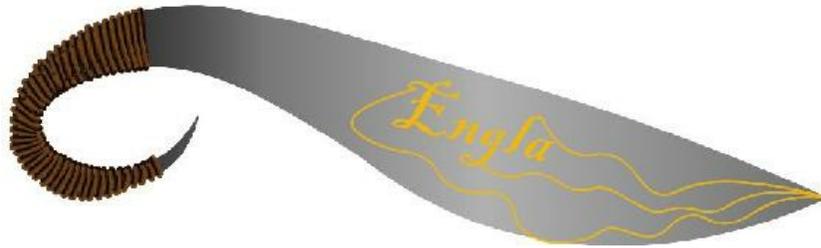
*Me quedé mirándola, la recorrí siguiendo el curso de su mano. Fue como si mi cuerpo no me perteneciera, pensé mientras descubría que sus dedos seguían atrapados en mis manos. ¿Cómo no podía haberme dado cuenta de lo congelados que estaban?*

Allí seguía yo, en pie. Una guerrera, todo lo que nunca quise ser. La digna sucesora de un padre que no me había dado la vida y que había tratado de quitarme de en medio. Había luchado mucho para llegar hasta aquel instante y no me sentía mejor.

Mis mejillas estaban húmedas, pero no era a causa de las aguas que acariciaban mi piel.

¿Cómo había cambiado tanto en cinco años? ¿Por qué no me había dado cuenta?

## Capítulo 15



Cuando finalmente volví a vestirme el sol empezaba a acariciar aquella tierra. La oscuridad se replegaba en un ciclo infinito para cubrir todo de color. La nieve había cuajado a mi alrededor y mis pies se hundían al volver al snekke. Todos dormían o seguían con aquella fiesta eterna cuando llegué hasta lo que había sido la aldea de Sigurd.

—Engla, ¿estás bien? —preguntó Suen desde la puerta de una de aquellas casas de maderas.

—¿Por qué? —inquirí de vuelta algo molesta.

—No tienes que mostrarte como tu padre, tú no eres él —comentó Suen con tristeza. Algo me hizo detenerme y girarme. Me acerqué hasta aquel hombre y lo cogí por el cuello.

—No me hables como si me conocieras. Eres uno más de mis guerreros, pero no vuelvas a hacerlo o te clavaré una espada en el corazón.

—¿Vas a proceder de la misma forma con todos los que no opinen lo mismo que tú? —Lo miré al límite de mis fuerzas.

—No me obligues.

—¿En eso es en lo que quieres convertirte? Eras una niña que prometió venganza y ya la obtuviste. No tienes por qué seguir castigándote. —Sonreí sin fuerzas, sin esperanza. Esa era yo, no podía cambiar todo lo que había ocurrido, tampoco borrar las muertes de aquellos que nunca habían hecho nada para merecerlo y que pesaban en mi conciencia. Ahora ya no podía detenerme, debía continuar hasta el final en el plan que había trazado cuando me vi sola en un lugar lleno de los cuerpos de aquellas mujeres que había amado. Las jóvenes habían sido llevadas como esclavas y las demás... Mi

padre, el hombre que me crio, las trajo de vuelta semanas después, pero nunca nos contó cómo lo consiguió, ellas tampoco lo hicieron.

—Lárgate a follar a alguna esclava antes de que te corte la lengua — respondí con brusquedad.

—Lo haré por ahora —replicó él oteándome con ternura y algo más. No me gustó, no soportaba aquella mirada porque me hacía sentir mucho más culpable.

¡Una skjaldmö! Yo me sentía como un ser despreciable y sin honor. Lo vi dar la vuelta y alejarse. Algo explotó en mi interior y corrí hacia los brazos de mi esclavo. Quería que él sacase aquella sensación de mi interior. Necesitaba follarlo hasta que sus caricias, sus besos, aquellos ojos negros que se habían metido en mi mente borrasen el pasado, me borrasen a mí.

Entré como una fiera y al verlo encadenado me detuve. Me había olvidado de mis palabras, él no trató de moverse, continuó sentado apoyado en la pared del fondo. Sus manos sobre el regazo y sus pies atados a las patas de la mesa.

—¿No vas a decir nada? —Mi voz sonó queda. Temía molestarlo, aunque no debiera.

—¿Acaso importa? Si soy un animal gruñiré como tal. ¿Vas a tirarme algo para que pueda comer? —Es fácil actuar con indiferencia cuando la otra persona no te importa, con él me vi sin saber qué decir.

—Siéntate a mi lado —pedí separando la silla. Jonoa hizo vibrar las cadenas para que pudiera oírlas, le lancé la llave—. ¿No puedes disfrutar simplemente de lo bueno? Dudo que te hubieran tratado con más respeto que yo.

—¿Debo conformarme? ¡Soy un hombre! ¡Un guerrero!

—¡Cierto! ¡Tener una polla entre las piernas te da derecho de golpear y violar! ¡Son las mujeres las únicas que pueden ser convertidas en esclavas! ¿Es eso? ¡Eres un hombre! ¿Por qué no tomas la libertad de una vez? ¡¡Ataca!! —aullé presa de la furia —Todos tenéis necesidades e instinto. ¿Es eso?

—¡Nadie se merece que lo encadenen!

—¿De verdad piensas eso? ¿De verdad crees que si tu pueblo se hubiese encontrado con nosotros no nos habrían hecho daño? Nos habrían violado y asesinado. —Él también lo sabía, estaba convencida. Por mucho que no recordase con claridad de dónde procedía, por mucho que quisiera negarlo—.

¡Yo tengo el poder y tú te plegarás a mí! ¡No voy a dejar que te metas en mi cabeza! ¡Siéntate a mi lado!

Lo hizo. En silencio se acercó y se acomodó a mi lado. Le tendí un cuenco y comió. Le llené el cuerno y bebió. Tanto silencio, era su forma de protesta, lo único que le quedaba y no se lo arrebaté.

Traté de disfrutar de los pequeños placeres que me quedaban, pero no pude alargarlo mucho. En aquel momento Une entró agachando la cabeza y con un cuenco de madera en las manos. En su interior llevaba un trozo de pescado y su sonrisa tímida me tocó el corazón.

—Traigo algo caliente para comer —susurró sin levantar los ojos. Temblaba de frío y me di cuenta de que no había cumplido con mi responsabilidad con ella. Me quité la capa y la coloqué sobre sus hombros—. No es necesario...

—No debes contradecir mis órdenes —repliqué con tono seco. Ella se encogió y yo le arrebaté con ternura el cuenco para hacerla sentar en mi sitio—. ¿Lo has pescado tú?

—Sí, señora.

—¿Sólo este?

—Nunca nos enseñaron —se disculpó ella con miedo—. Lo lamento. No me pegue, por favor...

—Come —pedí abrazando su cuerpo esbelto. No miré a Jonoa, no quería verlo. Besé el cabello de aquella muchacha pensando en que se parecía a mí cuando todavía había esperanza, pero sabía que ella también había sufrido, quizás incluso más. Su alma estaría marcada siempre, pero seguía en pie y eso era lo que importaba.

Ella empezó tímidamente, pero al ver que no era ningún tipo de truco se llenó la boca. Usaba sus dedos para introducirse la comida desesperada, incluso evitando respirar. La apreté consolando algo en mi interior.

—He terminado. —Parecía tan feliz por algo tan sencillo que le ofrecí el cuerno. Bebió con cuidado y sonrió. Una sonrisa enorme, hermosa, perfecta.

—Quiero que te encargues de que todas las mujeres de la bodega se abriguen y se alimenten. Ahora sois más y nadie volverá a haceros daño.

—Pero... —titubeó ella.

—¿Qué ocurre?

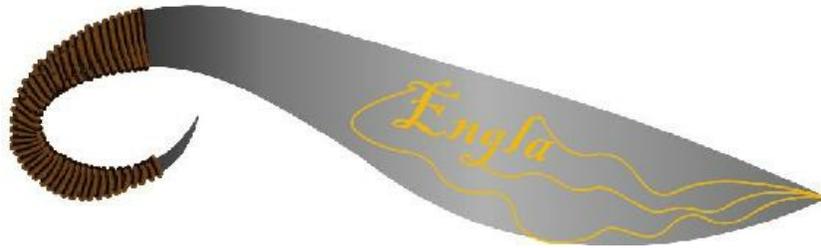
—Llegaron más mujeres esta mañana. Los vikingos dicen que son tuyas, que se las has dado de premio. —Y era cierto, había dado mi palabra. No

podía cambiarla por mucho que no me gustase. Asentí en silencio.

—Las mujeres de tu pueblo me pertenecen. Encárgate de que estén bien. Nadie volverá a hacerte daño —prometí creyéndolo desde el fondo de mi pecho. Daría la vida por aquella joven desconocida, porque sentía que era un reflejo lejano de quien yo había sido, porque aún tenía la posibilidad de convertirse en quién yo debía haber sido.

—Te llevaré a mi tierra. —La voz de Jonoa me hizo saltar, y a Une conmigo. Nos miramos y una sonrisa nació en mi rostro. De pronto estallé en carcajadas, y aunque tímidas al principio, ella me acompañó poco después.

# Capítulo 16



Tras todo el día pensando, meditando, los dioses aún no me habían dado respuesta. No tenía pensado sacrificar a nadie como mandaba la tradición, no sería la sangre la que llamaría la atención de aquellos dioses varones, en mi interior estaba convencida de que había una en concreto que oía mi llamada.

A pesar de que la historia decía que Seguerda estaba muerta, en mi interior, prefería pensar que no era así. Era a ella a quién le dedicaba todos mis triunfos, en quién había pensado cuando creí que sería mi final y quién me había mantenido con vida en un camino repleto de peligros.

Estaba sentada en la mesa del comedor. Ante mí un plato de pescado y un trozo de pan cuando Une entró acompañada de otra muchacha. Ella se quedó en la puerta y Une caminó con determinación hasta mí.

—¿Vas a decir algo? —pregunté mirándola a los ojos. Ella se encogió un poco y yo suspiré frustrada —Ya te dije que no voy a hacerte daño. Habla con libertad.

—Mena quería bajar a tierra para reconstruir el pueblo. El snekke es demasiado pequeño para tanta gente —explicó hablando con rapidez ante mi mirada escrutadora. No sería raro que si les daba permiso trataran de huir, pero no era eso lo que me hacía renuente.

—Si lo hago no podría protegerla. —Ambas asintieron bajando todavía más los rostros, se disponían a marcharse cuando agarré el brazo de Une. Su gemido seco me hizo soltarla como si quemase para toser con sequedad—. ¿No queréis algo más? —Ella me miró y vi que no comprendía qué le preguntaba realmente. Me acerqué a ella y la envolví en mis brazos—. ¿Tenéis familia?

—Yo tengo un niño, pero se lo llevaron hace mucho —susurró Mena, sus ojos dorados brillaron durante un interminable minuto—. Era hermoso y fuerte.

—Yo podría enseñaros a pelear. Podríais convertirlos en mis guerreras. — Les estaba concediendo una oportunidad. Quería dejar algo bueno en el mundo.

—Somos esclavas. Nacemos para servir, vivimos para servir y morimos por nuestros amos. Nadie cambiará nunca lo que somos. —Miré a Mena con pena. Era como si se creyera aquellas palabras. Ella misma se mantenía aferrada a una situación que la destrozaba por dentro y por fuera. Algo en mí la odiaba por no ser capaz de ver las cosas como eran o tal vez lo hacía y prefería negar lo evidente.

—Es vuestra oportunidad. Deberéis elegir, pero hacedlo pronto pues con la llegada del alba zarparemos. Decídselo a todas mis esclavas —ordené antes de soltar a Une y salir al exterior. Disfrutaba del aroma del mar, de la brisa golpeando mis mejillas y ahogando mis malos pensamientos.

Allí estaba Suen. Lo miré sin saber si darme la vuelta, pero decidí que no podía evitarlo eternamente. Lo miré beber del cuerno y seguir allí sentado, con los pies colgando de estribor y una sonrisa triste dibujada en el rostro.

Al observarlo atentamente comprendí que apenas sabía nada de aquellos hombres. Tras lo ocurrido me había cerrado en mí misma y había centrado cada segundo de mi día en entrenar. La desconfianza por todos los hombres me había conducido a usarlos sin remordimientos, algo que había funcionado por el momento.

—¿Vas a lanzarte a las aguas y dejar que te arrastren lejos? —Me acerqué y me senté a su lado. Él me tendió el cuerno y bebí dejando que aquel líquido calentase mi garganta. Empezaba a sentir cierto mareo, pero la hidromiel era tan dulce que apenas me percataba de que era mi sexto cuerno.

—Solo trataba de recordar. Con el paso de los ciclos el pasado se aleja y no quiero dejarlo marchar.

—¿Hay alguien que quieras recordar sobre todos los demás? —Lo vi agarrar con fuerza el cuerno, sus dedos se volvieron blancos y frunció los labios. Pensé que no respondería, hay cosas que no deben ser compartidas. Ya me disponía a alejarme cuando me miró con una mueca soñadora.

—Cuando era joven conocí a una muchacha. Era fuerte, decidida, salvaje. Ella tenía la capacidad de dominarme sin hablar, solo necesitaba sonreírme y

caía a sus pies. La amaba como nunca he querido a nadie. Éramos felices. — Me costó imaginarme a un Suen más joven y atractivo...

—¿Murió?

—Lo hizo, pero para mí todo terminó mucho antes. Íbamos a desposarnos, a compartir la eternidad y cruzar juntos las puertas de la muerte. Quería sostener su mano y tener... —Se detuvo y negó con la cabeza cansado—. Soy un guerrero al igual que mi padre y todos nuestros ancestros, creí que eso era algo importante y la dejé para luchar. Ella me prometió que me esperaría, pero no lo hizo. —Hablaba con rapidez, como si necesitase soltarlo de golpe para no arrepentirse.

—Yo... no... —Empezó a reírse y temí que me hubiese engañado. Le arrancarías la cabeza si fuera el caso, pero en sus ojos había mucha tristeza.

—Ella me contó que le habían comunicado mi muerte en batalla y que debía seguir con su vida. —La estaba excusando a pesar de la traición. Podía percibir que todavía le dolía, pero la seguía amando y eso haría que la protegiera a fuego y espada. Le palmeé el hombro con fuerza.

—Encontrarás a otra mujer. Siempre puedes tomar a una de esas hermosas esclavas.

—¿Forzándola? —Volvió a reírse sin ganas—. Lo intenté en el pasado, pero no salió bien.

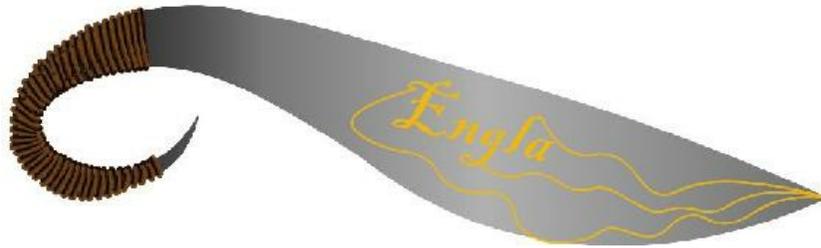
—¿No salió bien? Una esclava no puede negarse a tus deseos. —El aire se había vuelto frío. Una gran tormenta se acercaba y mi instinto me decía que era mejor que levase anclas antes de que llegase hasta nosotros. No quería quedar atrapada en aquel lugar, por muy hermoso que pudiera parecerme.

—Sí, ella me daba todo lo que le pedía con una sonrisa. Cuando llegaba habría las piernas y los brazos como una yegua en celo, llegué a creerme que podía sentir algo por mí. No me amaba, yo le repugnaba y a los tres años la encontré con las muñecas llenas de cortes y medio muerta. Cuando me vio se lanzó a mis brazos pidiendo perdón, yo no pude hacer nada más que concederle la libertad en su último minuto de vida. Es la única manera que encuentran de obtener las alas. Son como pajarillos que amarramos a nuestras camas por su belleza, nos olvidamos de lo mucho que pueden llegar a brillar. —Aquellas no eran las palabras de un duro guerrero, eran las de un hombre que había bregado con demasiado. Había aprendido porque había sufrido, comprendí que fueron mis heridas las que me habían vuelto rebelde a lo

establecido.

Él volvió a fijar su vista en las olas golpeando en casco del barco y yo me alejé rumbo a mi camarote. Por algún motivo Jonoa había acudido a mí ante su relato. ¿Él también sería capaz de traicionarme? Su vida me pertenecía, pero también su muerte. ¡Seguía siendo arrogante!

# Capítulo 17



Jonoa era mi asradi. Una criatura de inusual belleza, una criatura capaz de enloquecerme y hacerme desear cosas que jamás podría alcanzar. Era un ideal imposible que, como las asradi, se desvanecían cuando trataba de alcanzarlo convirtiéndose en espuma de mar.

Jonoa seguía tumbado en el jergón mirando al techo, a pesar de que el sol estaba en lo más alto, quizás algo guarecido entre las nubes.

—¿No vas a tratar de caminar algo? Si sigues sin moverte tus músculos se resentirán. Necesitas...

—Sigo con las cadenas puestas. —Cubierto por aquellas pieles ni me había dado cuenta. Por algún motivo temía que, si no amarraba sus brazos y piernas, al volver ya no estaría allí. La idea no me gustaba, aunque eso no era más que un eufemismo.

—¿Quieres acompañarme? Podemos pasear y conversar. Trataré de tenerlo todo preparado para zarpar con la salida de un nuevo día y necesitare que me guíes.

—Ya te dije que lo haría —repuso molesto. Se dio la vuelta e hizo como si yo no estuviera allí.

—¡Levántate! —grité arrancándole las pieles de encima. Agarré sus cadenas y girándolas le retorcí las muñecas —Nos vamos de paseo —agregué con una sonrisa agresiva.

Esperé, sintiendo como mi paciencia se tambaleaba, a que se quitase las cadenas. Después me acompañó mansamente al exterior. Sus puños estaban apretados a ambos lados de su cadera y avanzaba tambaleante. Sus ojos se movían a nuestro alrededor y comprendí que estaba asustado.

Deseé que nadie nos viera cuando tomé su mano y la apreté infundiéndole fortaleza. Sus ojos se centraron en mí y yo crecí orgullosa.

—Con él puedo romper las olas y llegar al horizonte una y otra vez. Siempre he buscado el lugar en el que la tierra y el mar se acaban. Ansío llegar al final de lo conocido y tocar lo que hay más allá —relaté mi anhelo como algo cercano, algo que ya podía paladear.

—No hemos sido creados para cruzar las aguas. Moriremos. —Me reí y me acerqué a él. Deseaba pasar las manos por su piel, besar aquellos labios gruesos y perderme en el negro de sus ojos.

—Hemos sido creados para superar a nuestros padres —refuté abrazando su inmenso cuerpo. Jonoa también me envolvió, quise pensar que era un gesto que nació de él y no por complacerme, era mejor no preguntar los motivos.

—No respetamos lo que nos ha sido dado. —Coloqué un dedo sobre sus labios y él se inclinó sobre mí.

—Entrar en el mar no significa que no respete su poder. Cuando tengo entre mis manos el timón o nos envuelve una tormenta puedo perder la vida, al igual que cualquiera de mis hombres, pero lucho con todo lo que tengo a mi alcance. Cuando batallo, navego, pesco o cazo respeto al que está al otro lado, al igual que espero que lo hagan conmigo... —Su rostro estaba cada vez más cerca y me besó. Me vi apretujada contra su inmenso pecho, arrebatándome el aire. Su lengua mostró un control férreo sobre la mía, enlazándonos en una danza ardiente que hizo que me sobrara la ropa. Sonreí contra sus labios orgullosa, deseando que lo que me daba fuera real.

—Quiero volver a bailar en torno a las hogueras. Quiero tocar el tambor y dormir en una tienda creada con mis propias manos. Yo también tengo sueños —susurró contra mi piel. Tuve que morderme la lengua para no decirle que podía dárselo, que lucharía porque los cumpliera.

Me separé recolocándome la ropa y suspiré tratando de que nadie descubriera cómo aquel simple contacto me había afectado. Comencé a descender y nos acercamos a la orilla. Caminamos en silencio hasta que llegamos al pueblo, mi idea era atravesarlo y llevarlo a aquellas aguas que ardían. No podía comprender cómo funcionaban, pero los dioses tenían muchas formas de consentir a aquellos que cumplían sus deseos y yo lo aceptaba sin más.

—¡Ya traes a tu perra! ¡Si vas a ofrecérnosla para que la montemos no

estamos interesados en un culo peludo! —gritó uno desde la derecha. No me acerqué lo suficiente para fijarme en su rostro, tampoco reconocí su voz. En mi barco había muchos guerreros, pero yo solo interactuaba con dos o tres.

Miré mi cuchillo, ese que sostuve cuando traté de rajar el cuello de mi madre y que me había acompañado desde entonces. Era hermoso, su filo contenía las vidas de muchos hombres, mujeres y niños. Aquel simple objeto podría relatar historias que harían temblar al más valiente. Lo lancé con furia y se clavó al lado de aquel grupo de guerreros. Se quedaron mudos al instante.

—¡Deberíais recordar que estáis hablando con Tyr la de los mil dientes! —aullé contra el viento.

—¡Y yo que pensaba que te parecías más a una culebra! —gritó otro.

Me acerque a grandes zancadas. Jonoa me seguía de cerca, su presencia no pasó desapercibida.

—Cierto, estrangulo a mis víctimas antes de comérmelas. —Miré aquellos hombres rudos, fuertes, curtidos. Ellos no me temían, me respetaban, sin embargo, era algo endeble.

—Puedes comérmela siempre que gustes —gruñó otro con la voz enronquecida. Esa vez no fallé. Mi segundo cuchillo se clavó en su muslo y él bufó conteniendo el grito de dolor.

—Ups. Creo que he clavado mis dientes —susurré con indiferencia y encogiéndome de hombros. Mis dedos rozaron la empuñadura de mi espada —. ¿Alguien más?

—Jefa, deberías disfrutar un poco. —A aquel sí que lo reconocí, era Guisli. Un cobarde que seguía vivo por ocultarse tras sus camaradas cuando se acercaba el peligro. Sonreí con arrogancia.

—¿Quieres disfrutar de mis atenciones Guisli? Puedo hacerlo tan despacio, tan, pero tan despacio, que tu piel estará cubierta de sangre mucho antes de que exhales tu último suspiro. —Varios hombres se rieron ante mi comentario fijando los ojos en Guisli, esperando su respuesta. Si era inteligente mantendría la boca cerrada, pero pocos lo eran. Creían que si eran insultados debían hacerlo pagar en sangre, ¿valdría más su vida o su orgullo? —¡Así me gusta! —concluí tras dejar pasar unos segundos.

*“Vikingos... guerreros aguerridos que disfrutaban tentando su suerte. Sonríen cuando sus pieles sangran y queman las heridas más profundas con rapidez para volver a la batalla.”* Mi abuela decía que esa era su gran

debilidad y que debía recordarlo.

Mi oído siempre ha sido el más fino. A lo largo de los años lo he entrenado, he aprendido a confiar en él para guiarme o avisarme del peligro. Alguien había sacado su espada y pensaba atacarme. Miré a Jonoa y tomé la decisión. Le tendí mi propia arma con rapidez y él se interpuso entre mi atacante y yo, di varios pasos más y me detuve a observar.

Jonoa habría de ganarse estar a mi lado, aprender de mí. Si debía sangrar lo haría, no obstante, no permitiría que llegase más allá. Él era mío.

Mi esclavo era alto, fuerte, imponente, sin embargo, por muy cobarde que fuera Guisli, no tenía posibilidad alguna de ganar.

Al principio el acero chocó, Jonoa se movía con rapidez y desviaba los ataques, pero pronto se cansó. Guisli atacaba sin descanso cuando lancé un gemido al aire. Los combatientes se separaron y me miraron, momento que aproveché para lanzar el último de mis cuchillos contra Guisli.

—¡No puedes intervenir en un combate justo! —gritó uno.

—¡Él tenía una espada para defenderse por sí mismo! —concordó otro. A mí no me importaba.

—¿En serio? ¿Qué honor puede haber en luchar contra un esclavo? Que de las gracias porque le he concedido unos minutos más de vida, pero ha sido a mí a quién ha desafiado.

—¡Yo puedo luchar! —exclamó Jonoa orgulloso golpeándose el pecho. Rugí por dentro ante tal afirmación, en aquel momento le habría arrancado la lengua para que dejase de meterse en problemas.

—¿No puedes oírlo? Tu perro tiene agallas. Permíteme que me encargue de él. Prometo que será rápido. —Un pelirrojo se acercó y se inclinó ligeramente antes de agarrar con fuerza el mango de su hacha. Sus ojos verdes estudiaron a Jonoa sabiendo que aquello no era más que un sacrificio.

La idea de que le hicieran daño dejó mi mente en blanco. El cielo estaba despejado, los pájaros creaban bonitas melodías a nuestro alrededor y Jonoa acabaría sangrando de una u otra forma.

No era la primera vez en mi vida que prefería dañar a alguien que me importaba antes de enfrentarme a la otra posibilidad. Aquel vikingo no iba a dejarlo pasar, quería herirme y había encontrado la forma.

Arranqué la espada de las manos de Jonoa con un movimiento fluido y lo empujé lejos. Salté hacia la derecha y me quedé mirando al que, hasta hace nada, era mi vikingo con la mirada fría como el hielo. Dejé que la skjaldmö

que habitaba en mí saliera a la superficie y me sentí desnuda sin ninguno de mis cuchillos.

—¿Entrenamos? —inquirió mi oponente con una sonrisa animal. Sus ojos se abrieron y sus brazos se tensaron duplicando su tamaño.

—Si levantas tu hacha te arrancaré el brazo y se lo daré de comer a los perros, ¿está claro?

—¿Ahora te domina tu esclavo? Ya hemos oído que sabe darte lo tuyo, al final no eres más que una mujer. Deberías ir a tener a sus hijos y dejar que los hombres... —No podía seguir escuchándolo. Lancé un par de ataques que esquivó por los pelos.

No sé de donde salió, pero uno de mis cuchillos venía directo a mí. Se clavó en el suelo a mi lado y yo lo atrapé a gran velocidad.

—¡Yo soy Tyr! ¡Tyr! ¡Ningún hombre me controla! —Me giré y miré a Jonoa a los ojos. Lo deseaba con intensidad y lo odiaba con el mismo fervor. Sus besos y sus caricias me hacían olvidar mi sangre, mis creencias, quién era yo. No era seguro para ninguno de los dos.

Él no se lo esperaba, incluso se atrevió a sonreírme. Me mordí el labio inferior para mantener mi rostro inexpresivo al ver como mi cuchillo se hundía en su pierna. Me giré de nuevo, esta vez mis ojos se fijaron en mi hombre, mi vikingo, alguien de quien no recordaba el nombre. Compartimos muchos días en el mar y nunca más de dos vocablos seguidas.

—Y tú... —Me lamí los labios deseando descargar contra él mi furia, mi odio, mi culpa. Si el abismo entre Jonoa y yo antes era profundo, ahora ya era insalvable.

—Tranquila jefa. Tranquila. —Esperé hasta que se retiró, acompañado de las carcajadas de sus camaradas.

Retrocedí alerta. Jonoa estaba sentado sobre la nieve. Sus ojos se mantenían fijos en la herida, que apretaba con fuerza. La sangre salía a borbotones, se había arrancado mi cuchillo y aquel charco carmesí crecía bajo él.

Miré a mi alrededor sin saber qué debía hacer, quería arrodillarme a su lado y curarlo. Tenía que explicarle por qué lo había hecho, pero sabía que nada de lo que dijese podría cambiar lo ocurrido.

—Yo lo haré. —Sentí una mano en mi hombro, pero al ver el rostro preocupado de Suen me relajé. Asentí mirando de reojo a aquellos vikingos. Varios habían entrado en la casa, sabía lo que había tras aquellas paredes y

preferí alejarme.

—No dejes que muera.

—¿Por una herida como esa? —preguntó Suen. Resoplé y volví a mirar a Jonoa. Quería besarlo, lo deseaba con cada fibra de mi ser, sin embargo, jamás podría hacerlo con total libertad. Yo también tenía mis propias correas, pensé mientras Suen recogía, limpiaba y me devolvía el cuchillo —¿Me ayudas a llevarlo a algún sitio donde pueda descansar?

Lo agarramos cada uno por un brazo y lo arrastramos en dirección a la casa principal. Jonoa no dijo nada, yo no me sentía con fuerzas para dirigirme a él.

—¡Largaos todos! —grité nada más entrar. En las paredes había pieles colgadas, al fondo una chimenea de piedra unida a la casa por grandes tablones de madera. Un par de catres llenos de paja y una gran mesa en el centro. Suspiré cansada.

Varias muchachas salieron medio desnudas de allí seguidas por tres hombres que comentaban la forma en la que las nalgas de las mujeres se bamboleaban en la huida. Suen cerró la puerta.

—Túmbalo y desnúdalo —me sugirió Suen. Yo ayudé a Jonoa a llegar hasta allí y lo dejé caer, pero cuando traté de quitarle la capa sus manos me lo impidieron. Me apretó los dedos con tanta fuerza que gemí de dolor. Suen se acercó furioso, pero yo lo detuve con un pequeño gesto.

—Eres como el resto —susurró iracundo.

—Tú me obligaste. Eres un esclavo, te habrían matado.

—¡Era mejor que lo hubiese hecho! ¡Me traicionaste! —Sus acusaciones me llegaron hasta el fondo del corazón. Deseaba curarlo, abrazarlo y pedir perdón. No iba a suceder.

—No puedo traicionarte, eres mi esclavo. Eres peor que un perro, ellos valen más que tú. ¿Lo comprendes? Llevo avisándote, desde la misma noche en la que nos conocimos, de lo que sucedería. ¡Te he salvado la vida! —Pero llevaba demasiado tiempo sin voz, apaleado y golpeado sin derecho a defenderse. No le valían mis excusas, tampoco quería oírlas.

Le quité los pantalones sin pensar en lo que escondían. Me incliné para estudiar la herida y mi pelo cayó como un manto dorado sobre su piel haciéndolo jadear, lo suficientemente quedo para que solo yo lo escuchase, mientras Suen preparaba las vendas. Sentí que mi pulso se aceleraba.

—Suen, ¿podrías traerme agua? —pregunté con tranquilidad mientras

recogía una aguja e hilo. La puerta se abrió y cerró a mi espalda.

—Me deseas —dije suspicaz.

—Eres hermosa —reconoció él.

—Pero no quieres disfrutar de estar a mi lado, no puedes ser feliz con mis caricias y mi protección. —Expuse los hechos y él no lo negó.

—No voy a dejar que me hechices. Eres una bruja, no debí olvidarlo nunca. —Su forma de decirlo provocó que me acercara a su boca—. No voy a volver a tocarte, no voy a volver a follarte, no voy a dejar que me uses sin más. Soy un hombre y debes respetarme al igual que yo lo hago contigo.

—¿Temes que te obligue?

—Temo desearlo con tanta intensidad que me olvido que mi pierna duele horrores. Te temo porque me haces perder la cabeza —reconoció abatido, como si el hecho de desearme fuera lo peor que podía sucederle.

—Es sexo. Solo eso.

—Para ti, para tu pueblo. Para mí es mucho más. No puedo tocarte, no puedo besarte sin darte una parte de mí que no quiero compartir. Me ves como a un esclavo y siempre será así —confesó apretando los dientes mientras, con puntadas hábiles, suturaba aquella herida.

—No eres solo un esclavo —lo dije y me arrepentí al momento. El brillo de esperanza era lo último que debían albergar aquellos ojos negros—. Puedes ser mi guerrero, serías parte de mí.

—Un esclavo domesticado.

—Es mucho más que eso —repuse molesta—. ¿Acaso no puedes ver lo que te ofrezco?

—Unas cadenas más bonitas, pero eso no las convierte en brazaletes. No voy a hacerlo.

—Lo harás —contradije yo. Terminé de coserlo y le agarré la cara con fuerza—. No me importa cómo tenga que conseguirlo, serás quién yo desee y sonreirás como si fuera lo mejor del mundo. Me llevarás a tu hogar y serás feliz. Confórmate, hay destinos mucho peores. —Mis ojos volaron a la ventana y se fijaron en la casa del fondo.

—¿Las otras esclavas? Morirán dentro de poco, no podrán soportarlo, sin embargo, tú lo permites.

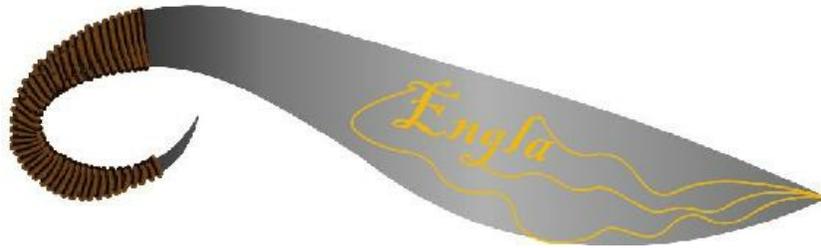
—Yo no puedo cambiar nada —repuse a la defensiva.

—Eso pensé yo antes.

—Son nuestras tradiciones, lo que somos. Es lo justo después de jugarnos

la vida. —Iba a añadir algo más cuando Suen entró cargando un pesado cubo de agua. Lo dejó a mi lado y limpié la herida—. Échale alcohol y véndalo —ordené con la cabeza embotada.

# Capítulo 18



El mundo más allá del horizonte. Ese lugar borraría todos mis pecados, me aferré a eso al reunir a todos mis vikingos.

La nieve había vuelto y la tormenta se acercaba con prisa. Yo me había envuelto en una gruesa capa de piel y cubierto mi pelo. Apenas se me veían los ojos, pero era suficiente.

—Estamos aquí para tomar decisiones.

—¿Guerra? —sentí que preguntaban.

—Es posible. Habrá que pelear, pero primero habremos de afrontar una larga travesía. El lugar al que nos dirigimos es un lugar lleno de vida, gentes y oro, si me seguís...

—Ya tenemos mujeres y oro. Aquí tenemos un gran botín para pasar el invierno. Después siempre podremos...

—¡Al próximo que me interrumpa lo cuelgo de las pelotas! —Se rieron, no obstante, guardaron silencio—. No voy a obligaros, quiero contar con guerreros leales. Necesito confiar en el vikingo que se coloque a mi lado y me acompañe al Valhalla. Es por eso por los que, los que lo deseáis, podréis quedaros. El resto habréis de prometerme vuestro honor y vuestra vida. Seréis míos y yo daré hasta mi último aliento por vosotros —prometí arrancándome el gorro para que pudieran verme—. Tenéis hasta que salga la luna. Después habremos de llenar nuestra bodega para un largo viaje.

—¡No podéis llevaros la comida!

—Lo repartiremos y siempre podréis cazar. ¿Necesitáis que os ayude? —Podía ver el descontento en ciertos rostros, pero no eran tantos como había supuesto. Otros levantaron el mentón orgullosos y se golpearon el pecho

mientras empezaban a aullar. Sus gritos eran contagiosos y yo misma los seguí contenta—. Ahora los que vayan a acompañarme aprovechad para montar a caballo o beber un poco.

—¿A caballo? ¡Yo voy a montar un par de esclavas que suplican por mi verga! —Y todos se dispersaron entre gritos de júbilo. Yo permanecí en aquel mismo lugar, me senté sobre el suelo y cerré los ojos.

El aire soplaba con fuerza, había muchos ruidos a mi alrededor, pero yo buscaba alejarme de lo que me rodeaba. Quería llevar mi mente a un lugar aislado, un lugar tranquilo en el que las ideas se difuminasen.

Me levanté y tomé mi espada. La sentí pesada entre mis dedos, congelada. La mecí con el viento, cortando la nieve al caer y dejando que mis músculos despertasen. No pensé, solo dejé que mi arma tomase el mando. Ella conocía el camino, era ella la que arrebatava una vida y yo su fiel compañera.

—Eres igual que tu madre. Hermosas, peligrosas. —Mi espada se detuvo a escasos centímetros de su cuello.

—¿La conocías?

—Hace mucho tiempo de entonces —contestó esquivo—. ¿Quieres un digno adversario? Creo que hace mucho que no te mides con un igual.

Me sorprendió ver cómo cogía la espada, la forma en la que colocaba las manos. Sus ojos azules se fijaron en los míos y me removí inquieta.

Fue como bailar con una culebra. Sus movimientos se parecían tanto a los míos... sus brazos se mecían con elegancia para golpear con contundencia, acompañando el golpe de la espada con el peso de su cuerpo.

Tras media hora el sudor corría por mi piel, el pelo se me pegaba a la frente y mi aliento salía en forma de pequeñas nubes de vapor.

—¿Crees que hago lo correcto? —Hacía años que no pedía consejo. Reconocer que había dudas en mi interior... aquella máscara que debía colocarme cada día para que nadie viera lo que escondía debajo me iba carcomiendo con rapidez.

—¿Con el esclavo?

—Dijiste que no podía obligarle a darme más que su cuerpo, pero prefiero que viva. Tampoco soy capaz de concederle la libertad.

—Podría quedarse a tu lado, aunque le concedas la libertad, el amor...

—¿Amor? —cuestioné escéptica. El amor era un lazo que solo una madre puede sentir. Solo una mujer que ha sacado de sus entrañas, con esfuerzo y

dolor, a su retoño sabe lo que es darlo todo por otra persona —El amor significaría que daría la vida por mí y yo por él.

—¿Y no es eso lo que has hecho al impedir que luchara? —Esquivé su mirada y me re Coloqué el pelo. Mis dedos se hundieron en mis cabellos dorados y los trencé con dedos torpes.

—Me llevará a su tierra, podré comenzar de nuevo. —No me gustó que asintiera de aquella manera. Parecía darme la razón sin creer realmente que la tuviera. Agarré su brazo con fuerza—. Le enseñaré a pelear. Le daré algo por lo que seguir con vida.

—Pero le quitarás su voz.

Me alejé a grandes zancadas y volví a entrar en aquella casa, en la que había pertenecido a Jensen. Cerré la puerta con tanto vigor que la madera tembló, el sonido fue tan fuerte que vi como Jonoa se removía sobre la cama.

# Capítulo 19



Ella me volvía loco. Sus pechos, aquellas caderas que terminaban en una cintura estrecha, sus labios carnosos y los ojos azules más desafiantes que había visto nunca. Era hermosa, sus cabellos dorados lo más suave que había tocado jamás. No comprendía el efecto de aquella hembra sobre mi piel y en mi cabeza, sin embargo, no conseguía pensar cuando la tenía cerca. Tantos planes, tantos años imaginando cómo escaparía si algún día tenía la oportunidad y cuando finalmente se presentaba...

—¿Vas a quedarte lloriqueando? Pensé que querías ser un guerrero.

—¡Acabas de apuñalarme!

—Hace unas horas de eso. ¿Quieres que te lleve en brazo hasta tus nuevos aposentos? —Su tono me molestó. Tomé aire y apreté los dientes mientras los puntos tiraban de la piel y la herida me provocaba un dolor lacerante.

Ella caminó aproximándose a mí. Tenía una forma de moverse que me volvía loco. Sus labios se entreabrían cuando quería decir algo y se contenía, probablemente pensaba que yo no me daba cuenta, pero yo deseaba arrancar las palabras de su garganta a la fuerza. Quería tumbarla y hacer con su cuerpo todo lo que deseara, quería doblegarla y hacerla gritar mi nombre mientras se corría una y otra vez.

—Lo único que te molesta es que ninguno de tus vikingos hace que te

moges como yo —dije de pronto. Su reacción, aquel color rojizo ascendiendo por sus mejillas me dijo que nadie se había atrevido nunca a hablarle de aquella manera. Sonreí contento, no obstante, ella no era de las que se dejaba amilanar.

—Para eso estas. ¿No es triste que lo único que se aproveche sea tu polla?

—Y te gusta. Disfrutas a pesar de que sea un perro, no te avergüenza montarme en mí y soñar conmigo. Sé que jamás te has sentido como cuando yo te tomo porque vuelves una y otra vez. ¿En qué te convierte eso?

—En una mujer que no quiere perder el tiempo. Tranquilo, te protegeré para que nadie te haga daño y te daré joyas bonitas como pago.

—¿Quieres adornar mis dedos para que sea mucho más placenteros cuando te los meta? Estoy cansado Engla.

—Pero tú también me deseas. —Se acercó tanto que su cuerpo se pegó al mío. Sus manos comenzaron a quitarme la ropa y yo la ayudé. Cuando estuve desnudo me recorrió con los ojos, relamiéndose con ansia.

—Jamás podremos disfrutar realmente si solo tomas las migajas. —Pude ver su interés y descubrí que, aunque no pudiera obligarla, tenía poder sobre ella. Sus deseos estaban ahí, solo necesitaba despertarlos, avivarlos para usarlos a mi favor.

—¿A qué te refieres?

—Olvida que soy un esclavo. Dame la libertad por una noche, solo aquí y ahora.

—Eso no tiene sentido. No podrás ir muy lejos, te cazaré y volveré a colocarte las correas.

—No voy a escapar. —Sonaba orgulloso, la idea era alocada, pero a medida que ella preguntaba yo me esperanzaba—. Voy a convertirte en mi esclava.

—Yo jamás...

—Quizás no sea hoy, pero no voy a tocarte, besarte, a cooperar hasta que lo hagas. Por unas horas tomaré tu cuerpo y haré contigo lo que tanto anhelo.

—Ella se alejó varios pasos. Su mano aferró la espada y yo volví a tomar la ropa para vestirme.

—Eres un hombre y dirás lo que sea necesario para conseguir lo que quieres. Crees que porque sabes moverte voy a dártelo todo. Yo soy mucho más que mis necesidades, puedo salir ahora mismo y acostarme con cualquier otro.

—¡Hazlo! —respondí, aunque era lo último que quería —Vete y monta a cualquiera de esos que disfrutan golpeando a sus mujeres. Ellos podrán tomarte con dureza, golpearán tu culo mientras te montan, pero nunca podrán hacerte sentir como yo.

—No eres nada...

—Cierto, pero eso no cambia que me desees con tanta intensidad. Me has apuñalado y encontraré la forma de vengarme —prometí—. He descubierto que tienes razón, pero ya no puedes arrebatarme nada más. No tengo nada —dije con orgullo. Giré sobre mí mismo para que me viera. Mostré mi polla completamente izada porque, aunque la odiase, aunque me gustaría apretar su garganta hasta que me concediera la libertad, mi cuerpo, algo en mi interior me traicionaba.

Ella caminó hacia mí. Su mano se cerró sobre mi erección con fuerza y me quitó el aliento. Sus ojos azules se volvieron casi blancos mientras sonreía.

—Mientras él responda a mí puedo tener todo lo que quiero de ti.

—¿De verdad? —inquirí sentándome sobre el camastro. Ella me dejó ir y asintió blanca como la nieve —Quítate el pantalón y sube. ¿No puedes?

Supongo que jamás se negaría a un reto. Se quitó el pantalón con movimientos rápidos, la capa seguía envolviéndola, pero yo sabía que su cueva estaba a mi alcance. Casi podía saborear la cálida sensación que me recorrería al deslizarme a su interior. Solo ella sabía estrangular a mi pequeño de aquella manera, era tan estrecha que tenía que concentrarme para no perderme en su interior con rapidez.

Sus rodillas se colocaron a ambos lados de mi cadera y me tumbé con las manos tras la cabeza. Ella se aclaró la voz antes de mover la capa y colocar mi polla justo en su entrada. Nuestros ojos se encontraron en una mirada retadora. No dije nada más.

Dejó que su cuerpo descendiera y un gemido quedo escapó entre sus labios. Mi instinto era apretarla contra mí, arrancar la ropa de su cuerpo y morder aquellos pequeños pezones que se ponían duros contra mis dedos. Quería penetrar su boca al mismo tiempo y hacerla temblar, pero me contuve apretando los puños con fuerza.

Era una batalla, una muy placentera, sin embargo, tenía mucho que demostrar. Ella comenzó a moverse con los ojos cerrados, yo también los cerré para que su imagen se desvaneciera, para evitar pensar que era la mujer

más hermosa y complicada que había visto nunca.

Comenzó a incrementar el ritmo. Fue algo incompleto, aquel orgasmo que estaba a punto de alcanzarme y acabar con mi resistencia tenía un regusto amargo, ácido.

—¿Quieres mi leche ya? ¿No has terminado aún? —Me costó horrores que sonase como si no tuviera un volcán a punto de entrar en erupción entre las piernas. Cada músculo de mi cuerpo estaba en tensión, era duro no sucumbir ante aquella lenta tortura.

—Yo misma tomaré lo que desee. —Eché la cabeza hacia atrás y sus gemidos se intensificaron. Sus caderas empezaron a trazar círculos al tiempo que descendía y ascendía.

Quise elevar las manos. El anhelo por apretar aquellos dos preciosos montes me llevó a dejarme ir sin preocuparme por ella. Sentí como descendía por última vez sobre mí desde la punta de los pies hasta el último pelo de mi cabeza.

—No, no, no, no. ¡Necesito más! —gritó frustrada. Sus manos golpearon con fuerza mi pecho y yo sonreí sin hacer amago alguno por impedirselo. Ella se detuvo, volvió a vestirse y se alejó unos pasos —No vas a salirte con la tuya.

—Siempre puedes intentar que vuelva a funcionar. ¿Alguna vez has usado la boca? He visto a varias esclavas mucho más tímidas arrodillarse y...

—¡Jamás! Nunca debí mostrar compasión contigo. —Su voz era fría, en su precioso rostro ovalado no quedaba rastro alguno de la pasión ni del deseo que habíamos compartido.

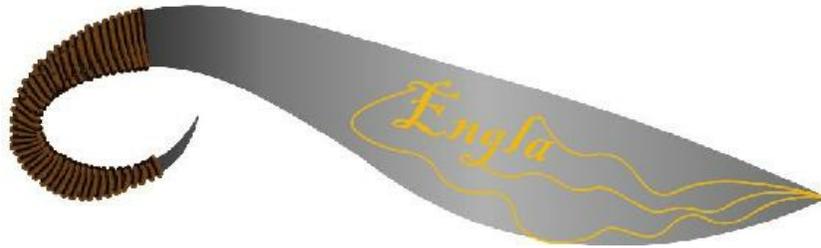
En sus manos apareció aquel cuchillo, decorado con preciosas filigranas de oro, emergió entre sus dedos y ella lo miró con una sonrisa orgullosa. Jugueteeó con él con soltura, como si fuera algo que hacía con regularidad y le daba un aire peligroso. Mi entrepierna vibró ante aquel pensamiento y tuve que esconderla con rapidez.

—¿Deseas terminar en mi boca? Te lameré como el mejor de los perros. Sé usar la lengua de una manera exquisita —susurré con la voz ronca. La idea me hacía salivar, aunque sabía que el orgullo jamás la dejaría aceptar.

—Nos vamos en unas horas. Abrígate y coge de esta casa todo lo que quieras. Busca también una espada, si no la encuentras díselo a Suen, él lo arreglará. —Se giró y dio dos pasos hacia la puerta—. Te reconozco el mérito. Tendré que pedirle a otro que termine lo que empezaste, espero que

no te moleste. —¡Y se fue! Quise golpear aquel catre de paja hasta despellejarme las manos. La rabia me estaba carcomiendo con rapidez.

## Capítulo 20



Une tenía una belleza y una inocencia que te invitaba a acercarte. Sus gestos, su mirada, aquella forma de morderse el labio cuando se sentía nerviosa... En aquel momento la odié con intensidad y de paso me odié a mí misma por hacerlo. Sentimientos encontrados que no me gustaban, sentía que todo se me estaba yendo de las manos.

A pesar de mis expectativas quedaron a mi lado cincuenta y dos hombres. Suen se había convertido en mi segundo y me lo comunicó con una sonrisa media hora después mientras llenaban la bodega. Los “desertores” habían montado una pequeña reyerta, probablemente volviéramos a vernos, no obstante, todo iba mucho mejor de lo que había previsto, entonces... ¿por qué no podía apartar los ojos de Jonoa y Une?

Los dos se conocían desde hacía mucho tiempo, no tenía ni idea de lo que había ocurrido entre ambos, pero no me gustaba la forma en la que ella apoyaba la mano en su brazo, ni cómo él la acunaba entre risas.

No era común dejar que los esclavos se quedasen en cubierta mientras los vikingos trabajaban, pero prefería que fueran mis hombres los que comprobasen que el barco tenía todo lo necesario para lanzarse al mar. ¿Desconfianza? Posiblemente, poco importaba.

—¡Une! —grité con fuerza. Su pelo negro se meció al viento cuando se giró. Sus ojos oscuros se removieron inquietos, daba la impresión de haber sido pillada en una travesura, y la ternura se mezcló con las intensas emociones que ya había en mi interior —¡Acércate rápido! ¡No tengo tiempo para esperar a que te despidas! —Suen se aproximó y se colocó a mi lado.

—¿Celosa? —susurró en mi oído mi segundo al mando. Quizás no debí

darle ese puesto, no me gustaba que se tomase tantas confianzas.

—Ya han terminado con los preparativos. Avisa a las esclavas de que, hasta nuevo aviso, no han de acercarse a los vikingos. Mandaré a Suen a buscaros —dije mirando a una directamente a los ojos. Ella asintió y sonrió antes de recogerse la falda del vestido y correr escaleras abajo.

Cuando Jonoa se quedó a solas, con las manos apoyadas en la barandilla, tembló ligeramente. Sus hombros se encogieron unos segundos antes de volver a alzarse en toda su estatura y sonreír inocentemente. Parecía contento de poder volver a la tierra que lo había visto crecer, aunque eso no cambiaría su situación.

Caminé hasta él sin que se diera cuenta. Me coloqué a su espalda y pasé las uñas de mi mano derecha arañando sus hombros con suavidad. Dio un salto y mi risa salió sorprendiéndonos a ambos.

—¿Feliz? —pregunté sin mirarlo directamente y fijando los ojos en un par de peces que se movían bajo el agua. Aquellos seres se acercaban a mi snekke sin miedo, no acostumbraban a tratar con hombres y ese era un error mortal. La curiosidad era demasiado peligrosa.

—No queda nadie esperándome.

—¿Cómo reaccionarán al ver que vuelves encadenado? —comenté de pasada. Lo sentí tensarse a mi lado, pero no di muestras de haberme percatado.

—Sigo siendo un guerrero. Ellos me ayudarán a escapar, buscarán venganza con sangre.

—¿Esa es la esperanza a la que te aferras? ¿Quieres acabar con todos los que hay en este snekke? ¿Me matarás o me convertirás en tu esclava? ¿Y qué pasará con las mujeres de la bodega?

—No dejaré que les hagan daño. Las aceptarán —contestó con rapidez, apenas logré entenderlo.

—¿A pesar del color de sus cabelleras y de sus ojos? —seguí con mi interrogatorio sin descanso. No comprendía del todo qué era lo que pretendía conseguir.

—Ellos no les harían daño. Son inocentes.

—Pero tampoco te conocen. Serás un extraño tratando de imponer tus ideas. —El viento cortaba demasiado y levanté el brazo para que comenzaran a soltar amarras y empezásemos una nueva travesía—. ¡Suen lleva a mi perro a mi camarote!

Me dirigí hacia el timón y cuarenta hombres se fueron a los remos. Maniobramos con presteza evitando que las rocas golpearan el casco de mi pequeño. Sentí como las olas trataban de arrastrarnos, como el viento intentaba rasgar la vela y el hielo, que había creado una pequeña capa a nuestro alrededor, era golpeado con fuerza por nuestros remos.

El sol se había escondido tras las nubes. El cielo se oscureció a nuestro alrededor y sonreí soñadora. Hasta los dioses comprendían que el mundo cambiaría, ellos tocaban los tambores a nuestro paso en forma de enormes rayos rasgando la paz.

—¿No prefieres esperar? —inquirió Suen elevando el rostro y mirando las nubes —Será peligroso.

—¿Acaso no es el peligro el que insufla aire en nuestros pechos? ¿Qué podríamos hacer sin la muerte rozando nuestras mejillas? Algún día cruzaremos las puertas del Valhalla y debemos haber vivido sin arrepentirnos de nada. —A medida que hablaba podía sentir la magia entrando en mí. Aquellas fábulas, historias, presencias invisibles que nos daban el valor que muchas veces escaseaba.

—Hablas como un auténtico vikingo —repuso él a modo de elogio.

—No me insultes, viejo. Soy mucho más lista que un vikingo. —Él pasó su brazo sobre mis hombros y me dio un abrazo de oso al tiempo que de su enorme pecho salía un rugido, que para él debía ser una carcajada.

—Cierto, y mucho más hermosa —reconoció tras un tiempo, mientras me soltaba y volvía a acercarse a los remos, para pasar a dar órdenes sin parar. Los hombres empezaron a trabajar como distintas partes de un mismo ser. Todos nos movíamos sincronizados, luchando contra la naturaleza, el destino y nuestros propios miedos.

No sé por qué no lo aparté, disfruté de aquel contacto sin ninguna intención oculta. Lo miré alejarse, moverse, y me sentí cómoda a su lado. No presentí ningún tipo de intención oculta y me pregunté por qué, antes de la muerte de mi padre, siempre mantenía las distancias. Jamás se había acercado a mí y me evitaba todo lo que podía.

Dejé aquellos pensamientos alejarse a medida que, como pasaba siempre que zarpaba, recordaba la primera vez que había subido a uno de aquellos monstruos.

*Aquel día llovía. Lo recordaré siempre porque, temía tanto resbalarme y hacer el ridículo que, cuando volví a tocar tierra firme mis piernas se mecían*

fruto de la tensión acumulada.

En aquella pequeña playa, a una hora de nuestro poblado, había dos preciosos snekkar. Se movían con suavidad, a pesar de que los habían amarrado con dos grandes cuerdas, mucho más anchas que mis brazos.

Mi madre me llevaba de la mano. Pocas veces se ponía los pantalones, pero aquel día también iba armada. De sus piernas pendían varios cuchillos, pero no todos estaban a la vista. Fue ella la que me enseñó a lanzarlos, en otro tiempo también sangró en batalla, pero al final mi aparición cambió todo su mundo.

—¿Ocurre algo? —me preguntó mientras me llevaba hasta la orilla y se detenía. No me sentía preparada, en aquel momento temía posar mis pies sobre aquellos trozos gigantes de madera y comenzar a hundirme. El agua me aterraba, quizás porque sabía que, si algún día tenía la mala suerte de caerme por la borda, me hundiría sin remedio.

—No, madre —respondí con voz trémula. Aquella era la única respuesta posible.

Mi madre era la persona más valiente que había visto nunca y yo deseaba tanto parecerme a ella, que no fui capaz de confesar mis temores.

—Deberías. —Su expresión era soñadora, ansiosa, feliz. Nada tenía sentido—. El mar corre por tus venas, es parte de ti, sin embargo, sería estúpido no respetar su fuerza. Él puede llevarte a dónde desees, pero también puede hacerte desaparecer en tu vientre. Algún día te dejará llegar a lugares tan maravillosos... Ese inmenso Snekke es un tesoro y acabará siendo tuyo, aunque habremos de hacerle un par de mejoras.

Me cogió de la mano. Nuestros dedos se entrelazaron y me sentí inmensamente feliz. Estar a su lado, con aquella mujer a la que todos admiraban por su belleza y su fortaleza, era convertirse en alguien importante entre aquella gente. Todos respetaban su palabra y acudían a nuestra puerta en busca de consejos. Las mujeres siempre llenaban el salón de nuestro hogar y las risas resonaban en las paredes. Ella conseguía llenar el mundo de una luz cálida y acogedora.

Dos hombres nos ayudaron a subir en cubierta, aquel día no me atreví a investigar mucho más. Ella permaneció a mi lado describiéndome cada zona, explicándome cómo debía moverlo, qué debía hacer para controlar su poder.

—Has de respetarlo como a un amigo. Cuídalo y trátalo bien —susurró mientras sus dedos acariciaban la madera del mástil. Nunca volví a ver

aquel brillo en su rostro, en sus palabras—. ¿Quieres que te cuente una historia mientras esperamos? —Mi padre había quedado en acompañarnos de regreso a casa y yo deseaba escuchar aquellas narraciones de dioses, humanos y anhelos prohibidos.

—¿Habría una niña como yo en ella?

—Siempre hay una, aunque en este caso será en el pecho de una guerrera. —Me senté sobre su regazo y ella me envolvió en un abrazo que olía a flores y a rocío. Jamás volví a encontrar un aroma como aquel—. Los snekkar son barcos creados para cruzar el mundo. ¿Lo sabías? Hubo hace mucho tiempo una guerrera, tan salvaje y valiente como el mismo Thor, que deseó alcanzar el fin del mundo. Ese lugar en el que el sol se esconde cuando la luna decide visitarnos, el Valhalla en la tierra. Ella ansiaba encontrarlo, pues estaba convencida de que ahí podría ser feliz, tener a sus hijos sin temer posibles ataques.

—¿Nos van a hacer daño? —El miedo se aferró a mi joven pecho con rapidez, y desapareció con la misma velocidad al sentir su beso en la mejilla.

—No, cariño, pero los peligros siempre nos rodean. —Antes de que pudiera decir algo al respecto ella agregó—. No debes temer que te ataquen, solo aprender a defenderte y, si la derrota es segura, tener a mano un arma para poder escapar. —Meneó la cabeza y sonrió—. Como te iba contando aquella mujer tenía un gran sueño y muchos se burlaron de ella.

—¿Lo consiguió?

—Ten paciencia. Jamás se rindió, nunca dejó que las burlas de los vikingos que navegaban a su lado mermasen sus esperanzas y una noche se encontró con alguien que solo vivía, para ella, en las fábulas. Nunca había creído que las asradi existieran. Unas mujeres de tal belleza, capaces de habitar en las profundidades del mar, capaces de hablar con los peces y acariciar a los tiburones... Eran casi más poderosas que los propios dioses y había la creencia de que Thor había acabado con todas y cada una de ellas. —A través de los labios de mi madre los dioses no eran tan buenos, tan imponentes. Yo había aprendido a amar a aquellas mujeres con poderes increíbles, aquellas guerreras con alma de oso y corazón de madre. Yo quería ser una de ellas.

—¿Y qué ocurrió?

—Se encontró de frente con una. Aquel ser era tan hermoso que la guerrera se olvidó de que no le gustaban las mujeres y sintió un deseo

animal anidando en sus entrañas. Sin pensar en las consecuencias se lanzó a las frías aguas y nadó en su dirección. Tardó mucho en lograr alcanzarla, temía que la asradi se marchase, pero cuando sintió una mano, fría como el hielo, tirar de ella para subirla a la roca sonrió triunfal. ¿Qué podía decirle nuestra guerrera a alguien capaz de arrebatarse la voz y el pensamiento? Aquella asradi entornó los ojos y nuestra guerrera supo que su vida le pertenecía. No había nada que no fuera capaz de hacer por aquella criatura, que coqueta se peinaba sus blancos cabellos. Los ojos azules de la asradi se quedaron fijos en un punto de la roca y, tras unos minutos de interminable silencio, extrajo de ella un pequeño colgante. Era sencillo, una cadena lisa de oro, pero si te fijabas bien miles de perlas diminutas colgaban de ella.

—Debía ser hermosa —comenté soñando con tener, algún día, algo tan bonito. Nunca había ansiado joyas, pero estaba segura de que quería encontrar aquel colgante.

—Lo era. Cuando la asradi se la tendió la skjaldmö sintió que le ardían los dedos, pero aguantó estoicamente. Retuvo el aire en los pulmones para evitar que los quejidos, que se revolvían en su interior, la hiciesen huir.

—¿A una asradi? ¿Si son tan poderosas por qué habrían de escapar? —Era demasiado ingenua. Me costaba imaginar las circunstancias que llevaban a un ser tan poderoso a retirarse. Para aquellas criaturas habría sido mucho más sencillo acabar con la vida de la guerrera, ¿no? ¡Qué sencillo resulta acabar con una vida cuando se trata de una fábula!

—El temor puede controlarnos y ellas temían a los hombres más que a cualquier otra cosa —me explicó acariciando mi rostro con ternura. Asentí como si fuera capaz de comprenderlo, cuando en aquel momento mi mayor temor era tener pescado de nuevo para cenar—. Las asradi son muy coquetas, pero su inteligencia por pocos es superada. Aquella noche, mientras dejaba que los rayos de la luna blanqueasen su piel sintió curiosidad por ver a otra mujer.

“¿Qué es lo que alberga tu corazón?”, le preguntó aquella hermosa criatura con un aleteo de pestañas.

“Libertad más allá del fin del mundo”, explicó nuestra guerrera con orgullo. La asradi asintió y tomó un cabello dorado de nuestra skjaldmö entre los dedos. Con un ágil movimiento se lo llevó a la nariz y aspiró su aroma.

“Mientes”, repuso molesta la criatura. La soltó, llevando la mano a las

frías aguas para eliminar el rastro de la humana de su preciosa piel.

“Una familia”, replicó la guerrera encogiéndose de hombros.

“No deberías contestar cuando aún no has encontrado la respuesta, ¿o sí lo has hecho?”, preguntó misteriosa aquella mujer de hermoso rostro. Cerró los ojos y de sus labios salió una canción hermosa, la más bonita que jamás puedas escuchar, pero cuya letra era indescifrable.

“No he conseguido entender nada”, dijo la guerrera con tristeza.

“Pero has podido sentirla”. En aquel momento la mano de aquel hermoso ser voló a la dorada mejilla de la skjaldmö, recogiendo una de las lágrimas que se deslizaba por su piel. El asombro se dibujó en el rostro de la humana, pero aquella criatura parecía complacida. “Tienes hermosos sentimientos en tu interior.”

“Dolor y vergüenza”, reconoció aquella aguerrida mujer. Había tenido que luchar cada segundo de su vida para demostrar que se merecía estar allí, pero eso le había granjeado pesadillas que jamás conseguiría olvidar.

“¿Quieres ver el lugar que buscas? Puedo llevarte allí”. Le estaba ofreciendo una posibilidad única. ¿Entonces por qué tenía tanto miedo? ¿Qué era lo que la retenía? No fue capaz de responder, aunque solo tenía que decir que sí. Un simple sí que no consiguió pronunciar.

—¿No quería conocer el lugar más hermoso del mundo? ¡Qué tonta era!  
—Mi madre se rio reteniéndome contra ella y sentí aquellos contagiosos temblores. Yo también sonreí, disfrutando por primera vez del toque de esa brisa con sabor a sal.

—Cuando se sentía lista para hacerlo su propio barco comenzó a moverse. La habían echado en falta y los vikingos gritaban su nombre, preocupados, mientras la buscaban entre la negrura de la noche. —En aquel instante temblé. Temía saber cuál sería el final de aquella hermosa historia. Todas las que mi madre me relataba tenía un sabor agridulce—. La guerrera juró que la asradi le sonrió justo antes de convertirse en espuma de mar. Trató de rogar, la llamó a gritos y le suplicó que le permitiera acompañarla, pero nunca volvió a responder.

—Lo siento mucho. —Mi pena era real, la sentía en mi diminuto pecho. Debía ser duro dejar marchar todo lo que siempre has querido.

—Durante muchos años recorrió los mares, las buscó hasta que ya no tuvo otra opción que aceptar que jamás volvería a verla.

—¿Fue feliz?

—El dolor de saber que había perdido su oportunidad la llevó a abandonar el barco y alejarse para siempre del mar. Le dolía demasiado mirar el horizonte sabiendo que jamás aparecería. Sentía que la esperanza, por ver de nuevo a la criatura que seguía amando, la estaba destrozando.

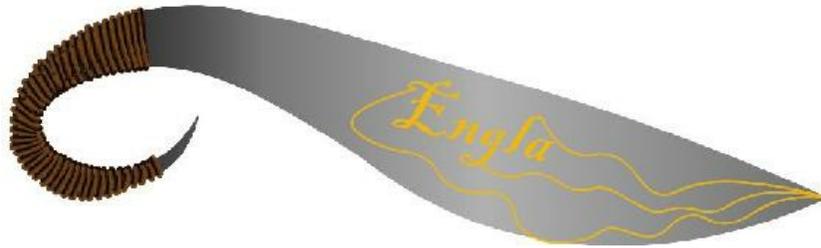
—¿Cómo pudo hacerlo si formaba parte de ella? —pregunté molesta, tenía que haber algo más allí. La skjaldmö de la que mi madre me hablaba no cedería sin más. Perdería la vida en el intento si era necesario, tenía que ser de esa manera...

—Porque encontró un amor aún mayor. Ese amor que solo puede nacer en tu interior, un amor capaz de destrozarla si alguien se lo arrebatara, pero que la hacía sonreír con orgullo.

—No lo comprendo —repuse molesta. Me crucé de brazos y escondí mi cabeza en su pecho.

—El amor de una madre cariño. Solo hay un amor que supere a todo lo demás. El mar, la asradi, el Valhalla... todo se empequeñece al lado del amor que una mujer siente cuando de su interior surge una vida. —Asentí más tranquila y ella me abrazó de nuevo.

# Capítulo 21



Cuando te lanzas a realizar una gran travesía todo cambia. La llegada de la luna no significa el fin de la jornada y el vaivén constante no a todos les sienta bien.

Muchas de las esclavas que nos acompañaban habían lanzado los intestinos a aquellas aguas en jornadas interminables. Todo lo que trataban de comer salía poco después, pero yo sabía que acabarían acostumbrándose y les di su espacio. Por lo demás todo era normal, aunque tras dos días de compartir camarote con mi esclavo sin tocarlo yo estaba todo el día caliente. Empezaba a sospechar que alguna enfermedad se había asentado en mi cuerpo, pero sabía cuál sería mi medicina.

—Si sigues así el viaje se hará eterno. —La voz de Suen me sobresaltó.

—No sé a qué te refieres.

—Lo devoras con los ojos y no soy el único que se da cuenta. Deberías encerrarlo en el camarote y saciarte de él. No es bueno que conozcan tus debilidades.

—Yo no tengo ninguna —respondí incómoda mirándolo de frente. Su sonrisa me molestó, claramente no creía en mis palabras—. Me molesta que no se pliegue a mis deseos, no quiero tener que maltratarlo para...

—Dale algo de lo que estar orgulloso. Creo que disfrutaría mucho más que ayudando a las mujeres a cocinar y limpiar.

—Son esclavas —lo corregí sin percatarme de la cara que ponía.

—Y él un hombre sano que parece tener poder sobre ti. —Me giré con el cuchillo en la mano. Mi gesto frío lo hizo callar.

—No te sobrepases, viejo. —Tras varios días inactiva aquel simple

movimiento reactivó algo en mi interior—. ¡Traed a mi esclavo con su espada de juguete! —grité aun sabiendo que Jonoa estaba a pocos pasos de mí y podía oírme con claridad.

Al tiempo que Jonoa se acercaba Suen se desvaneció. Los ojos negros de Jonoa se clavaron en mí y el dolor se instaló en mi vientre. Me costaba tragar y pensar, pero me sobrepuse con rapidez.

—¿Crees que podrás luchar con una mujer? —pregunté con ironía —No quiero tener que preocuparme por tu seguridad cuando desembarquemos.

Jonoa tenía ahora una nueva costumbre, una que me ponía muy nerviosa, se acercaba demasiado. No era necesario que su pecho me rozase para hablar, podía escucharlo desde bastante más lejos, pero yo tampoco me permití retroceder.

—Cuando quieras te daré lo que tanto deseas. —Aspiré con fuerza y lo miré hipnotizada. Su mano derecha tocó la mía y me arrebató la espada con una sonrisa que me había hecho humedecerme a gran velocidad.

Mis manos estaban vacías y él se alejó. Las llené con dos de mis cuchillos y tomé aire. Pelear con él era duro, porque me olvidaba de cuál era el fin de aquel entrenamiento. Lo que de verdad deseaba era ver su cuerpo desnudo, tocar su piel y besar cada rincón.

—La postura no es cómoda. Puedes abrir un poco más las piernas y... —Traté de explicarle.

—Tú también —contestó él con tono pícaro mientras me guiñaba un ojo. Lo golpeé con fuerza haciéndolo retroceder y esa vez sonreí yo.

—Si bajas la guardia acabarás muerto.

—Sé que es desagradable, pero ya te comenté que hay muchas formas de hacerme funcionar. Creo que nos vendría bien a ambos retozar un poco en tu camarote. No es que te desee, pero como has prohibido que toque al resto de mujeres que hay a bordo...

—Si quieres decir algo solo hazlo. No me gustan los cobardes.

—Ahora no quieres montarme, pero tampoco deseas que nadie más lo haga —soltó Jonoa sin tapujos. Sus ojos me retaron, su postura era penosa y su forma de agarrar la espada propiciaba que fuera muy sencillo desarmarlo, sin embargo, eso no parecía importarle.

—Eres mi esclavo y solo me servirás a mí o a quién a mí me parezca —dije lanzándome contra él. Golpeé su espada tres veces hasta que ésta se escapó de entre sus dedos y cayó a sus pies—. Dices que eres un guerrero,

que quieres ser digno de tus ancestros, pero te dedicas a tratar de meterte entre mis piernas. ¿Tanto te cuesta comprender que he encontrado a alguien mejor?

—¿Entonces por qué jadeas cuando te quedas dormida y te aferras a mí? Te restriegas demasiado y empieza a dolerme demasiado —reconoció mientras recogía la espada.

—Creí que querías darme una lección —repuse yo.

—No sabía que iba a ser tan duro.

—Así debió ser desde el principio. —Aquella conversación me estaba poniendo de muy buen humor. A medida que navegábamos rumbo al nuevo mundo el tiempo había ido mejorando y con la llegada de la luz también algo en mi interior se esclarecía.

Cuando Jonoa volvió a prepararse comencé a atacarlo sin descanso. Disfrutaba viéndolo retroceder e intentarlo de nuevo, sin rendirse. Se movía con fluidez y era inmenso, pero eso no siempre tenía que jugar a su favor. Mis pasos eran seguros, me escurría cada vez que se acercaba y lo atacaba desde cualquier ángulo.

El sudor pronto impregnó nuestra ropa. Nos desprendimos de parte de aquellas prendas de lino y sonreí cuando sus ojos me recorrieron con excesiva lentitud. Estiré los brazos hacia arriba y dejé que mis músculos descansasen en posiciones muy sugerentes. Varios hombres se rieron al fondo y yo les guiñé un ojo.

—¡He de educarlo! —aullé sobre el jolgorio —¡Creí que sería mejor, pero hasta una niña podría vencerlo! —Creo que mi último comentario lo molestó porque me atacó con furia. Fue veloz y no tuve más remedio que detener el golpe con ambos cuchillos—. ¿Ocurre algo? —pregunté con voz inocente.

Mis palabras debieron molestarlo mucho, pues volvió a lanzarse contra mí. Vi la espada acercándose y mi instinto me llevó a desviarla, puso tanta fuerza que el sonido lo hizo sonreír con fuerza.

Fue un cambio de viento. Un presentimiento me traspasó. Miré a mi alrededor buscando las señales y percibí las nubes a lo lejos. Sabía que cuando una tormenta se acercaba debías asegurarlo todo, pero sonreí al imaginarme cómo pasaría Jonoa aquel momento. Quizás el valiente guerrero de ojos rasgados, y negros como el abismo, no era tan valiente como quería creer.

—Quizás nos engulla un Mailström —solté mientras olisqueaba el aire. Cerré los ojos y sonreí—. Debe ser algo digno de ver. Nuestro barco girando como el juguete de un niño, sin control, mientras trata de engullirnos para siempre en su oscuro interior. ¿Nunca te han hablado de ellos?

—Pelea, no vas a conseguir asustarme. —Pero su mano derecha apretaba la espada con una intensidad que no había usado antes.

—Hay muchas historias, aunque nunca me he encontrado de frente con uno. Es como una criatura viva bajo la superficie del mar. Abre la boca y engulle todo lo que encuentra a su alrededor.

—Podrías inventar algo mejor.

—Es posible. —Me encogí de hombros y guardé los cuchillos—. Por lo pronto escóndete en el camarote y abraza una de las patas de la mesa —recomendé mientras buscaba a Suen con los ojos—. El mar es impredecible.

Jonoa se acercó y apoyó su mano en mi hombro. Lo miré en silencio, pendiente de su boca. ¿Cómo podía preferir besarlo a cualquier otra cosa? Sentía sus dedos ardiendo y deseaba que recorrieran mi piel.

—Quiero estar a tu lado —me pidió con una sonrisa tímida.

—Es peligroso. No quiero tener que preocuparme de que caigas por la borda.

—Alguien debe protegerte. —Lo miré temblando, era la primera vez que la idea de que no pudiera valerme sola no me parecía un insulto. Pestañee varias veces mientras, agarrando su mano, lo llevaba hasta nuestro camarote. Cerré a mi espalda y me dejé llevar. ¿Y si fuera mi último día?

Envolvió mi cintura y me sentí tan pequeña y delicada... Me miraba como si fuera lo más hermoso que había visto nunca, me pregunté si yo era realmente la que él creía estar viendo. Jamás sabría todas las personas que había atravesado, ¿me odiaría si supiera de lo que había sido capaz?

Sus labios presionaron los míos y yo los abrí dándole acceso. Nuestras lenguas se unieron y jadeé contra su boca.

El bamboleo se incrementó y supe que no había tiempo que perder.

—Por una vez no te muevas —susurré abrazándolo con más fuerza. Lo miré a los ojos sin añadir nada más, quería que viera en ellos que no era el momento para desafiarme. Debía confiar en mí y permanecer en aquel lugar.

Por primera vez en mi vida no quería sobrevivir por mí, era él el que ocupaba mis pensamientos. Necesitaba atravesar aquella tormenta que se estaba formando sobre mi cabeza. Pronto el aire nos zarandeaba con tanta

fuerza que teníamos que avanzar agarrados a las barandillas. Moví el timón guiada por el instinto, ya que el cielo empezaba a descargar su furia y el agua me impedía ver con claridad.

El aire llegaba con tanta brusquedad que me costaba respirar y dos hombres cayeron al mar. Quise llegar hasta ellos, no se merecían morir de aquella manera, sin embargo, no tuve oportunidad. Ellos me habían confiado sus vidas y yo les había fallado.

—¡Usad los remos para alejarnos! ¡No podemos dejarnos arrastrar o no habrá otra oportunidad! —grité tratando de hacerme oír por encima de aquel ruido infernal. El abismo se había abierto, pensé mientras veía como, ante mis ojos, mis mayores miedos cobraban vida —¡¡Remad con todas vuestras fuerzas!! ¡¡Si alguien abandona su puesto yo misma lo degollaré!! —Aferré con tanta intensidad el timón que las manos empezaron a dolerme. Usaba toda mi fuerza, pero era incapaz de mantener el ritmo y aquel trozo de madera se movía con vida propia.

Un mano enorme se colocó sobre las mías. Miré a Suen agradecida, tampoco tuve tiempo para decirle nada más.

El barco se movía descontrolado, la corriente tiraba de nosotros, ni siquiera la ayuda de Suen era suficiente para que el timón mantuviera el rumbo correcto.

—¿Lo has visto? —Aquel grito casi quedó sofocado por el aullido del viento. La ropa se había convertido en un peso muerto, se pegaba a nuestros cuerpos inmovilizándonos y estaba completamente humedecida. Me quité todo lo que pude y sonreí ante la mirada atónita de Suen—. ¡¡¿Lo has visto?!! —preguntó de nuevo ante mi silencio. Agarró mi mandíbula y guio mi rostro al frente.

—No es posible... En estas aguas no debería...

—¿Ya habías navegado por este lugar? —me interrogó antes de soltar un bufido de frustración al resbalar por enésima vez.

Fue un descuido tonto, solté durante unos segundos el timón para caminar hacia proa. Mi atención estaba concentrada en aquel inmenso remolino que se estaba formando demasiado cerca, si seguíamos así...

Sentí el sonido de un látigo y alguien me empujó con fuerza. Mis pies se despegaron del suelo y Suen me atrajo hacia él. Aquella soga que por poco no me decapita seguía removiéndose, pero no teníamos tiempo que perder.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté desconcertada. Lo empujé para que me

sacase las manos de encima y corrí de nuevo hacia el timón. No buscaba respuestas, tampoco le di la oportunidad. Mis gritos trataron de llegar hasta mis hombres, no teníamos tiempo que perder.

—No lo conseguiremos. —Suen acompañó aquellas palabras con un abrazo de oso.

—¡Déjate de despedidas! ¡Si no somos suficientes haz salir a las esclavas!  
—Era la única posibilidad que nos quedaba.

—No tienen fuerza suficiente —me dijo él. No quería que aquellas esclavas sufrieran daño, yo tampoco, pero si no hacíamos algo moriríamos todos.

—¡Hazlo o te tiro por la borda y mando a otro!! —Clavé las uñas en su brazo y él se revolvió—. A veces es necesario perder a uno para salvar a muchos —añadí algo más abajo.

Lo vi alejarse con la sensación de que estaba haciendo algo malo, ¿cuántas muertes podría soportar en mi conciencia?

El Mailström nos llamaba. Aquella enorme boca descendía hacia las profundidades del averno y tenía hambre. Muchos barcos habían sido absorbidos por él y nadie volvió nunca de su interior. Me sentí como si mirase a un gigante de frente, consciente de que yo jamás podría hacerle pie, con la esperanza de que entre todos consiguiéramos alejarnos.

Las vi aparecer como cervatillos asustados. Sus ojos agrandados estaban aterrados y más de la mitad cayeron al suelo incapaces de soportar el vaivén. Las llamé con la mano y se arrastraron hacia mí.

—Ahora lucharéis a mi lado. Varias debéis cortar esas cuerdas. —Señalé al fondo—. El resto me ayudará con el timón y ocuparéis los remos que queden vacíos. Necesitamos alejarnos o todos moriremos. —Asintieron, algunas más valientes y otras sollozaban sin control. En situaciones como aquellas se podía ver cómo era realmente una persona—. Las que no vayáis a cooperar podéis volver a la bodega.

—¿Podemos? —preguntaron varias. Bufé frustrada.

—Achicad agua. Todo ayuda —concedí viéndolas marchar, sin embargo, a mi lado quedaron cinco mujeres, entre las que se encontraba Une. Alzaron el mentón con orgullo y supe que, si sobrevivíamos, las compensaría de una forma u otra. El orgullo llenó mi pecho al mirarlas, sonreí mientras las iba repartiendo.

Unos remaron hasta dejarse las manos en carne viva, otros ataron todo lo

que podía ser un peligro para evitar muertes innecesarias. Une, Suen y yo nos quedamos en el timón.

Dolía, apenas conseguía sentir los dedos, y mi cuerpo estaba agotado. La cabeza comenzaba a darme vueltas, aunque no era el momento de desfallecer. Conseguíamos, por los pelos, mantenernos a una distancia prudencial, pero la corriente era tan intensa que un descuido sería mortal.

No sé qué ocurrió. De pronto ya no era capaz de mantener los ojos abiertos, mi cuerpo se volvió pesado y no pude más. Mis dedos soltaron aquel trozo de madera y el golpe de viento me llevó a chocar contra la barandilla, aquella madera me arrebató el aire y traté de asirme a ella. Todo ocurrió muy rápido, apenas podía pensar. Ya me veía a mí misma siendo absorbida por aquel inmenso Mailström. Descendería hasta las profundidades, quizás en mi último aliento pudiera llamar a una asradi, tal vez no era realmente mi final.

Dos brazos me sujetaron con fuerza. Me vi retenida contra un inmenso pecho y cerré los ojos. Tal vez así era morir, quizás había encontrado mi propio Valhalla, poco importaba. Me sentía débil y no comprendía lo que estaba pasando. Miré a mi alrededor aturdida y al final lo miré a él.

Aquellos ojos negros podían quitarme el aliento. Me mantenía encerrada entre su cuerpo y la barandilla del barco, pero no me importaba. No podía separarme ni desear estar en ningún otro lugar. Debí haberlo regañado por no hacerme caso, golpearlo o estar enfadada, no obstante, lo que deseaba era que me abrazase. Quería esconderme entre los pliegues de su piel morena y olvidar. Descansar... quizás solo eso.

—¿Estás bien? —Parecía preocupado. Su rostro estaba a escasos centímetros del mío, yo le respondí con una sonrisa esquiva, quería verlo, pero mis párpados se cerraban solos—. Mírame, mírame por favor. —Alcé el rostro y lo descubrí ante mí. Sus ojos negros eran una amalgama de cálidas emociones. Mi mano se levantó sola y arañó su barba antes de caer laxa a mi lado. ¿Era cosa mía o el viento ya no parecía tan enfadado? Quizás estábamos alejándonos, tal vez estábamos salvados—. ¡¡Engla!! ¡¡Dime algo!! —me gritaba, ¿cómo se atrevía a gritarme? Cuando iba a decirle hasta de qué se moriría lo miré y volví a sonreír tontamente—. ¡¡Engla!!

## Capítulo 22



Me sentía mareado. Mi estómago luchaba por descargar su contenido de nuevo sobre el suelo, me mantenía agarrado a la pared, pero nunca duraba mucho tiempo antes de rebotar y caer sobre alguna cosa puntiaguda.

Aquello no podía ser normal. La madera crujía de madera anómala, daba la impresión de estar a punto de romperse en mil pedazos y eso no era una buena señal. El bramido del viento parecía aunar las quejas de todos los difuntos, de todos aquellos inocentes que habían sufrido y muerto sin voz. Aquellas lamentaciones tenían la capacidad de entrar en el alma de una persona, preparándola para un negro final.

En mi tierra había muchas leyendas. Historias que explicaban todo lo que no se puede ver. Esas sensaciones que te hacen virar el rumbo en determinado momento, que salvan tu vida sin que seas consciente de ello.

Estaba agarrándome con fuerza a la pared y mirando por el ventanuco cuando sentí que me faltaba el aire. Necesitaba salir, en mi mente solo primaba una orden, debía encontrar a Engla.

Al abrir la puerta comprendí que no iba a ser algo fácil. No veía nada y era como empujar un muro invisible a cada paso. Avanzaba demasiado despacio y sentía que no iba a llegar a tiempo.

Los dioses, los espíritus me decían que necesitaba encontrarla. El lobo que había en mi pecho aullaba a la luna para que me diera su poder. Le pedía

todos aquellos que, desde las alturas, debían protegerme para que me concedieran su favor.

En mi interior había una auténtica batalla. Dos partes de mi ser que luchaban, pero mi decisión había estado tomada desde el principio. Decían que en todos los de mi pueblo, en todos los que habíamos nacido en aquellas tierras llenas de vida, había dos espíritus en constante lucha. Aquella fue una de las primeras historias que me contó mi madre, era extraño recordarla en aquel instante, cuando el miedo por perder a la mujer que amaba me estaba volviendo loco.

“*¿Por qué ha de importarte? Para ella no vales más que su capa o su espada.*” Dijo el lobo oscuro. Ese que desconfiaba de todos, el que me había mantenido con vida hasta entonces.

“*Porque ella es especial.*” Reconoció el lobo blanco. Su tono era cálido, lleno de vida. Sonreí al pensar que yo mismo estaba salvando a la persona que debía odiar. Comprendí que jamás podría hacerle daño alguno, aun cuando el permanecer a su lado me estuviera haciendo tanto daño. Yo no podía conformarme con las migas, pero eso era todo lo que obtendría de ella.

Cuando la vi salir despedida del timón corrí. Me agaché y avancé en su dirección. Mis brazos la buscaban, mi corazón saltaba queriendo llegar a mi boca y rugí su nombre desesperado. La posibilidad de perderla, de no volver a besarla o tenerla entre mis brazos... Ella era el recuerdo más dulce que tenía, el más cercano y el que me había dado esperanzas para ver el mañana.

—Te tengo. —Sonreí porque no podía hacer otra cosa. La había aferrado justo en el instante en el que se disponía a precipitarse por la borda. La abracé con tanta fuerza que temí dejarla sin aire, pero necesitaba sentirla contra mí, percibir su cuerpo calentándose por dentro—. ¿Estás bien? —Al principio fue una pregunta sencilla, algo que salió entre mis labios sin más mientras olisqueaba su pelo.

A nuestro alrededor había un auténtico infierno. Todo estaba oscuro, como si fuera de noche y las estrellas no pudieran alumbrarnos más. A pesar de todos los rayos, que iluminaban cada pocos minutos a nuestro alrededor, el mar lucía aún peor. No quería mirarlo, no podía hacerlo o viejas pesadillas regresarían a mi mente. Años atrás había pasado muchas semanas encerrado en un barco como aquel. Con el corazón desgarrado y agotado de llorar me dormía cada noche deseando la muerte. Sintiéndome un cobarde.

Había una historia detrás que, quizás algún día, pudiera compartir con

ella. De pronto la necesidad de abrirme, de permitirle vislumbrar quién era en realidad, no me disgustaba. Tardé varios segundos en darme cuenta de que Engla no me respondía

Me observó con ojos vidriosos y una sonrisa tembló en su rostro, aparecía y desaparecía como si se encontrara confusa. Miró a nuestro alrededor y la sentí caer. La retuve y revisé su piel mientras le gritaba que me dijera algo. Nada salió de sus labios.

¿Qué podía estar pasando? Me esperaba un puñetazo, un insulto, pero no que se mantuviera tan sumisamente entre mis brazos. No parecía sostener a la misma mujer que había besado horas antes y eso me preocupaba.

Une se acercó a nosotros. Su fino vestido se pegaba de manera indecente a sus curvas, podía verse la piel que se escondía debajo, pero no dije nada. Ella me miró y la miró a ella, tocó su frente y se aferró a la barandilla a nuestro lado.

—Sangre. —Aquella palabra, salida de los labios de Une, era la peor de mis pesadillas. Acaricié el rostro de Engla buscando la herida hasta que me fijé en algo oscuro entre aquellos dorados cabellos que tan hermosos me parecían—. Déjamela a mí. Suen te necesita, yo no tengo fuerza suficiente y dice que si seguimos acercándonos al Mailström moriremos.

Miré a Engla confundido. No quería dejarla, sentía que si no estaba cerca no volvería a verla y la sola idea hizo que mis dedos se cerrasen en su cintura como férreas cadenas. Ella volvía a sonreír y yo temblé preocupado.

Si arrastrarme yo solo fue complicado, tratar de volver al camarote con ella entre mis brazos fue duro. Me jodía tener que arrastrarla a mi lado, su consciencia iba y venía, y cada golpe que recibía se me clavaba en el alma. Habría deseado mil veces haberlos sentido en mi piel, que ella estuviera bien, pero tras una eternidad lo conseguí. Une venía cerca y cerró tras nosotros.

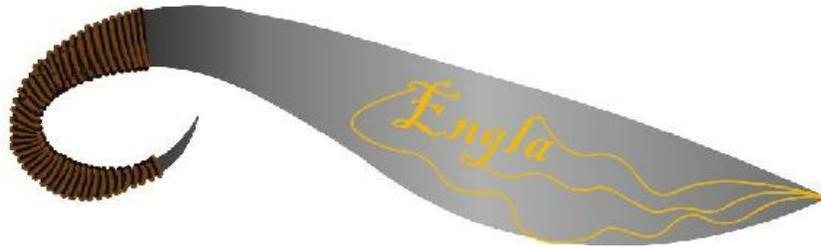
—Vete ya. Yo la cuidaré —dijo Une mientras apoyaba su mano en mi hombro. Sus ojos negros estaban tristes, miraban el cuerpo laxo de Engla de una forma que me provocó escalofríos.

—No puede morir. —Me incliné sobre aquella mujer que me volvía loco y besé su frente. Habría deseado que hubiera abierto los ojos, necesitaba volver a ver aquel tono celeste que me encendía por dentro, no tuve suerte. —Mi lobo te pertenece. —Quizás para ella no significase nada, para mí era una promesa eterna.

Salí de allí sintiendo que faltaba algo en mi interior. Dispuesto a todo por

volver a su lado, por disfrutar de su mirada retadora desde la lejanía y su cálida sonrisa cuando estamos solos.

## Capítulo 23



*Me faltaba el aire en el pecho. Veía aquella oscuridad acercarse y sabía que debía escapar, pero mis pies no se movían. Me aferré a mi espada, sin embargo, de pronto no estaba.*

*Con las manos desnudas me enfrenté a aquella cosa. Sabía que tenía rostro, pero no podía vérselo. Sentí tanto miedo que me quedé sin voz, quería gritar, exigirle que se detuviera cuando algo frío y húmedo envolvió mi garganta y comenzó a arrebatarme el aire.*

—Engla, despierta. —Una voz dulce, cálida. Creí que era mi madre, ella también me besaba la frente cuando me ponía mala, pero mi madre... La consciencia me abofeteó con tanta fuerza que me incorporé de golpe, chocando contra la frente de alguien.

El dolor era punzante y me latía la cabeza. Sentía la boca seca y los músculos adormecidos, el sol me quemó los ojos.

—Tranquila... Recuéstate y descansa... —Aquella voz... habría sido capaz de reconocerla en cualquier sitio.

Jonoa estaba a mi lado, sus inmensas manos se colocaron en mis hombros y me empujaron con suavidad hasta que volví a tumbarme.

—Une, Jonoa... ¿Qué ocurre? —pregunté sintiendo que la garganta me quemaba. Mi lengua se había convertido en un trapo seco al que le hacía falta humedecerse. Une pareció leerme los pensamientos y me acercó un cuerno. Aquel líquido dorado me calmó un poco, lo justo para continuar mi interrogatorio —¿Qué ocurre? —¡La tormenta! Miré a mi alrededor histérica, pero todo parecía en calma. El Mailström casi nunca perdía, debíamos dar gracias.

Me levanté de nuevo. El suelo se movía, pero Jonoa rodeó mi cintura y me ayudó a llegar hasta la puerta. Me sentía agotada, pero debía pensar como la líder de aquellos hombres. Necesitaba saber cuántos habían muerto y qué desperfectos habría que corregir. No era el momento, pero también era necesario festejar que seguíamos en pie.

Suen se acercó en un par de zancadas y me abrazó. Me levantó varios centímetros y volvió a dejarme en el suelo, esta vez con más suavidad, recolocándome la capa con cuidado.

—¿Y esto? —pregunté sin comprender qué estaba ocurriendo.

—¿Ya está bien? —inquirió de vuelta Suen, pero con los ojos concentrados en Jonoa. ¡¡Cómo se atrevía!! Mis dedos volaron, pero mis cuchillos no estaban en su lugar. Me sentí desnuda y los busqué con los ojos en el camarote que estaba a mi espalda.

—Tyr... —susurré sin darme cuenta.

—No lo encontramos. —Miré a Suen y quise arrebatarle la vida. No podía perderlo, ¡No podía perderlo!

—¡Buscadlo ahora mismo! ¡¡Todos!! —grité enfurecida. Empujé lejos a los dos hombres y respiré con fuerza, el aire salado me llenó los pulmones y comencé a sentirme algo mejor.

A mi alrededor había varios hombres, ninguno dijo nada. A los pocos minutos ya me sentía débil, pero seguí caminando y bajé al comedor.

—Nos alegramos de que esté bien —comentó Atli, un hombretón pelirrojo lleno de pecas. Su sonrisa parecía real, incluso alzó el cuerno antes de vaciarlo en su barriga—. ¡¡Otra!! —Una esclava pareció a su lado y cumplió la orden en silencio.

—¿Cuándo han podido conmigo? —Se hizo el silencio. Los hombres, que hasta entonces hablaban a gritos, me miraron para, a continuación, bajar los ojos hacia sus manos. En sus rostros se veía que contenían la lengua y no era algo normal—. ¿Qué ocurre? ¡¡Dejad de otearme de esa manera!!

—Has dormido dos días —comentó Atli. Carraspeó un par de veces y siguió comiendo como si nada. Mi estómago también tenía hambre y, cuando colocaron un cuenco ante mis ojos, lo devoré en pocos minutos. Aquella comida me supo a gloria. Esboqué una mueca vacía y volví a pensar en mi cuchillo, mi gran tesoro junto con el brazalete que ahora lucía Jonoa. ¿Cómo había podido perderlo? Siempre iba conmigo, siempre a mano, listo para matar. No volví a separarme de él desde que mi madre murió, ahora me sentía

incompleta.

—¿Quién ha muerto?

—Orn, Delsi, Kodran y Leif. —Asentí y me levanté.

—¡¡Gracias por acompañarme a la batalla!! —grité, todos me jalearon — Nuestras vidas les pertenecen a los dioses, pero no nos iremos sin luchar. Bebamos por aquellos que nos han dejado y hagamos que sus sacrificios merezcan la pena.

Los dejé emborrachándose, desde fuera podría parecer que se estaban corriendo una buena juerga, pero yo sabía que trataban de acallar el dolor. Los hombres muertos no solo eran compañeros, eran amigos e incluso familia. Dos de ellos habían perdido a sus mujeres el mismo día que yo perdí a mi madre y eso era un lazo que nos había unido, lo sentía mucho por ellos.

Salí de allí con demasiadas preguntas, ya había tocado un par de veces la herida de mi cabeza, aunque no recordaba habérmela hecho. Caminé despacio, con ganas de tumbarme de nuevo sobre el camastro y dormir durante años.

—No puedes esforzarte tanto. —Jonoa caminó con determinación hacia mí y me sostuvo. Me tocaba como si fuera algo normal, como si entre los dos hubiera una cercanía que no existía. Le permití ayudarme para llegar hasta mi camastro, más por la agradable sensación que su cercanía provocaba en mi cuerpo que por otra cosa. No podía negar que su olor, su voz, su calor... todo lo que provenía de él humedecía el centro de mi ser y hacía saltar mi corazón embravecido.

—Te veo cambiado —comenté mientras me tumbaba sobre el colchón de paja. Sus manos posaron sobre mi cuerpo un par de pieles para hacerme entrar en calor.

—Lamento lo de tu cuchillo. Me han comentado lo que significaba para ti. —Me mordí la lengua para no gritarle, aunque todos sabían la historia. Muchos de aquellos hombres me conocían desde que había nacido, la mayoría habían participado en el viaje de mi padre y me habían visto arrastrarme entre los restos de nuestros hogares en busca de supervivientes.

—No tienes ni idea —repuse negándome a volver a mirarlo. Él no tenía la culpa, en realidad a quien más odiaba era a mí misma, pero hablar en aquel instante se me antojaba imposible.

—Une te ha limpiado la herida y te hemos cuidado —explicó Jonoa.

—¿Esperáis vuestro premio? Supongo que no te conformarás con un par

de clases extra. No me habéis dejado morir por vuestra, tan ansiada, libertad, ¿me equivoco? —pregunté con rabia mientras me encogía un poco más. Mi cuerpo no generaba el suficiente calor, tal vez era impresión mía, pero los escalofríos se multiplicaban.

—Solo quería saber que estabas bien. —Debió costarle reconocer algo parecido. Me incorporé, lo justo y necesario para mirarlo a la cara, y nos encontramos peligrosamente cerca. ¿Cómo retroceder cuando su aliento entraba en mi boca confundíendome?

—¿Por qué habría de importarte?

—Quiero ver mi tierra y ellos no sabrían hacerlo. —Me mordí el labio para controlar mi decepción. ¿Qué esperaba? —No podía dejar que te ocurriera nada malo —repitió. Su tono era grave, reverberó por mi pecho—. Tuve miedo de que no volvieras a despertar. —Asentí y él me abrazó. Apoyé mi mejilla en su hombro.

—¿Hay algo que deba saber?

—No, Suen se encargó de todo. —Quise alejarme de él, pero no me lo permitió. Sus brazos no se movían y solo conseguí volver a mirarlo a los ojos.

—Suéltame —exigí con dureza. No me hizo caso.

—¿Puedo contarte una historia? —Aquella simple pregunta me hizo pensar en mi madre. Dejé de removerme y asentí con curiosidad. El snekke seguía su rumbo sin incidentes y todos sabían lo que debían hacer. Yo no era tan imprescindible como quería pensar—. En mi pueblo decían que pocas veces encuentras a tu compañera de vida, casi nadie tiene tanta suerte. —No comprendía a dónde quería llegar. Si creía que podía haber algo de aquella magnitud entre ambos no podía estar más equivocado. Entre nosotros había una relación que creía haber dejado muy clara, no podía permitir que la línea que nos separaba se desdibujase—. Dicen que puedes reconocerla porque el lobo que habita en nosotros buscará protegerla por encima de cualquier otra cosa —me explicó mientras sus manos ascendían a mi rostro y empezaba a dibujar, con el pulgar, las líneas de mi boca. No pude evitarlo, cuando el dedo pasó tan cerca le di un pequeño mordisco y él gruñó de vuelta. Fue algo animal, una conversación sin palabras, pero intensa, capaz de hacernos temblar y provocar que nos mirásemos a los ojos con deseo contenido.

—Es muy bonita —respondí sin saber qué más podía decir. Me quedé sin voz, él sonrió con descaro mientras sus dedos seguían recorriendo mi piel y

pequeños escalofríos se deshacían en mi vientre.

—Cuando el primer hombre de nuestra tribu encontró a su mujer creyó que los espíritus le hablaban. Cada vez que cerraba los ojos era su rostro el que veía y cuando estaba despierto podía saber en todo momento dónde se encontraba su compañera. —Cerró los ojos unos segundos, su respiración se volvió profunda y sus dedos se detuvieron en mis mejillas—. Aquel día llovía, el agua resbalaba por su piel y los animales del bosque buscaban refugio entre los árboles. Ella se alejó del poblado, quería asearse y necesitaba estar sola. Caminó sin prisa, disfrutando del sonido del agua golpeando las hojas de los árboles, del crujir de las ramas bajos sus pies y del canto de los pájaros a lo lejos. Era todo tan hermoso que se alejó cada vez más del poblado, hasta que se topó de frente con uno de los lugares más hermosos que había visto nunca. En medio de aquel paraje no pudo evitar introducirse en aquellas aguas cristalinas, dejó la ropa a un lado y caminó hacia el interior de aquel pequeño riachuelo. —Podía verlo ante mí. Sus palabras salían despacio, seguía con los ojos cerrados, y comprendí que estaba recordando. Quizás nunca hubiese visto lo que me estaba describiendo, sin embargo, lo que veía en su cabeza era igual de bello—. No contó con que la corriente sería tan fuerte, creyó que podría salir sin problema, pero de pronto se dio cuenta de que estaba siendo arrastrada. —Se detuvo y abrió los ojos. Aquel negro inmenso brillaba, su boca se acercó peligrosamente a la mía, capturó mis labios unos segundos, y volvió a retirarse—. En el mismo instante en el que ella se dio cuenta él supo que algo iba mal. El dolor en su pecho le impedía respirar, aunque no comprendía el motivo. En su cabeza necesitaba correr, el lobo que había en él necesitaba galopar, pero había un camino en concreto que deseaba seguir y lo hizo. Corrió, corrió como si se le fuera la vida en ello. Sentía que algo en su interior se estaba rompiendo, que su mundo desaparecería si no volaba hacia aquel lugar —me explicó apretando ligeramente mi rostro y acercándolo a él. Sus siguientes palabras me las dijo desde tan cerca que supe que eran para mí, no parte de aquella historia—. La vio y creyó morir. No podía dejarla morir, fue lo único que pensó antes de lanzarse al agua a por ella.

—¿La salvó? —inquirí sin pensar.

—A veces no es lo importante —repuso esquivo.

—Ya veo —concluí yo sin querer conocer el final.

—Sí, la salvó. —Por su rostro supe que había algo más. Volvió a

aproximarse, cogió mi labio inferior entre sus dientes y fue separándose, dejándolo marchar muy despacio... Aquel gesto era intenso y me quedé sin aliento. Volvió a acercarse y nos besamos, nos mordimos, jadeamos en la boca del otro con una necesidad que ardía en nuestras pieles. Sus manos buscaron mi ropa y yo hice lo mismo con él. Empezó a relamer cada trozo de piel que quedaba al descubierto.

—Estoy muy cansada —susurré tumbándome despacio en el colchón de paja. Él se deslizó con cuidado sobre mí, tras quitarme el pantalón. Sus codos se colocaron a ambos lados de mi cabeza, no llegó a apoyar el peso de su cuerpo. Nos quedamos agitados, en silencio. Sabía que la decisión era mía, que estaba esperando una sola palabra para moverse y no supe qué hacer. En sus brazos todo era más intenso, más vivo, sin embargo, no podía seguir así. Todo mi mundo había perdido el control desde que lo había conocido. Decisiones que antes habían sido tan sencillas ahora cobraban nuevos matices —. ¿Puedes continuar la historia? —pedí sin voz.

—Él logró llegar hasta ella. Agarró su mano y luchó con cada fibra de su ser para alcanzar hasta la orilla, era duro, el agua los envolvía impidiéndole ver o respirar. Aquella corriente tiraba con tanta fuerza que seguir juntos era lo más duro que hicieron nunca —me explicó inclinándose y rozando su nariz con la mía—. Cuando creyó que todo estaba perdido logró lanzarla contra unas rocas y ella se aferró a aquel saliente, escalando hasta ponerse a salvo, pero a él ya no le quedaban fuerzas y se dejó arrastrar.

—Murió por salvarla —concluí encogiéndome de hombros. Una historia triste más en la inmensa lista que nos rodeaba.

—Ella lo vio marchar y sintió que su corazón se perdía aguas abajo con él —continuó Jonoa, aprovechó para dejar un beso en el arco de mi cuello, con tanta suavidad...—. Comprendía que una vida sin él a su lado no era una vida, perderlo era perderse a ella misma porque, una vez el lobo que hay en nuestro interior encuentra a su pareja, lo demás deja de importar.

—Pero las cosas nunca suceden como nos gustaría —contraataqué—. Trata de recordarlo.

—Ella se levantó con las pocas fuerzas que le quedaban. No se detuvo a calzarse, vestirse, pensar. Corrió tras él sin percatarse de las rocas que cortaban su carne, del viento que soplaba tratando de detener el avance, solo lo veía a él. Corrió durante horas, lo veía tratando de mantenerse en la superficie y ella le rezó a los dioses. —Sentí su excitación apretando el centro

de mi ser. Él comenzó a moverse, rozándome, tentándome—. Ella... —gimió cuando lo agarré por las caderas y, enlazando mis piernas entorno a su cintura, lo obligué a entrar en mi interior. Se había quedado sin aliento, pestañeó durante unos segundos antes de tratar de retomar la historia. Comenzó a moverse despacio, las palabras también llegaron lentas, cortadas —siguió... corriendo... —Sonreí descaradamente mientras mi espalda se arqueaba con vida propia. Gemí con fuerza y él me inmovilizó las manos con las que había empezado a arañar su espalda.

Me faltaba el aire, sentía la necesidad de fundirme con él. Me gustaba cómo me sentía al estar a su lado, la mujer en la que me convertía cuando me sonreía o me miraba, pero no era algo real. Era una ilusión que se desvanecería y no quería sufrir, el amor es agradable, pero tras él deja un dolor indescriptible.

Cerré los ojos para no pensar, no quería que nada estropease aquel momento porque la verdad era que, si el río trató de llevarse a aquel hombre probablemente lo consiguió, seguramente la mujer de aquella historia había pasado penando el resto de su vida por unos meses, quizás unos años felices que había compartido con él. ¿Era eso suficiente?

—Más fuerte —pedí con suavidad. Él iba a decir algo cuando tapé sus labios, pero él me retiró la mano con suavidad y, al tiempo que entraba en mi interior, continuó su relato.

—Fue un instante, tan fugaz que casi lo dejó escapar. Un árbol había caído y ella lo usó para llegar hasta él, agarró sus ropas y lo arrastró creyendo que había llegado tarde. —Su ritmo se incrementó. Nos besamos y acariciamos tratando de dejar nuestra marca en la piel del otro. Veía mis dedos, tan claros en comparación... —Ella no podía dejarlo marchar, no estaba preparada para permitir que la muerte los separase. Se colocó a su lado y golpeó su pecho mientras lloraba, clamaba al cielo que se lo devolviera, prometía cuidarlo y no dejar que nada malo le ocurriera de nuevo.

Agarró mis tobillos, deslizando los dedos con lentitud, sonrió de una manera salvaje. Vi una promesa muy oscura formándose en la forma que levantó la ceja. Colocó cada uno de mis pies en sus hombros, me plegué sobre mí misma sintiendo como golpeaba la profundidad de mi ser, llegaba a zonas que jamás habían sido visitadas, haciendo que mis gritos lo acompañasen.

Llegados a ese punto la historia quedó en suspenso. Él ya no fue delicado.

Me movía con fuerza, sus caderas hacían un sonido seco al golpear contra mi piel. Yo lo empujé queriendo cambiar de postura y él por poco sale volando, sonreí antes de verlo saltar sobre mí. Me puse de lado invitándolo y él me acompañó.

Me encantaba sentirlo a mi espalda. Sus jadeos contra mi cuello, roncros, mezclados con el roce de su aliento espeso. Sus dedos se anclaron en mis caderas y yo me tapé la boca con el brazo. No podía controlarme, pero obligué a mi cuerpo a relajarse, dejando que él hiciera todo el trabajo.

No necesitaba verlo para saber lo que estaba sintiendo, podía olerlo, oírlo... era increíble saber que lo estaba llevando hasta un punto de no retorno. Un lugar perfecto donde no importaba nada más que el otro, durante un breve lapso de tiempo éramos dos animales con instintos que necesitaban saciarlos. No nos pusimos nuestras máscaras ni nos vestimos con nuestras tradiciones o creencias, yo no era su ama, él era mucho más que un esclavo que debía cumplir mis órdenes.

Supe que era el final cuando me mordió el hombro. Sus dientes se clavaron en mi piel, lo suficiente para que el dolor se abriera paso entre aquella nube de placer, sin embargo, no era algo desagradable y me dejé llevar. Yo también quería agarrar su pelo y tirar, apretar su cuello, lo justo y necesario, para dejarlo sin aliento mientras se derramaba en mi interior. Eran sensaciones increíbles, un cúmulo inmenso de ondas que nos recorrieron hasta dejarnos laxos el uno en los brazos del otro.

Nuestras respiraciones agitadas tardaron bastante tiempo en normalizarse. Nuestros brazos y piernas formaban un nudo hermoso, mi pelo se desparramaba a mi alrededor y él lo olía con los ojos entornados ronroneando.

—¿Tienes sueño? —Su dedo se coló bajo mis costillas y trató de hacerme reír.

—No mucho. Me siento mejor, pero deberemos hablar seriamente de lo que ha ocurrido en mi ausencia.

—No te habías ido, solo...

—Dormía... lo sé —completé por él. Hacía poco que nos habíamos encontrado, no obstante, comenzaba a conocerme muy bien.

—Nadie cree que seas débil por haber sido herida —dijo él. Realmente lo creía, quizás pensaba que en aquel barco éramos una gran familia, pero los intereses de todos aquellos vikingos eran los botines que podían conseguir a

mi mando, si creían que tenían una oportunidad, una real, no dudarían en desafiarme para ocupar mi lugar.

—¿Qué le ocurrió al protagonista de tu historia? ¿Volvió a la vida por amor? Yo he visto muchas muertes, personas que volvían a abrir los ojos, sin embargo, enseguida los cerraban de nuevo, esta vez para siempre. La muerte no es justa, ni toma elecciones meditadas, la muerte se lleva... —me callé incapaz de continuar.

—La mujer golpeó su pecho, juró odiarlo por haberla abandonado. La culpa la carcomía con tanta rapidez que se le pasó por la cabeza tirarse de nuevo a aquellas aguas, que se habían vuelto oscuras, ansiando reencontrarse con él —respondió Jonoa. Sus ojos rasgados y negros brillaban emocionados, me sorprendió que aquella historia significase tanto—. Cuando te vi herida...

—¿Me odiaste?

—No —negó confuso. Se pasó la mano por la cara y bufó frustrado—. No es eso.

—¿Querías golpearme o lanzarte conmigo por la borda para poder servirme en el Valhalla? Muchas esclavas mueren junto a sus amos para...

—No como tu perro —repuso molesto—. No soy tu esclavo —repitió como si la palabra le quemase la boca.

—Ya te dije que jamás te daré la libertad. —Traté de incorporarme y me retuvo. Apoyó sus labios en mi espalda, no me besó, pero tampoco se apartó.

—Antes de verte correr peligro pude sentirlo. Fue tan intenso, tan aterrador, que no pensé en nada más que en encontrarte. No había otra cosa en este mundo que pudiera importarme que no fuera estar a tu lado. —Algo se estremeció en mi interior. Sabía que lo decía para enternecerme, no era el primer esclavo tratando de ganarse la libertad entrando en el corazón de su amo. Era una lucha entre la razón y mis sentimientos alocados.

—No sé cómo ocurrió —reconocí avergonzada—. De repente estaba muy cansada.

—Tuve que dejarte —dijo contra mi piel. Me besó entre cada palabra—. No quería hacerlo, pero me necesitaban fuera. Una se quedó a tu lado, no dejó que nadie más se acercara a ti. No te abandonó.

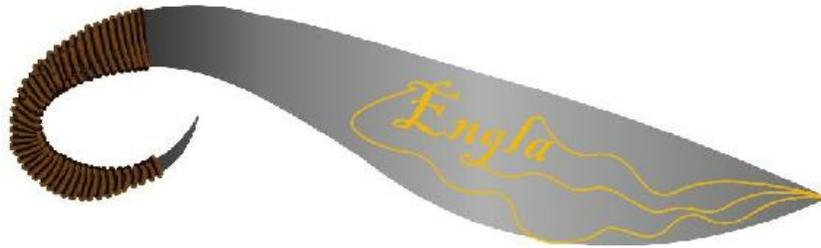
—¿Te necesitaban? ¿A un esclavo? —pregunté con desdén.

—Ayudé en el timón. No tardamos mucho en alejarnos, con la misma velocidad que empezó la tormenta también se calmó, sin embargo, no creí que fuéramos a poder contarlo. Suen nos dirigió y los mantuvo a todos a raya.

Nadie más que nosotros tres te hemos visto estos dos días.

No me gustaba, había algo en aquella historia que no encajaba y tenía pensado averiguar lo que era. Quería creer, confiar, sin embargo, hace mucho tiempo que había aprendido la lección.

# Capítulo 24



## 5 años antes

Me miré el abdomen y vi la venda que mi madre me había puesto llena de sangre. Toqué aquel lino, en otro tiempo blanco, y sentí de nuevo que las lágrimas acudían sin control. Seguí caminando deseando alejarme del que, hasta aquel día, había sido mi hogar, un lugar feliz.

Había amanecido, ¿cuánto tiempo había pasado?

El sol estaba en lo más alto, iluminaba toda la zona dejando al descubierto las manchas de sangre, pequeños charcos aquí y allá, pero yo seguía buscando a los que todavía respirasen. Pasé por encima de cuerpos que habían sido tan maltratados que apenas conseguí reconocerlos. El dolor me golpeaba con tanta intensidad que me temblaban las piernas, pero seguí adelante. Si yo no lo hacía nadie podría.

Entre el humo, que había prendido en ciertas zonas, y los cuerpos me costó ubicarme. Aquella idea me hizo detenerme confusa, di una vuelta sobre mí misma y me sentí pequeña, indefensa, diminuta. Jamás se lo conté a nadie, pero en aquel instante tuve tanto miedo de que volvieran a por mí que me sentí perseguida, acosada. Percibía presencias que no estaban ahí y cada esquina era un peligro potencial.

Entré en la segunda casa de la derecha, creía recordar que allí vivía una madre con sus tres niños. Eran más pequeños que yo y nunca habíamos

tenido una gran amistad, sin embargo, por algún motivo, eran los más indefensos y fue el primer lugar al que me dirigí.

Jamás olvidaré lo que vi, la crueldad que habían tenido que soportar... recé porque se hubieran ido rápido y me prometí que, si algún día yo debía arrebatar una vida inocente, lo haría con rapidez, los dejaría descansar.

Alguien tosió al fondo y caminé lo más rápido que pude. Me arrodillé sintiendo que mi herida se resentía, yo también había perdido mucha sangre, pensé al mirar a la única que seguía con vida. La madre y dos de sus hijos habían muerto apaleados al fondo. Todavía, en la inconsciencia de la muerte, seguía aferrando los cuerpos de sus niños.

—¿Estás bien? —le pregunté a aquella niña. Apenas podía reconocer su rostro, sus ojos estaban hinchados, sus labios rotos y no conseguí adivinar el color de su pelo. Acaricié su mejilla con cuidado, pero su quejido me hizo detener mi mano, dejándola paralizada en el aire. No sabía qué podía hacer, había sido golpeada tan duramente y su vestido estaba desgarrado... ¿qué era más humano para ella? Si sobrevivía las heridas de su alma serían profundas, pero yo no me sentía con fuerzas para tomar una decisión, si es que todavía tenía posibilidades.

—Me duele... —gimoteó sin apenas voz, su aliento era débil y mis ojos recorrieron su cuerpo analizando los daños —¿Dónde está mamá? —me preguntó tratando de incorporarse. Temblé incapaz de contestar, no encontraba las palabras para darle la noticia, no fui capaz. Bajé la cabeza y sonreí sin ganas, quería hacerla sentir mejor, pero era imposible. No sabía lo que habían pasado, pero no hacía falta ser muy inteligente.

—¿Quieres beber algo?

—Quiero ver a mamá —repitió con tozudez—. ¡¡Mamá!! —su grito resonó por el lugar, durante un segundo mi corazón se detuvo deseando que alguien respondiera, que aquella mujer abriera los ojos, que todos lo hicieran y pudiera recuperar la familia feliz que siempre habían sido. ¿Cómo un hombre podía hacer esto? ¿Acaso no tenía una familia propia? ¿Hijos? ¿Madre?

—Ella se ha ido.

—A las nubes, a bailar con las estrellas —completó ella por mí. La inocencia que mostraba, su hermosa forma de ver las cosas a pesar de lo que había tenido que vivir me hizo girar la cara para que no viera mi rostro.

En aquel momento su cuerpo empezó a convulsionar, por su boca salía un

hilillo de sangre y yo me preocupé. Tenía que hacer algo, pero jamás había prestado atención a las lecciones que había tratado de darme mi madre, nunca creí que fuera a necesitarlas. Ella siempre estaría conmigo...

Coloqué mi oreja en su pecho y después descubrí las heridas. No parecían grave, pero cada vez respiraba peor. Me temblaban las manos y supe que no conseguiría detener lo inevitable.

—¿Deseas reunirte con ella? —inquirí acunando su cabeza sobre mi regazo. Sentía mis ojos húmedos y la ira creciendo en mi interior.

—¿Con mamá? —Asentí incapaz de hablar mientras sorbía los mocos. Mi rostro era una amalgama de tonos, sangre, lágrimas, sudor... Parecían las rayas de guerra de un animal, mientras ella asentía deseé tener mi espada y poder volver al pasado.

—Ahora voy a ayudarte a dormir. No quiero que sientas miedo, cierra los ojos y piensa en tu mamá. Recuerda sus canciones... —Sin previo aviso coloqué mis manos sobre su boca, cerré su nariz. Grité al tiempo que ella luchaba, me sorprendí al descubrir que todavía podía moverse de aquella manera—. Tu madre te espera con los brazos abiertos. Corre hacia ella, te espera...

Aquel día perecí muchas veces. Recorrí el poblado descubriendo muchos cuerpos sin vida y una superviviente. Una mujer que curó sus propias heridas, besó las frentes de sus hijos, los enterró y se marchó pidiéndome que jamás la buscara. No pregunté sus motivos, no necesitaba decírmelos para comprender que estaba huyendo. Cada vez que nos mirase los vería a ellos, éramos recuerdos vivientes de lo que había perdido.

Pasó el tiempo y mi padre volvió. Corrió hacia mí, me abrazó y enterramos a nuestra gente. Prometió venganza, estaba furioso, pero yo no quería escuchar sus palabras. Caminé rumbo a mi lugar secreto, buscaba consuelo y sentirme más cerca de ella.

Sansón se acercó despacio y se colocó a mi lado. No dijo nada y yo tampoco tenía fuerzas.

Cuando me abrazó sentí consuelo y lloré. Dejé que las lágrimas lamieran mis mejillas porque confiaba en él, bajé la guardia porque creía conocerlo y me equivoqué, como muchas veces antes.

Él no quería conformarse con un abrazo, ni siquiera con la respuesta insegura por mi parte a su beso, él lo quería todo, pero yo no podía hacerlo en aquel momento. No se trataba de que no lo deseara, quizás en otro

momento... pero sus caricias se volvieron más bruscas mientras yo trataba de apartarlo de mí y finalmente me empujó sobre la hierba para, a continuación, lanzarse como un oso sobre su presa.

Yo no daba crédito a lo que estaba pasando, no parecía el mismo muchacho que había visto días antes. Todo mi mundo había dado la vuelta y supe que solo podría contar conmigo misma, los demás eran seres traicioneros que tenían intenciones ocultas. ¿Cuántas veces había hablado con Sansón? ¿Cuántas confidencias habíamos compartido? Pero allí estaba, tratando de desgarrar mi ropa y gruñendo como si no le importasen mis lágrimas.

Entre mis prendas estaba el cuchillo. No recordaba por qué lo había cogido, pero sentirlo tan cerca de mi piel me reconfortaba, era como un ancla que me mantenía unida a mi madre. Casi podía escucharla diciéndome lo que debía hacer...

—¡Suéltame! —grité golpeándolo y haciendo que se alejase unos pasos. La furia se dibujaba en su gesto, se limpió la sangre con la manga y me miró con asco.

—Puedes tirarte a los hombres que matan a tu madre, pero no puedes dejar que te meta la polla un rato. —El mundo entero tembló bajo mis pies. No había dicho eso, no podía haber dicho eso...

—Yo jamás...

—¿Te han dejado viva por tu cara bonita? Eres una furcia como el resto de mujeres de la otra aldea, aunque ellas eran mucho más sumisas que tú —me espetó con asco. Me miró de arriba abajo y sonrió—. ¿Tengo que atarte? ¿Acaso no la tengo lo suficientemente grande para ti? —preguntó mientras se bajaba los pantalones.

—Yo jamás... —repetí sin ser capaz de procesarlo todo.

—No sé qué vi en ti para creer que podrías ser madre de mis hijos. Eres débil —finalizó él acercándose a mí.

—Te mataré antes de que me toques —siseé yo. Lo odiaba, era algo superior a mí. Aquella emoción me poseyó. No lo pensé, fue todo muy rápido. Se echó sobre mí y mi mano apretó el mango del cuchillo.

—Voy a follarte para que sepas que la tengo mucho más... —No lo dejé terminar. No quería que lo hiciera. La hoja de aquel cuchillo se internó en la tierna carne de su cuello, pero no me detuve ahí. Sentía que debía sufrir y sonreí sabiendo que, en aquel mismo lugar, acababa de perder mi humanidad.

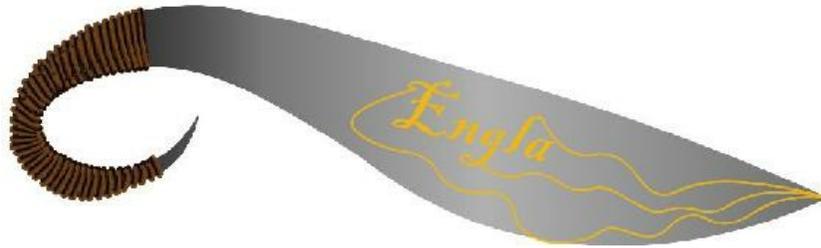
—Es cierto que no me conoces —aseguré antes de rematar mi faena, mientras Sansón se ahogaba en su propia sangre.

Me acerqué a su rabito, apenas era visible ya. Miré mi mano, el cuchillo y sonreí.

—No... —Fue lo único que entendí.

Y le cercené aquel trocito diminuto de carne, ¿cómo aquella cosita podía provocar tanto sufrimiento?

## Capítulo 25



No llegué a conocer el final de la historia que Jonoa quería contarme. Él buscaba mi contacto, mis besos, algo que no quería ni podía darle y bajé a la bodega.

Casi había anochecido y me dije que vería las estrellas. Mi madre decía que puedes saber cuál es tu lugar en el mundo si les preguntabas a ellas, pero a mí nunca me han contestado.

—Une, reúne a todas las chicas que ayudaron en la noche de la tormenta y subid a cubierta. —Y volví de nuevo al exterior.

El bamboleo invita a relajarse. Es sencillo olvidar el motivo que te ha llevado a la mar, en medio de aquella masa inmensa de agua, cuando no puedes ver tierra en el horizonte es muy sencillo olvidar el porqué.

Traté de ocupar mi mente con cualquier otra cosa que no fuera Jonoa. Él tenía algo especial, algo que no había visto antes. Cuando estaba a su lado lo que era oscuro se vestía de mil colores, mi cuerpo revivía cuando me tocaba, algo en mi interior se removía cada vez que se acercaba.

Era la primera vez que el toque de un hombre no tenía ese regustillo repugnante. Con los otros tenía que contener las ganas de apartarlos, cerrar los ojos y concentrarme en las sensaciones agradables.

Cuando las esclavas llegaron mis ojos estaban fijos en Jonoa que, bajo las órdenes de Suen, aprendía a hacer una serie de nudos. Por algún motivo Suen lo respetaba y hablaba con él como un igual, algo que no había pasado desapercibido para el resto de los vikingos. Eran una masa viva y, sin que nadie dijera nada al respecto, todos dejaron a Jonoa en paz.

—No quería molestar... —susurró Une cuando me estremecí al sentir su

mano en mi hombro.

—No, tranquila —contesté con una sonrisa tensa—. ¿Están todas? —pregunté sin ganas para mirar sus rostros, para memorizar sus nombres.

—Sí. Han venido todas, aunque nos esperan para ayudar a servir la cena. —Miré a Une con una sonrisa y me encogí de hombros.

—Que pasen un poco de hambre, no les hará daño —repliqué mientras señalaba un montoncito de armas que había colocado al fondo—. Acercaros allí y escoged la vuestra.

—¿La nuestra? —preguntó una rubia de curvas voluptuosas.

—Todas elegiréis un arma, os acompañará allá a donde vayáis y aprenderéis a defenderos, a atacar —expliqué caminando entre ellas. Noté el nerviosismo, pero también la emoción. Eran como niñas y eso me hizo sonreír. Ya no recordaba la última vez que me sentí así sin que Jonoa estuviera presente. Él era mi juguete, solo que tenía la impresión de que era él quién movía los hilos.

—Los vikingos no... —objetó una chica menuda de cabellos castaños.

—¿Te llamas?

—Goi. —Las demás sonrieron abiertamente y se acercaron un poco más a mí. Me sentí especial entre ellas, me miraban con admiración y confianza.

—Yo soy Asdis —añadió la rubia de curvas despampanantes que había hablado antes.

—Yo Bera —dijo una pelirroja algo regordeta, pero con la cara llena de pecas y los ojos verdes más hermosos que había visto nunca.

—Y yo Ingunn —susurró una muchacha de no más de dieciséis años, rubia, que terminó de completar la presentación.

—Dicen que nuestras madres nos dan un nombre cuando nacemos dependiendo de lo que ven en nosotros o de aquello que les gustaría que consigamos en la vida —comenté de pasada provocando expresiones tristes y suspiros melancólicos—. Hoy os daré una nueva misión. Os dejaré reconducir vuestros caminos y os convertiréis en parte de mi tripulación.

—Somos esclavas, ¿nos darás la libertad? —preguntó emocionada Goi.

—¿Os quedaríais a mi lado si lo hiciera? —¿De verdad me lo estaba planteando? Ellas se removieron, pero todas acabaron asintiendo antes o después. Sospeché que lo hicieron porque creían que era lo que yo deseaba oír—. Lamento decirlo que seguiréis siendo mis esclavas, aunque quizás ese término ya no os defina. —Se miraron entre ellas confusas.

—No logro comprender... —comentó Une.

—Seréis mías, pero podréis defenderos, nadie os tocará si no lo deseáis y lucharéis a mi lado. Tendréis voz y derechos. —Estaban tan hermosas cuando sonreían... dos de ellas comenzaron a dar saltitos y, la que según creía recordar se llamaba Asdis, saltó a brazos de Une—. ¿Aceptáis?

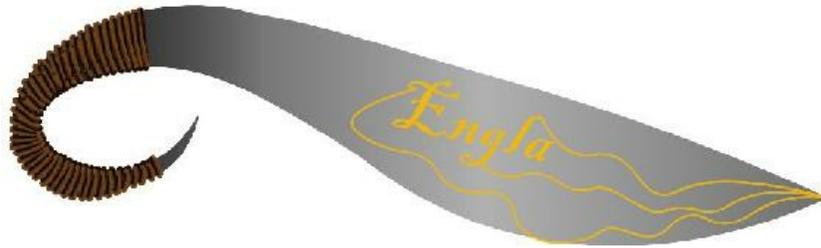
—Será como ser libre, pero permaneciendo a tu lado. Tú nos protegerás —sentenció Bera con orgullo, como si el hecho de ser mías fuera algo bueno, no logré entenderlo del todo.

Después de aquello todo ocurrió rápido. Ellas sopesaron cada espada, maza, cuchillo... todo pasó por sus manos y lo comentaron como si estuvieran eligiendo un colgante o un par de pulseras. Tocaron los filos y revisaron las inscripciones de las hojas, al final creo que fueron las palabras que había grabadas en aquellas armas las que las hicieron que tomaran una decisión.

A partir de ahí fue como volver a ser niña. Realizar ejercicios básicos, enseñarles a coger sus nuevos compañeros de viaje y repetir, una y otra vez, los mismos movimientos hasta que no pudieran moverse. El cansancio llegaría en combate, pero no era motivo para detenerse. Solo cuando el cuerpo no es capaz de continuar las dejaba retirarse.

Los hombres comenzaron a reunirse a nuestro alrededor para verlas entrenar. Los comentarios obscenos las hacían sentir incómodas, pero yo no dije nada. Quizás sentía que la situación podía ser tensa, estaba cambiando demasiado las cosas, aunque en mi interior deseaba que la tranquilidad llegase sola.

## Capítulo 26



El suceder de los días nos acercaba a nuestro destino. Era un viaje largo, pero teníamos mucho trabajo por delante. Quería que aquellas jóvenes estuvieran preparadas, también deseaba estarlo yo.

En aquel momento el sol estaba en lo alto, quemaba nuestras pieles y la ropa que llevábamos era más bien escasa. Aquellas mujeres aprendían con rapidez y de pronto los vikingos ya no se reían, habían empezado a unirse al entrenamiento y las retaban.

Me sorprendí al ver cómo, a pesar de la superioridad que demostraban los vikingos, ninguno aprovechó la situación para golpearlas o intimidarlas. Remataban el entrenamiento golpeándose el pecho en señal de respeto.

Sin embargo, no era nada de eso lo que me tenía inquieta, no era por eso por lo que tenía ganas de sacar el látigo y dejar la espalda de Jonoa en carne viva.

Él era mío, incluso aunque claramente deseara a otra. Me comí la rabia despacio, muy despacio, al ver que Jonoa cogía las manos de Une y le enseñaba a realizar una lazada básica. Ella sonreía y le contó algo al oído. No pude más, no pensé con la cabeza. Cuando se abrazaron caminé hacia ellos. En mi mano ya iba uno de mis cuchillos y en mi cabeza solo podía ver las inmensas manos de Jonoa en la piel oscura de Une.

—No lo hagas. —Suen me interceptó, pero yo lo esquivé y seguí caminando.

—¿Nunca lo has hecho? —Esa era la, inocente, pregunta que mí, cariñoso esclavo le había formulado. Me mordí la boca y coloqué la mano sobre su hombro.

—¿Ocupados? —inquirí yo apretando ligeramente mi agarre.

—Un poco, también estábamos recordando —respondió Jonoa con una sonrisa de canalla y girándose hacia mí. Me miró desafiándome, no sabía lo que pretendía, pero no iba a darle el gusto.

—¿Puedo unirme? —No era una pregunta real, yo ya me estaba sentado junto a Une. Ella era dulce, sincera, no había engaño alguno escondido en sus acciones, sin embargo, la odié, solo un poco, por ser tan hermosa y tener tanto en común con Jonoa. Ella lo atraía sin tener que condicionar sus movimientos, sin ser dueña de su ser.

—Estábamos soñando con cuando desembarquemos, lo que deseábamos hacer al volver a las montañas que nos dieron la vida. Queríamos...

—¿Sabes lo mejor? —preguntó Jonoa cortando a Une —Bailar. Las mujeres y los hombres se dejan llevar por el sugerente ritmo de los tambores, un sonido que difumina la realidad y nos lleva a cumplir nuestros deseos más prohibidos.

—Sí, creo que bailar se te daría mucho mejor que luchar —comenté de pasada.

—Cierto, prefiero bailar. Es como follar con una mujer. Dejar que la música marque el ritmo mientras el cuerpo se estremece de placer. Sentir el calor llenándote por dentro y tentándote. —La idea de él bailando, sin ropa...

—El fuego se refleja en nuestras pieles, las mujeres dejan que sus cabellos dancen libres y los hombres buscan...

—Ya puedo imaginar lo que tratan de conseguir —concluí yo por él. Ambos nos olvidamos de Une, él me miraba directamente a mí, hablaba para mí—. ¿Y cómo puedes recordarlo cuando te atraparon siendo un niño? ¿Te gustaba mirar?

Se levantó y tiró de mi mano. Dejé que me arrastrara y sus manos se posaron en mis caderas.

—Estáis acostumbrados a luchar, pero no conocéis el poder de vuestro cuerpo. No sabéis domar vuestro espíritu ni darle lo que necesita —gruñó contra mi oreja.

—¿Y qué es lo que necesita el mío?

—A mí —respondió echándose a reír. Miré a nuestro alrededor, pero nadie nos miraba. Quizás no éramos tan interesantes, tampoco era algo raro que un esclavo fuera cariñoso con su dueño en público. Ellos existían para cumplir nuestros caprichos, al menos esos pensaban los vikingos.

—Me quedas pequeño —repuse yo. Él me apresó en un abrazo y comenzó a mecerse conmigo. Su cadera estaba pegada a mí y podía notar cómo crecía con rapidez.

—Poco a poco... —susurró. Sus manos ascendieron hasta posarse en mi cintura —Despacio, tienes que sentirlo todo, dejar que el cuerpo despierte...

—Si sigues tendré que azotarte. No te he dado permiso para que me toques —comenté empujándolo.

—Si solo lo hiciera como tú quieres no disfrutarías tanto. —Volvió a acercarse—. ¿Crees que no sé lo que es tener a una mujer? No eres la primera que no puede vivir sin mis atenciones. Mi polla es muy popular entre las tuyas.

—¿Las mías?

—Guerreras, mujeres que creen tener el poder, pero necesitan que las atenden y les demuestren que también son pequeñas, delicadas —explicó él.

—¿Me ves pequeña y delicada?

—Sí —respondió orgulloso.

—Mala respuesta —dije enlazando mis dedos con los suyos. Lo guie hasta nuestro camarote y cerré la puerta—. Quítate la ropa. —Mi tono fue dulce, las palabras salieron como una caricia mientras me sentaba sobre el colchón.

—¿Despacio o tienes prisa? —preguntó juguetón.

—Tú decides, después te pones de rodillas, ¿lo harás por mí? —susurré mientras me mordía el índice y me soltaba la trenza que, hasta entonces, mantenía preso mi pelo. A él le encantaba.

No tardó mucho tiempo, pero yo me hice de rogar. De detrás del catre saque un pequeño trozo de madera con dos cintas de cuero en la punta. Generalmente se usaban con ganchos de hierro para golpear a los esclavos que no eran sumisos, pero aquel era espacial.

—¿Vas a darme latigazos? —No parecía asustado, lo estaría.

—Siéntate a mi lado. —Iba a incorporarse cuando yo fui más rápida y coloqué el pie sobre su hombro impidiéndoselo—. No, no, no... no puedes levantarte. Quiero que vengas hacia mí como el perro que eres.

—Yo no...

—Creo que es el momento de que aprendas a quién le perteneces. No solo tengo tu cuerpo, yo lo quiero TO-DO —dije remarcando la última palabra. Sus ojos negros brillaban amenazadores, los músculos de sus brazos

temblaron y le vi cerrar las manos en dos puños inmensos—. ¡Hazlo! — agregué golpeando su hombro.

Vi su lucha interna y volví al catre para disfrutar del espectáculo. Se negaba a claudicar cuando probablemente había tenido que hacer cosas mucho peores por Jensen. Sonreí con arrogancia al ver como se ponía a cuatro patas, incluso en aquella postura se veía inmenso y salvaje. Me sorprendí al descubrir que lo deseaba en cualquier situación.

Sus ojos ascendieron y se concentraron en los míos, tantos que casi no me di cuenta cuando llegó hasta mí. De pronto su rostro estaba casi pegado al mío y me miraba orgulloso, creo que me había olvidado respirar.

—¿Qué más debo hacer?

—Siéntate a mi lado —contesté dejándole espacio, él lo ocupaba todo. Su peso hizo que mi cuerpo se acercara al suyo y él sonrió. Sus manos se elevaron para posarse en mis hombros.

—Me gustaría besarte —confesó en un grave susurro.

—¿Sabes por qué estamos aquí? —Vi la duda en el fondo—. Me niego a permitirte que juegues conmigo, tus acciones repercuten en los demás. ¿Sabes cómo he llegado a la cima? Degollé a mi propio padre, creo que esto será mucho más sencillo.

—No me harías daño.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Él se removió inquieto.

—Porque yo tampoco te haría daño. —Sus palabras me hicieron apretar el mango de mi pequeño juguete. —Puedo ver en tus ojos que soy algo más que un muñeco que...

—¿Y qué eres?

—Soy... —Y se quedó en silencio—. Soy...

Golpeé su rostro con suavidad y él me miró. Volví a golpearlo, pero esta vez su pecho. No dijo nada, no emitió sonido alguno mientras seguía descargando mi frustración en pequeños latigazos.

—No puedes mirarme a los ojos fuera de estas paredes, tampoco tocarme, hablarme, besarme... si yo no te lo ordeno. —Él no repuso nada y yo seguí golpeándolo. Su piel se volvió roja, no eran golpes destinados a provocar dolor físico sino vergüenza, pero ambos éramos conscientes de que no estaba funcionando.

—¿Crees que puedo evitarlo? ¿Crees que puedo tenerte cerca y no tocarte? Eres la mujer más cabezota que conozco, pero me gustas.

—No me obligues a volver a ponerte las cadenas.

—No parece molestarte que las otras esclavas tengan más libertad, ¿por qué conmigo es diferente?

—¿Por qué estás tan unido a Une? —pregunté de pronto, a bocajarro. Lancé mi juguetito lejos y lo empujé con fuerza. Me coloqué a horcajadas sobre él y aferré su cuello con mis manos, apreté un poco, sin embargo, no quería dañarlo, no podía hacerlo —¡Habla!

—¿Qué es lo que me estás preguntando realmente? ¿Quieres saber si me la he follado como a ti? ¿Es eso? —Giré el rostro confusa, avergonzada. Él no significaba nada, no me importaba, aunque necesitaba saberlo.

—¿Qué es lo que hay entre ambos? —No iba a dejarlo pasar. Seguí con mi interrogatorio sin pensar en que él estaba desnudo, yo seguía furiosa.

—Hay mucho entre los dos. Ella me sostuvo cuando yo no tenía a nadie, cuando era golpeado día y noche, ella es mucho más que una hermana para mí, es mi familia. —¿Familia? Aquella palabra demostraba que la apreciaba, que la quería, pero me tranquilizó—. El día que desembarcamos en la aldea de Jensen él me ató a un enorme árbol, yo tiritaba a causa del frío y lloraba sin control. Jensen disfrutaba de mi dolor y me golpeó durante horas, durante tanto tiempo que el sol acabó ocultándose incapaz de presenciarlo.

—¿Qué tiene que ver con Une?

—En aquella incursión por tierras doradas, como ellos las llamaban, no atacaron solo a mi familia, también la cogieron a ella. Lloraba, era diminuta y temblaba apretada contra otra mujer. No se separaban ni un segundo.

—¿Te protegieron?

—¿Sunka? Ella no quería ni que la mirase, temía que pagasen con ellas el profundo odio que Jensen me profesaba. Sunka ya no sabe lo que es pelear. —Me incliné ligeramente sobre su pecho y sonreí. No me gustaba verlo tan serio, observar como todo el calor, la alegría, desaparecía de sus rasgos.

—¿Es la anciana que vino con vosotros? ¿Te dañó? —Él me miró, se calló y volvió a mirarme.

—Sobrevivió, como hicimos todos. Nadie se merece convertirse en el perro de otros, ¿tanto te preocupa lo que me hizo cuando tú misma exiges que no te mire o toque sin permiso? ¿Cuál es la diferencia que habría entre las dos?

Me levanté y recogí sus ropas. Se las lancé y me alejé con la mente embotada, sin ser capaz de pensar con claridad.

—¿Ha ido como esperabas? —preguntó Suen apareciendo a mi espalda. Para ser tan inmenso se movía de manera silenciosa.

—Se lo merecía.

—¿Entonces por qué has salido corriendo de ahí? Parece que hubieras visto a una aparición. —¿Era eso lo que había hecho? Me sentía mal, pero solo había hecho aquello que sabía. No los había dañado, los había protegido, pero la libertad... Si hacía eso...

—Es mi vida la que está en peligro. Yo no puedo... no consigo dejar...

—Podrías mantener a los vikingos a raya si realmente deseases dejarlo libre.

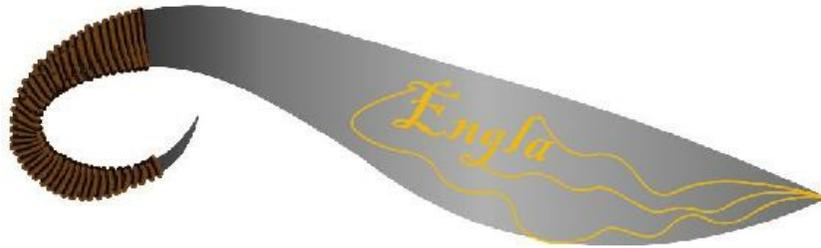
—¿Y si no vuelve? —Fueron mis miedos los que soltaron mi lengua, pero una vez lo dejé salir me quedé esperando una respuesta. Necesitaba que me dijera que lo haría, que había algo más fuerte entre ambos que el miedo.

—Seguirás en pie. Es eso lo que has hecho siempre.

—Sí, pero estoy agotada —reconocí mirando las estrellas que ahora brillaban con intensidad.

Eran puntitos luminosos, seres que bailaban y siempre estaban ahí, si sabías buscarlas las encontrarías. Entre todas ellas siempre había una que brillaba más que el resto, que demandaba atención sobre todas las demás. Porque no podía estar más sola, pensé confundida.

## Capítulo 27



Los días se convirtieron en semanas. La calma regresó y me concentré en los entrenamientos de mis guerreras. Entre nosotras se estableció un vínculo, algo demasiado cercano a la amistad, a la confianza.

Venían a buscarme y comenzaron a gastarme bromas. Al principio me incomodaba, no estaba acostumbrada, pero aguanté porque no quería decepcionar a Jonoa, que siempre estaba cerca, pero jamás a mi lado. Nos mirábamos, nos rozábamos, pero solo cuando estábamos a solas nos dejábamos llevar.

Con el paso de las semanas llegué a arrepentirme de habérselo pedido, sin embargo, no podía echarme atrás. Yo me mantuve en mi lugar y él en el suyo, marcó una distancia que me desgastaba, cuanto más felices parecían los demás más se apagaba él.

Aquel era el último día. Ya habíamos avistado la costa y no tardaríamos en desembarcar. Los ánimos estaban enfebrecidos y habían bebido, compartiendo con las mujeres, entre carcajadas y bromas. Solo Jonoa se había apartado y se había retirado sin hacer ruido. Le seguí porque me dolía, aunque quizás se debiera a que no dejaba de tener pesadillas en las que él era el protagonista y se escapaba de mi lado, mientras lo único que yo podía hacer era observarlo partir.

—Pensé que tenías ganas de volver —dije desde la puerta. Él se giró y asintió—. ¿Entonces qué es lo que ocurre? No me mientas, lo sabría.

—¿Tú lobo? —Últimamente se había vuelto cada vez más insistente con lo de nuestros lobos, pero yo no quería escucharlo.

—Algo en mi interior —concedí antes de entrar y cerrar a mi espalda—.

¿Qué es lo que temes?

—Ellos son pueblos orgullosos, guerreros, de buen corazón. Soy una vergüenza para mi gente y he traído a los enemigos a sus hogares. ¿Cómo crees que seré recibido? —No pude contestar porque no tenía ni idea, lo desconocido tiende a asustarnos, aunque la mayoría de las veces no haya motivos reales no importa, nuestra mente es más poderosa.

—¿Y tú no lo eres? Te han enseñado a pelear y no llevas cadenas. Nadie dirá nada.

—Pero yo lo sabré. —Me encogí de hombros y me acerqué despacio. Lo abracé y apoyé la mejilla en su pecho, sin que él se moviera ni un ápice.

Como siempre que salía aquel tema los últimos días lo acalle con sexo, pero no pudimos terminar. Aún seguíamos vestidos cuando un grito me llevó a recoger las armas y salir al exterior.

—Nos hemos acercado con rapidez, el viento es fuerte en esta zona. Podemos desembarcar en menos de una hora —comentó Suen.

Miré la vela verde esmeralda y mis ojos volvieron a la playa que veía frente a mí. Los árboles se alzaban, inmensos, tras ella. El aire era caliente, no hacía falta ir abrigado y sentaba bien llevar solo un ligero vestido y los pantalones. Lo demás quedó atrás, pensé ante la idea de no volver a cargar con aquella gruesa capa de pieles.

—Es hora de hacernos oír —grité a mis vikingos—. Pero no venimos a conquistarlos, vamos a buscar nuestro lugar.

—¡Nosotros somos guerreros! —gritó uno.

—Y esta tierra nos dará grandes tesoros, pero no empezaré una guerra sin conocer a nuestro enemigo. —Por algún motivo no quería enemistarme con el pueblo de Jonoa y tampoco irme con las manos vacías.

Nos organizamos con rapidez y desembarcamos. Durante varias horas caminamos internándonos en aquel lugar, siempre con las espadas cerca cuando un palo de madera con la punta de hierro pasó rozando la cabeza de Une. Los gritos nos rodearon y yo me detuve. Tardé varios minutos en empezar a ver docenas de hombres, con el rostro oscuros como el de mi esclavo, aparecer entre los árboles.

—¿Y ahora que harás? —Suen se había acercado a mí y me hablaba entre susurros. Mis hombres miraban a nuestros enemigos con caras serías, apretando los mangos de sus armas y listos para embestir y bañar aquella tierra con sangre.

—Hablar. —Incluso a mí me sorprendí. Señalé a Jonoa y él se acercó—. ¿Sigues recordando su idioma?

—Sí, sigo recordando mi idioma —contestó corrigiéndome. Yo lo dejé correr, no era el momento y tampoco quería agrandar el pequeño abismo que se había colado entre ambos. Yo misma lo había mantenido lejos y ahora no sabía cómo volver a él.

—Entonces grita, hazte oír —solté yo—. Diles que no queremos guerra, solo queremos un hogar.

—Pero has venido a luchar, quieres robarles lo que hayan construido —repuso él mientras yo me fijaba en las plumas que, aquellos guerreros, llevaban trenzadas en sus cabelleras negras. Sus rostros estaban decorados con líneas de diferentes colores, formando amenazadoras sobras y deformándolos a los ojos de los demás.

—Hoy es un buen día para cambiar —repuse gritando lo suficiente para que todos pudieran escucharme. Mis cinco guerreras se acercaron y me rodearon en postura defensiva. Me sorprendió porque no había dado la orden, pero mi pecho se hinchó de orgullo—. Prefiero tratar de convivir en paz —confesé sin más—, pero no tendré reparo en acabar con aquel que desafíe mi autoridad. —Hubo varios gruñidos, sin embargo, nadie levantó su espada contra mí.

Jonoa miró a aquellos hombres, se pasó la mano por el pelo que, aunque ya había crecido bastante era considerable más corto que el de sus congéneres. Supe que estaba siendo duro para él y quise confortarlo. Entrelacé mis dedos con los suyos y sonreí, él me miró a los ojos, como si tratase de averiguar mis verdaderas intenciones.

Alzó el rostro y gritó con fuerza. Yo no fui capaz de comprender muy bien sus palabras, pero a los pocos minutos un hombre corpulento, de cabello negro y largo, se acercó a caballo. En sus manos llevaba un hacha pequeña, pero no era eso lo que llamó mi atención sino un arco, al menos Une me dijo que se llamaba así.

—Exigen hablar con el que esté al mando —susurró Jonoa a mi oído—. ¿Vamos?

Miré a Une y ella se acercó.

—Quiero que estéis a mi lado. Jonoa hablará y tú me defenderás, ¿te sientes preparada? —Ella asintió con orgullo y coloqué mi mano en su hombro—. No pierdas el control, no te pongas nerviosa. Estamos juntas y yo

también te protegeré a ti, a los dos —me corregí con rapidez y miré al frente con orgullo.

Caminamos despacio, mi mano derecha apoyada en la empuñadura de mi espada, pero era la otra, esa que no se veía, la que podía darles problemas.

El otro hombre habló primero y Jonoa asintió. Eran parecidos, pero al observarlo de cerca comprendí que le faltaba algo. Había creído que cuando conociera a su pueblo descubriría que Jonoa no era especial, dejaría de sentir pavor ante la posibilidad de perderlo... pero al verlo allí de pie, con el rostro alzado y con los ojos brillantes me sentí orgullosa de él.

—Dice que los rostros blancos siempre roban a sus mujeres y matan sus pueblos. No comprende cómo podemos estar con vosotros. —Sus palabras fueron acompañadas de vergüenza, aunque nunca tuvo elección.

—Diles que os hicieron esclavos —repuse yo.

—Si les digo eso os atacarán —respondió él negándose con la cabeza—. No te... os pondré en peligro.

—No fuimos nosotros, nosotros venimos a devolveros a vuestra tierra —expliqué sintiendo que las cosas se me iban de las manos. No quería perderlos, pero al verlo allí sentí en mi interior que le estaba haciendo daño. Verlo en aquel lugar tan feliz, lleno de vida, con hombres como él, personas que podían comprenderle y contarle quién era realmente... ¿Qué podía ofrecerle yo?

Los vi hablar con la firme creencia de que era lo mejor. No podía seguir atándolo a mi lado, tampoco era bueno para mí. Con Une era todo mucho más sencillo, pero con él... a Jonoa no podía tenerlo a medias, no podía permitirme la duda de saber si cuando nos acostábamos juntos, lo hacía porque me deseaba. Quizás me eligiera a mí, aunque al ver la tímida sonrisa que le devolvió al otro guerrero sentí que no eran más que absurdas esperanzas. Tantos meses a su lado me habían hecho sentir y descubrir eso fue duro. ¿Me había hecho cambiar?

—Dice que os agradece que devolváis a los hijos de esta tierra. Que os invitan a acompañarlos en la celebración y os enseñarán un lugar en el que podréis asentaros en paz —tradujo él—. También quiere que Une y yo nos unamos a ellos —me explicó con voz temblorosa.

—¿Sigues deseándolo?

—Quiero ser libre —comentó sin más. Se miró las manos y vio mi brazalete, sabía lo que pensaba, aquella seguía siendo su cadena.

—¿Y tú Une? —Me giré hacia ella, consciente de que todos los estaban mirando. No me sentía preparada para tomar aquella decisión, estaba demasiado agotada para llevar sobre mis hombros tantas vidas.

—Yo soy tu guerrera, aunque tenga la libertad seguiré a tu lado. —Me acerqué a ella y apoyé mi frente en la suya. Cerré los ojos y sonreí.

—Como hermanas —susurré por primera vez en mi vida. Aquella era una promesa que le había visto hacer una vez a mi madre, cuando su mejor amiga había perecido tras el parto. En aquel momento no llegué a comprender del todo qué había querido decir, pues no eran hermanas, sin embargo, al lado de Une, tras compartir tantas tardes y ver su confianza en mí, supe que había lazos mucho más fuertes que la sangre.

—Como hermanas —repitió ella.

—Dame el brazalete, ha de volver a su lugar —pedí a media voz girándome hacia Jonoa, no quería que nadie más nos oyese. Extendí la mano izquierda, pero él no se movió—. Creí que deseabas ser libre.

Lo vi tocar los dibujos, sus dedos recorrieron el oso y la mujer que allí se veía y yo sentí que era a mí a quién estaba acariciando. Deseé que no lo hiciera, que lo dejara allí, sin embargo, se lo quitó y lo colocó sobre mis dedos.

—Esto no significa que... —No lo dejé continuar. No quería excusas, había aprendido hace mucho tiempo que son los actos los que de verdad importan. Había tratado de retenerlo a mi lado, pero no había funcionado.

—Lo significa todo —repuse cansada.

Y siguieron hablando entre los hombres, pensé con decepción. Sabía que era un pensamiento estúpido, quería confiar en Jonoa, sin embargo, al observarlo conversando con aquel otro ser de aspecto amenazante comprendí que había demasiado que desconocíamos el uno del otro.

De pronto el jinete se alejó y yo me di la vuelta. No podía mirar a Jonoa, el brazalete me quemaba la piel. Él trató de decirme algo, sentí su mano inmensa en mi hombro y deseé que aún estuviéramos a bordo del snekke.

—Nos esperan en su aldea. Van a dejar a un hombre para que nos guíe. —Lo oí decir. Une se colocó en su camino y Asdis afianzó su posición a mi lado. Las antiguas esclavas se movían con confianza, me protegían como una masa viva y siempre estaban cerca. Las miré agradeciéndoselo en silencio, incapaz de decir nada.

—¿Estás bien? —me preguntó Asdis al ver mi semblante serio.

No pude contestarle, en seguida reanudamos el trayecto. Discurrimos por parajes hermosos, vimos todo tipo de animales y mis hombres bromearon con una partida de caza junto a Asdis, Bera, Unem, Goi e Ingunn. El resto de esclavas volvieron al barco, escoltadas por cinco vikingos que estaban más que dispuestos a protegerlas.

Me detuve de pronto y me volví hacia mis vikingos. Necesitaba hablarles.

—Queréis sangre y yo he prometido paz. —Muchos asintieron y otros golpearon sus pechos—. Pero hay muchos tipos de batallas. Sois hombres fuertes en una tierra desconocida. Aquí habrá animales que cazar, mujeres hermosas a las que desposar y suelo fértil para criar a una familia. —Hubo cierto revuelo ante lo que les contaba.

—Nosotros somos guerreros, ¿qué puede haber de honorable en...?

—¿En cuidar a los que amas? ¿Crear lazos? No sé si me quedaré aquí, probablemente vuelva a pelear y hundir mi espada en el pecho de alguien, pero lo haré por motivos que considere justos. Crearé un pueblo fuerte, unido, y me gustaría que permanecierais a mi lado. —Esperé a que mis palabras penetrasen en sus duras molleras y continué—. No sé las verdaderas intenciones de nuestros anfitriones, no voy a pecar de ingenua, sin embargo, esta vez no seré la primera en levantar la espada. —Y como había hecho con Jonoa les abrí la puerta, les brindé la oportunidad perfecta para dejarme atrás—. Si lo deseáis podéis construirs vuestra propia embarcación e iros. No me opondré a que...

—Me quedo. —El primero en hablar fue Atli, lo miré con una sonrisa y asentí en silencio. Lo que no me esperaba es que tras él todos los demás siguieran su ejemplo. Ni uno solo decidió darse la vuelta y buscar fortuna sin mí y yo apenas podía creerlo.

Tras esto yo iba mucho más relajada. Dejé que nos guiasen y conocí a los líderes de aquella pequeña tribu. No eran más de treinta personas, nosotros los superábamos por bastante, sin embargo, se les veía felices.

Los niños corrían en torno a nosotros, nos miraban con una mezcla de terror y asombro, para ellos éramos las criaturas exóticas de las que sus madres los prevenían. No bajé la guardia, pero era complicado no dejarse absorber por aquella energía viva. En un par de horas Une, Jonoa, Suen y yo nos sentamos sobre unas alfombras en una gran tienda. Me ofrecieron que fumara con ellos, pero miraban a Jonoa como si fuera él el que debía tomar las decisiones, incluso Suen parecía tener más voz que yo, aunque ninguno de

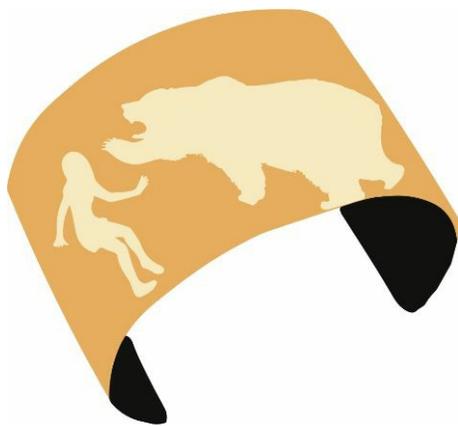
los dos hizo nada que pudiera reprocharles.

—Dice que con la llegada de la luna festejarán por ti y por tu pueblo — comentó Jonoa mirándome, asentí y me levanté notando las piernas agarrotadas.

Salí de allí sintiéndome vigilada. Caminé hacia el centro de la aldea y me senté en la fogata con Asdis e Ingunn. Ellas comentaban entre sonrisas sobre dos jóvenes que no dejaban de otearlas, se sentían hermosas y vivas.

¿Dónde estaba la felicidad que creía que sentiría? en mi mente solo estaba él. Jonoa se carcajeaba, hablaba, estrechaba manos y siempre estaba rodeado. Su risa de felicidad se clavaba en mi pecho, pocas veces lo había visto tan feliz y comprendí que no podría permanecer, día tras día, tan cerca de él sin tratar de tenerlo a mi lado.

## Capítulo 28



Al fin era libre para decidir. Tenía el mundo al alcance de la mano y la idea me llenó de sueños. Familia, hogar, futuro, palabras hasta entonces vetadas que ahora me sacaban una sonrisa. Nadie comprendía mejor que yo lo que era poder elegir a donde ir, el deseo de caminar hasta que me sangrasen los pies por el simple hecho de anhelar hacerlo.

Jamás creí que me recibirían de esa manera, lograron silenciar mis propios pensamientos con tantos buenos deseos y tantas conversaciones sobre mis raíces. Querían que me uniera a ellos, decían que era un gran guerrero y que siempre estarían a mi lado. Recordaban a mi familia y me daban sus condolencias, prometiéndome que me llevarían al cementerio que habían creado para ellos.

Fue con el paso de las horas, cuando el sol ya amenazaba con desaparecer y terminaban de ultimar los preparativos del festejo, cuando comprendí que faltaba algo. Engla se había alejado y, por mucho que traté de hablar con ella, Une siempre se interponía.

—No desea verte —me explicó Une antes de tocar la espada que colgaba de su cadera a modo de aviso.

—¿De verdad pelearías contra mí por ella? —pregunté sin poder creérmelo.

—No lo comprendes, ¿verdad? —negué despacio mirando a Engla desde

lejos, deseaba que se girase y me viera, poder leer en sus ojos azules lo que ocurría. —Ella te ha dejado ser tú mismo mucho antes de ofrecerte la libertad, eras libre a su lado.

—Yo la amo, mi lobo...

—¿En serio? —me interrogó escéptica —Sabías que ella no deseaba dejarte ir y lo tomaste de todos modos.

—Quería ser un igual, que me viese como a un hombre. ¡Quiero que vea que soy fuerte y merecedor de...!

—Ella ya lo sabía, ¿acaso eres el único que no se ha dado cuenta de cómo te miraba? Sus ojos te comían y solo sonreía cuando tú estabas cerca. —Las palabras de Une me descolocaron. Me giré frustrado y me alejé a conversar con otra muchacha que no había dejado de tratar de conversar conmigo desde nuestra llegada.

Sin embargo, no era lo mismo. No dejaba de compararlas y no era justo. Caminé hacia el bosque e intenté recordar la última vez que había sido libre. La última vez que caminé sin miedo y con derecho a defenderme. Engla me había dado mucho, incluso antes de ser dueño de mi destino me enseñó a luchar, aunque más porque ella deseaba que viviera que por cumplir mis sueños.

Hacía muchos años desde que había recorrido aquellos mismos lugares con mi madre. En ciertas épocas algunas tribus se reunían para comerciar y festejar. En esas ocasiones no solo se realizaban enlaces, sino que las familias se reunían. Aquella tribu conocía al niño que yo había sido y me aceptaron por una persona que ya no existía, ya no era el mismo, incluso era un extraño en aquel lugar, tratando de aferrarme a recuerdos que se desvanecían.

El rostro de una madre es lo que un niño no querrá perder jamás, sin embargo, descubrí que en aquel momento lo que más temía era perder a aquella guerrera que me había atado, golpeado y seducido. Ella que decía querer doblegarme, que decía de mí que no era más que un perro, pero que me protegería con su propia vida de ser necesario. Ella creía tener un corazón sucio, yo mismo la había despertado en varias ocasiones cuando las pesadillas la hacían gritar y debatirse contra la nada.

Había tanto en ella que me gustaba... incluso lo que al principio me parecía insoportable. ¿Por qué la libertad valía más que ella?

Seguí caminando y de pronto la vi. Era Engla, por algún motivo nuestros pasos nos habían llevado al mismo lugar. Estaba agachada al lado de la orilla,

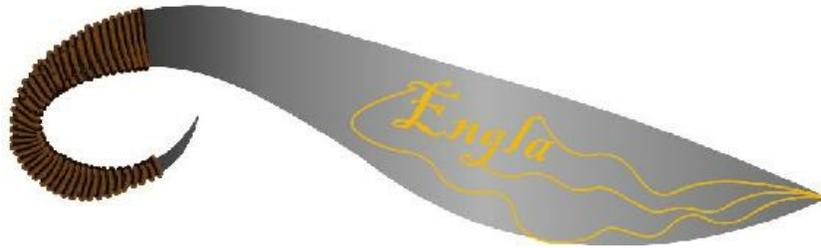
sus cabellos dorados bailaban con el viento de una manera hermosa y temí que, al descubrir mi presencia, me echara de su lado. Necesitaba hacer que comprendiera mis motivos.

Caminé despacio, alerta. Me sentí un cazador, pero mi presa se dejó caer sobre el suelo. Ahí todo perdió importancia, sus gritos serían bien recibidos si ella estaba bien.

—¡Engla! —aullé presa de la angustia y el miedo. Nadie contestó. Mi pulso se aceleraba y al llegar a su lado comprendí que algo iba realmente mal. Su piel estaba tan pálida, sus ojos permanecían cerrados a pesar de que mojé su rostro y estaba ardiendo.

La cogí entre mis brazos y la pegué a mi pecho. Volví tras mis pasos necesitado de ayuda, rezando porque en la aldea pudieran ayudarnos. Tenían que salvarla, no podía perderla, pensé mientras besaba su frente y rezaba por tener un futuro a su lado.

## Capítulo 29



La luna llegaría y con ella los bailes que Jonoa me había descrito tantas veces. Oiría los tambores y mi cuerpo volvería a la vida. Sentiría el fuego recorriendo mis venas y anhelaría mi fruto prohibido, pero no podía ser.

Entre tantas risas, planes y felicidad yo era la que destacaba. Mi pose alerta y mi mirada triste, lejana. Solo Une parecía comprenderme y me dio espacio, no hizo preguntas solo señaló el bosque y yo asentí.

Como cuando era joven, igual que en aquellos días que volvía a mi lugar secreto junto al río busqué un lugar tranquilo en el que poder sentarme y respirar. Caminé y caminé hasta que por fin encontré un diminuto río e introduje mis pies en sus gélidas aguas.

Miré el brazalete de mi mano y me lo recoloqué. Cerré los ojos y traté de conectar con el espíritu de mi madre. Quería sentirla cerca, necesitaba un último consejo. Fue así como me quedé dormida. Quizás fueron unos minutos o tal vez mucho más tiempo, pero simplemente cerré los párpados y al momento estaba muy lejos de allí.

*Aquel día llovía. El agua resbalaba por las hojas y caía al suelo con fuerza, pero decían que eso era bueno para las cosechas. Todo crecería con más fuerza y los ríos llevarían aguas más limpias. Todos eran felices escuchando aquel repiqueteo y charlando entorno a un fuego. Se reían con historias pasadas y comentaban los nuevos enlaces.*

*Yo era pequeña, siete ciclos, tal vez ocho. Había detalles que no tenía del todo claros, pero era diminuta. Mi madre decía que parecía una de aquellas criaturas que cuidan de la naturaleza, seres minúsculos, pero de gran corazón que defendían a los animales que no podían hacerlo por sí mismos.*

*Ella creía que esas criaturas mantenían el equilibrio, impidiendo que los humanos masacraran a su antojo, manteniendo la balanza intacta.*

*Tanto me contó las historias de aquellas criaturas que en mi pecho anidó el ansia por conocerlas. Quería buscarlas, jugar con ellas y tal vez invitarlas a cenar. Eso me llevó a abrir la puerta y, sin preocuparme por acabar empapada, puse rumbo a mi aventura.*

*Caminé entre los árboles, penetré en el bosque más que nunca hasta entonces, y sonreí ante la belleza que me rodeaba. El sol al atravesar las diminutas perlas de agua creaba arcos de todos los colores inimaginables y yo me dejé guiar por ellos.*

*De pronto, entre la maleza, escuche algo moverse. Al principio tuve miedo, me planteé correr al regazo de mi madre y volver con ella como refuerzo, pero al recordar por qué había salido comprendí que no había nada que temer. Aquellas criaturas me defenderían, jamás dejarían que nada malo me ocurriera.*

*Me acerqué y removí los matorrales hasta que, sin aliento, descubrí que lo que se ocultaba en aquel lugar no era más que un par de osos, no de esos animales inmensos que hacen que los hombres orinen sus pantalones, sino de los pequeños, los que dan ganas de abrazar y besar.*

*Así lo hice, caminando a cuatro patas como ellos me acerqué y los acaricié. Al principio me temían, pero con el paso de los minutos logré estrujarlos con cariño y fui feliz.*

*Estaba rodeada por aquellos seres que se convertirían en depredadores, en fieras bestias y sin embargo no tenía miedo alguno. Deseaba detener el tiempo para poder jugar con mis nuevos amiguitos, quería que ellos confiaran en mí y ya planeaba cómo haría para volver, cuando la madre de aquellos preciosos osos regresó.*

*Fue un instante, el momento que se tarda en llenar los pulmones de aire, el que tardé en comprender que estaba en peligro. Que aquella inmensa criatura podría destrozarme con un par de zarpazos sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo.*

*¿Qué puedes hacer cuando la vida ha terminado? No tenía motivos para luchar en una batalla perdida y dejé de mirarla. Me volví hacia el osito que había a mi lado y lo abracé, cerré los ojos y solo esperé algo que no llegó.*

*El aire seguía soplando, el frío comenzaba a calarme bajo la piel, no obstante, necesité reunir la poca valentía que me quedaba para volver a*

*abrir los ojos, para descubrir que aquella osa inmensa no me veía como un peligro y se había acostado muy cerca de mí, lamiendo al otro osito con movimientos lentos, perezosos.*

*—¿Eres su mamá? —pregunté entonces con curiosidad. Temía acercar la mano, asustarla, y por eso me quedé quieta mirándola. Entendí como un sí cuando ella bufó y yo acaricié la cabeza del osito que seguía tan cerca de mí que me calentaba, con dedos temblorosos —Mi mamá también me cuida, pero yo no voy a haceros daño —expliqué sin comprender la alegría que tenía mi padre y sus amigos al volver, tras haberles arrebatado la vida, con una de aquellas criaturas entre los brazos.*

*Nunca he sido estúpida, comprendía que era necesario para vivir, pero ¿por qué alegrarse por ello? La miré y deseé que nunca le ocurriera nada malo, era una familia y se necesitaban entre ellos.*

*—Yo os protegeré —prometí en aquel momento. Me levanté y sonreí orgullosa tocándome el pecho en señal de respeto, como había visto hacer a mi padre—. Quizás no lo parezca, pero me haré fuerte y no le contaré a nadie dónde estáis.*

*En aquel momento yo no comprendía que mi desaparición no había pasado desapercibida, que mi madre, acompañada de muchos otros, habían salido en mi busca. Tampoco que lo que no era más que algo inocente, a ellos les parecería una peligrosa situación de la que habrían de rescatarme.*

*—¡¡Engla!! —Oí su grito y me giré preocupada. ¿Se habría caído?, pensé lista para correr en su auxilio. No era eso.*

*Varios hombres, armados hasta los dientes, se acercaban en silencio mientras mi madre me hacía gestos con las manos.*

*—¡¡NO!! —supliqué histérica —¡¡No le hagáis daño!! —Pero nadie me escuchó.*

*Aquella osa solo vio que atacaban a sus pequeños, que varias hachas y cuchillos volaban hacia ellos y se colocó sobre sus cuerpos protegiéndolos con su propia vida. Yo estaba en el medio e hizo algo que me dejó sin aliento. Con su costado me lanzó contra el suelo sobre su osezno y me cubrió también.*

*Yo no veía nada, pero podía oír sus gruñidos lastimeros acompañados de los gritos de mi madre pidiendo que me salvaran, rezando por mi vida, mientras yo lloraba por aquel inmenso animal. La impotencia me carcomió y cuando, finalmente levantaron el cuerpo sin vida de aquella preciosa*

criatura, supe que su muerte me acompañaría siempre.

—¡Engla! —Mi madre lloraba, pocas veces lo hacía, pero corrió hacia mí y me abrazó con tanta fuerza que me hizo daño. No dejaba de mecarme, como si quisiera consolarme, cuando yo permanecía en el más absoluto silencio. Tardó en darse cuenta, yo tampoco hice nada para llamar su atención, al menos no me moví hasta que vi como los hombres se acercaban a los dos oseznos.

Empujé a mi madre y me levanté de un salto. Tenía los puños cerrados a ambos lados de mi cuerpo y me coloqué entre ellos y los oseznos.

—¿Qué haces? —preguntó uno de los hombres con una sonrisa arrogante.

—¡No dejaré que les hagáis daño! —grité presa de la furia —¡Habéis matado a su madre por protegerme! —Mi madre se levantó y caminó hacia mí.

—Cariño, podía haberte herido. No puedes volver a...

—La matasteis porque la temíais, solo por eso. Ella me protegió, ¿acaso no podéis verlo? —argumenté sin que nadie prestase atención a las palabras de una niña. Trataron de apartarme, pero yo no estaba dispuesta a cooperar. El dolor de mi pecho, la culpa, el miedo por la vida de aquellas dos criaturas despertó algo en mi interior. Aquel día fue la primera vez que entré en modo combate.

Los miré evaluándolos y supe que no tenía ninguna posibilidad, aunque no por eso iba a detenerme.

Aquel vikingo se acercó dispuesto a retenerme y alejarme de allí, vi sus manos acercándose y recordé los consejos de mi madre. Era un hombre y yo pequeña. Corrí con cada músculo en mi cuerpo tenso, listos para dar todo lo que podía de sí mismos.

Él se acercó a grandes pasos, yo golpeé sus partes nobles y volví a retirarme.

—¡Arg! ¡Cuando te pille te dejaré el culo en carne viva! —gritó furioso mientras caía de rodillas. Mi madre se tensó y se acercó a mí.

—Engla, déjalo ya —me pidió colocando su mano en mi hombro.

—No —respondí con determinación. Ella iba a replicar algo, sin embargo, no lo hizo. Se quedó mirándome a los ojos y después asintió. Nos quedamos en silencio varios minutos cuando el vikingo al que había golpeado se levantó y volvió a lanzarse hacia mí.

—¡No toques a mi hija! —aulló mi madre, no obstante, yo también me moví. Él golpeó con fuerza mi mejilla y caí con fuerza en el suelo, podía sentir cada latido de mi cuerpo concentrado en mi cabeza, no me importó. Quería, deseaba desgarrar a aquel hombre con mis dientes. Anhelaba venganza, de una manera tan ciega, que me lancé hacia él. Gruñí como lo haría un animal, comprendí la desesperación que sentían cuando se veían acorralados, la necesidad de defender a alguien a quien quieres y la impotencia de no tener la fuerza suficiente para lograrlo.

Él no se lo esperaba, yo no cedí ni un ápice en mi determinación. Agarré su brazo con mis manos, lo apreté contra mi pecho, y hundí mis dientes hasta que la sangre, con aquel sabor metálico tan característico y nauseabundo, me llenó la boca.

Él gritó como loco, me zarandeaba y recibí otro puñetazo más, que a punto estuvo de hacerme claudicar, sin embargo, algo hizo que todo se detuviera. De pronto aquel gigante caía. Clavó sus rodillas en el suelo y se precipitó hacia delante, arrastrándome con él.

Me quedé sin aire, pero pude sentir que dos manos me recogían y la luz volvió a abrirse ante mí. Mi madre tenía el cuchillo dorado entre sus dedos y la cara, manos y pecho llenos de sangre.

—¿Está muerto? —pregunté sin voz. Ella retuvo mi rostro, me obligó a mirarla a los ojos y sonrió de una manera que me paralizó el corazón.

—Te amo, cariño. Siempre lo haré. —Fue su respuesta. Acarició mi labio herido y me besó la mejilla hinchada. Apenas podía sentir su toque cálido, pero aun así me calentó por dentro.

—Ellos son buenos. No dejes que les hagan daño —supliqué con las lágrimas desbordando mis ojos. Salían con tanta fuerza que mis palabras apenas eran comprensibles.

—Has luchado como una skjaldmö —contestó ella, como si esa palabra fuera un elogio y contestase todas las preguntas que se amontonaban en mi joven cabeza.

—Ha sido mi culpa —gimoteé aferrándome a su ropa. Enterré la cara entre sus brazos y dejé que la pena me embargase. Ella me ocultó de los demás, consciente de mi vergüenza.

—Compénsalos. —Aquella palabra me dio un motivo en la vida para vivir.

Me levanté poco después. Solo quedaban un par de rezagados, pero los

*oseznos seguían golpeando con los morros el cuerpo caído de su madre. La movían esperando, deseando que abriera los ojos y los envolviera en el cálido abrazo que solo una madre puede dar.*

*Caminé dando tumbos, pero agradecí que mi madre no me ayudase. Me planté ante los hombres que quedaban y enseñé los dientes como lo haría un oso que se ve amenazado. Yo no era consciente de eso, sin embargo, mi rostro estaba deformado por los golpes, mis labios quebrados y mi boca llena de mi propia sangre. Nada de eso me importaba, en aquel instante no podía sentir dolor.*

*—¡Nadie les hará daño! —grité sin que las lágrimas dejaran de salir. Mis manos estaban cerradas con tanta fuerza que mis dedos se habían vuelto del color de la nieve —Me pertenecen.*

*—Lucha como toda una guerrera —dijo el primero de ellos. Me habría gustado ponerles nombres, pero yo apenas era capaz de ver unas siluetas borrosas, inmensas.*

*—No —negó otro con resolución—, lucha como Tyr la de los mil dientes. —Y aquellos grandes hombres, aquellos vikingos a los que tanto había visto estallaron en carcajadas, sonoras carcajadas que me hicieron temblar. Caminé hacia atrás un par de veces y sentí algo contra el talón de mi bota.*

*Me giré y vi a aquellos dos oseznos, me agaché junto a ellos y traté de abrazarlos a ambos, aunque mis brazos no daban para mucho. Era diminuta, pero comprendía su dolor. Los sostuve y los acuné con la esperanza de que se sintieran reconfortados.*

*Desperté de golpe. Sentí un pinchazo en la pantorrilla y mi mano voló hacia allí. Toqué algo viscoso, resbaladizo, y el río empezó a dar vueltas. No había terminado de incorporarme cuando volví a caer.*

*En aquella ocasión no fue fruto del cansancio o del sueño, en aquella ocasión sentí que un precipicio se abría bajo mis pies hundiéndome, arrastrándome hacia el más oscuro abismo.*

*No hay nada que pueda hacer, pensé resignada al darme cuenta de que estaba en peligro y no tenía fuerzas para seguir peleando.*

## Capítulo 30



Dicen que los cielos lloran cuando los hombres sienten la devastación más absoluta. Quizás las gotas de lluvia tratan de borrar aquella pena, lamen de los rostros las lágrimas que en seguida encuentran sustitutas.

En aquel momento yo corría porque no podía dejarla marchar. Porque ella, aquella mujer de ojos azules como el mar, era la única persona a la que de verdad necesitaba. Era la única sin la que no podría seguir viviendo. Con ella había llegado mi esperanza, el deseo de un mañana. A su lado me había enfrentado a viejos fantasmas, aún sin percatarme de ello.

Lejos quedaron las preocupaciones, que ahora me parecían tan nimias. Ya nada importaba más que ver que su pecho seguía subiendo y bajando regularmente. La escuché gemir, saber que le dolía me hizo descubrir que prefería ser golpeado hasta que la carne se separase de mis huesos antes de que ella sufriera mal alguno.

Mi madre me dijo una vez, cuando aún no podía comprender la sabiduría que escondían sus palabras, que la valentía no era enfrentarse a la muerte y no temerla, que era temerla con cada fibra de tu ser y seguir adelante.

En aquel momento me temblaban las manos, mis piernas parecían hechas de telas viejas y mi boca no tenía saliva que calmase el inmenso dolor que se había acumulado en mi garganta. Gritaba, aún sin ser consciente de ello. Mezclaba los dos idiomas que conocía suplicando, a quien fuera, que

acudiera en mi auxilio, que la salvase.

Todo pasaba tan deprisa y tan despacio al mismo tiempo. Avanzaba como un ciego, las ramas nos golpeaban y yo cubría su cuerpo con el mío, la protegía de la única forma que podía. Estaba llorando, hacía tanto que había dejado de hacerlo... Una vez creí que ya no habría nada que pudieran hacerme daño, que volviera a romperme, sin embargo, ella se había convertido en parte de mí sin darme cuenta y su dolor llegaba a mí multiplicado por mil.

Lejos quedaron las dudas, el deseo de libertad. Aquella estúpida ansia ya no existía, pues prefería vivir encadenado el resto de mis días si era ella quien llevaba la correa, quien me dejaba besarla y amarla, quien me sonreía desde la distancia con orgullo.

Suen fue el primero en llegar hasta mí. Cuando vio a Engla quiso arrebátarmela de los brazos, pero no se lo permití. Gruñí amenazante, no había ninguna otra palabra que pudiera expresar mejor mi ferocidad, lo que le haría si me la quitaba.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó preocupado. Su rostro había mudado, en él ya no quedaba rastro alguno de jocosidad. Estaba preocupado y nervioso.

—No lo sé. La he encontrado así. Está ardiendo —solté de golpe. Según las ideas iban acudiendo a mí.

El poblado se abrió ante mis ojos y me vi rodeado. Tantas caras desconocidas a mi alrededor... pero nada importaba.

Caminé hacia la tienda más cercana y dejé su cuerpo, con delicadeza, sobre las pieles del fondo. Acaricié su rostro, que estaba extremadamente pálido y besé sus labios.

—Vuelve, siempre seré tuyo —supliqué juntando nuestras frentes y acariciando su mano. Alguien se acercaba y dos hombres me arrastraron para dejar que una mujer, de avanzada edad y cabellos plateados, tratase a Engla.

Le fue quitando la ropa y trataron de sacarme de allí. Me hablaban, pero yo solo escuchaba un extraño pitido que envolvía aquella situación en una confusa bruma. Mis ojos seguían en sus pechos, que ahora habían quedado al descubierto, concentrados en el subir y bajar. Sabía que si aquel movimiento se detenía también lo haría mi corazón.

—Tenemos que dejar que la cuide. —Suen me agarró el brazo y me zarandéo. Quise golpearlo, dejar que mis puños se estrellasen contra su mandíbula hasta que no pudiera hablar.

—No la dejaré.

—Aquí solo molestamos —replicó él con insistencia.

—Si no quieres que te ensarte con mi espalda no vuelvas a tocarme —dije fieramente. Jamás me había sentido de aquella manera. Sentía que podría encararlos a todos con tal de no moverme de su vera. Quería que me viera cuando volviera a abrir los ojos. Allí estaría.

—Estás preocupado, sin embargo... —Nunca antes comprendí aquellos estúpidos movimientos, que Engla me había obligado a repetir hasta la extenuación, hasta aquel instante. En mi mano apareció el cuchillo que ella misma me había regalado y lo coloqué contra el cuello de Suen en el mismo tiempo que una mariposa bate sus alas. Él se quedó mirando y yo sentí que mis labios se plegaban en una sonrisa amenazante.

—No vuelvas a tocarme —gruñí antes de soltarlo y volver a mirar el pecho de la mujer que amaba.

Aquella anciana siguió dejando su piel al descubierto y nos quedamos los tres solos en la tienda, Suen también salió. La vi trabajar en silencio, observando la belleza de Engla y comprendí que lo más hermoso de todo era verla sonreír.

—¿Qué le ocurre? —inquirí al ver que ella comenzaba a sacar ungüentos y vendas. Sus manos removieron su pierna derecha y acercó su rostro para observarla de cerca. Era extraño ver a aquella señora tan cerca de la entrepierna de la mujer que tantas veces me había recibido. Deseché aquel pensamiento y me acerqué inquieto. Necesitaba saber, como si eso pudiera calmar mi preocupación.

—La ha mordido una serpiente —me explicó con voz dulce y rasposa. Se movía con rapidez, a pesar de que sus dedos estaban deformados, como si los huesos no fueran capaces de mantenerse rectos por sí mismos.

Lo que jamás creí ver fue a la vieja inclinarse sobre la zona y morderla. La aparté confuso y asqueado, cuando ella se giró y me miró furiosa.

—Si quieres que viva me dejarás chupar el veneno. No vuelvas a tocarme, no me importa quién seas, no vuelvas a poner tus manos sobre mí o yo misma te mataré —comentó con voz suave, tan suave que me hizo retroceder.

Le dejé espacio, apartando la mirada mientras volvía a chupar el veneno y lo escupía sobre un tazón de madera. Podía escucharla una y otra vez y supliqué porque funcionara.

Dejé que los recuerdos ocupasen esos espacios de espera. Prefería volver a los momentos que habíamos compartido. Cada beso, cada caricia, cada pequeño detalle.

Me concentré en su boca, en sus labios entreabiertos y me alejé de allí. Me senté al fondo, demasiado cansado para permanecer en pie.

*En aquellas semanas en el barco había un día, un día que sobresalió sobre el resto.*

*Yo llevaba horas entrenando y ella se acercó a mí sin hacer ruido. Colocó sus manos sobre mis hombros y pegó su cuerpo a mi espalda mientras sonreía y bromeaba con otro de sus hombres.*

*Me trataba como un trozo de carne, incluso me sentí molesto, pero al girarme para contestarle como se merecía sus ojos me detuvieron. Estaban brillantes, sus labios rojos como la sangre y su sonrisa era lo más hermoso que había visto nunca.*

*—¿Te molestaría que te dijera que estás hecho para el pecado? —me preguntó ronroneando. Se acercó a mi boca, me rozó los labios con los suyos y sonrió. Bajó el tono y agregó con dulzura, sin que nadie pudiera escucharla —A tu lado me convierto en una Engla que creí que ya no existía. —Pasó sus brazos por mi cuello y me acercó a ella. Temblaba, aunque solo yo podía percibirlo.*

*A nuestro alrededor nos jaleaban, gritaban felices que me follase como solo ella sabía hacer. Decían que tenía que enseñarme lo que significaba yacer con una mujer vikinga, con una diosa entre los hombres. La miré a aquellos hermosos estanques cristalinos y supe que tenían razón.*

*Nos besamos, ella sabía a hidromiel y yo degusté su lengua con adoración. Se amoldaba tan bien a mis brazos... y pocas veces me tocaba de aquella manera ante los demás. Por algún motivo estaba contenta y yo decidí aprovechar.*

*—¿Vamos al camarote? —pregunté al ver que se alejaba con la boca enrojecida y los ojos vidriosos.*

*—Eres fuerte, pero tu fortaleza no está en tu cuerpo, tu poder está aquí —susurró colocando su mano sobre mi pecho—. Yo lo perdí, hace mucho tiempo —confesó contra mis labios—. Quizás creas que quieres ser como ellos, que quieres que te miren con respeto y adoración, sin embargo, el precio es muy alto. —Sus dedos rozaron mi mejilla, con suavidad al principio, y descendieron hacia mi cuello.*

—¿Ocurre algo? —Ella miró más allá de mí. Vi que viejos fantasmas danzaban en su cabeza.

—Nunca tendrás que cargar con mis penas, nunca tendrás que tomar decisiones difíciles. —No comprendí sus palabras, pero volvió a besarme con tanta intensidad que me perdí en su sabor. Se movía con brusquedad, saltó y sus piernas se enredaron en mi cintura.

Caminé con ella colgando. Ya me había acostumbrado a aquel balanceo eterno y conocía el barco, cada rincón de aquel trozo inmenso de madera, con los ojos cerrados. Caminé hasta el catre y la dejé caer.

Aquel día lo tomó todo de mí. Quería que la sujetase, decía que quería que el dolor se mezclase con el placer para hacerla olvidar, y yo la sostuve por las manos mientras golpeaba su interior una y otra vez en una danza dura, decadente, que nos llevó a un orgasmo rápido e intenso. Al terminar se hizo un ovillo y me pidió que la abrazase.

En aquel momento me sentí cerca de ella, percibí que me estaba dejando ver algo que nadie más había visto.

—¿Sabes lo más duro que he hecho nunca? —Estaba mirando al techo y levantó las manos, abriendo los dedos todo lo que pudo, dejando que la luz se colase entre sus dedos.

—¿Matar? —respondí confuso.

—Es mucho más complicado. ¿Qué harías por la persona que más quieres? —Se giró hacia mí y apretó los labios esperando. Ella temblaba, sentía frío, y la envolví con mis brazos. Traté de hacerla entrar en calor al tiempo que meditaba sus palabras.

—Morir por ella. —Lo dije con el corazón en la mano, pensé que aquella conversación iba sobre nosotros, no era así. Volvió a girarse y sonrió con tristeza.

—A veces por mucho que pelees no será suficiente. El mayor regalo que puedes darle a alguien a quien amas es permitirle marchar a la otra vida sin sentir dolor. Una muerte digna. —Supe que no eran palabras sin sentido, ni algo que había cruzado su mente por casualidad.

Me coloqué sobre su cuerpo. Ambos seguíamos desnudos y ella abrió las piernas para acogerme. Me deslicé con suavidad a su interior, queriendo consolarla y unirme a ella de una manera única.

Ella me miró con ojos vidriosos y bese su nariz, sus mejillas, su boca. Con mis pulgares acaricié su mentón y lo mordí con suavidad mientras me

movía despacio, sintiendo que la emoción que ella contenía, esa que estrujaba su pecho, saliera al exterior en forma de pequeños jadeos.

—¿Qué te ocurre hoy?

—Soy feliz y estoy triste —respondió enigmática.

—Me gustaría saber más —comenté mientras llegaba a su interior y empezaba a retirarme con una delicadeza que me estaba destrozando. Precisaba mucho más, pero tampoco deseaba obtenerlo aún. Aquella tortura era lo mejor que una persona puede saborear.

—Estuve a punto de hacerlo —replicó ella. Sus manos se detuvieron en mi cuello y apretó ligeramente—. Estuve a punto de matarla... —Entré con fuerza tratando de borrar aquel gesto de dolor y ella expulsó el aire de sus pulmones.

—Si te hace daño, sea lo que sea lo que ocupa tu mente, déjalo marchar. Quédate conmigo —pedí como un ingenuo.

—Aquel día puse el cuchillo en el cuello de mi madre. Mi idea era acabar con nuestras vidas y en aquel momento parecía lo mejor, lo más sencillo. No quería dejarla en manos de aquellos monstruos —explicó con tristeza—. Al final nos atravesaron con una espada y yo no... pero... casi...

Me moví más rápido y ella se abrazó a mí. Traté de volver a mirar su rostro, pero no me lo permitió. Apenas conseguía moverme porque ella me mantenía agarrado con ferocidad. Mordió mi hombro y yo gruñí.

—No te dejaré sola —prometí con la intensidad del momento, dispuesto a cumplir mis palabras.

Aquel día terminamos enredados hasta que la luna estaba en lo alto del cielo. Las estrellas ya habían salido cuando ella se quedó dormida. En su cara había una sonrisa cansada, satisfecha. Había tratado de hacerla olvidar cansando su cuerpo, dándole tanto placer que opacase el dolor que percibí en su mirada. Fue como ver a una persona completamente diferente.

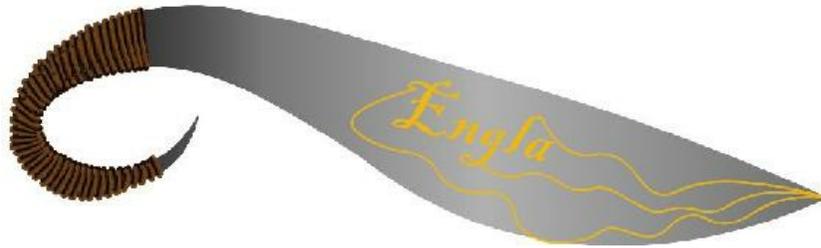
Aquel día ella me dejó besar cada pedazo de su piel. Descubrí sus lunares, recorrí con mi lengua lugares prohibidos de su anatomía para hacerla estremecer. Ella era mucho más que una guerrera, que la líder de un grupo o una asesina. Ella era mucho más, bajo la superficie se escondía un alma llena de colores, de música. No podía dejarla marchar.

Engla se removió y yo salí del trance. Me acerqué gateando, no me preocupaba nada más que tomar su mano. En algún momento la anciana la había cubierto con pieles y yo me apoyé en su cuerpo cansado, agotado.

Seguía respirando y eso era lo único que importaba, ¿no?

La muerte no podía arrebatarme, de nuevo, a la persona que más amaba sobre la tierra.

# Capítulo 31



En aquella caída al abismo pude volver a ver todo lo malo que había hecho. Podía oír las palabras de mi padre, de aquel hombre horrible que me había criado como propia, mientras la gente moría bajo mi acero.

En aquella oscuridad las caras aparecían y desaparecían. Era un juego atroz que me llevaba a suplicar que se detuviera, quería descansar. Me dolía todo, pero no podía moverme. A lo lejos la voz de Jonoa, yo quería contestarle, pero era incapaz acercarme.

Por eso, tras lo que pareció toda una eternidad, cuando volví a abrir los ojos y lo vi tumbado sobre mi pecho, con los párpados cerrados, me costó darme cuenta de que no era un sueño. Quizás entre todas aquellas pesadillas me habían dado un descanso.

Jonoa tenía mi mano entre las suyas, su aliento chocaba contra la piel de mi cuello provocando escalofríos en mi interior. Lo miré sin comprender qué había pasado, sintiéndome agotada y dolorida. Mi pierna derecha estaba hinchada y me costaba moverla, sin embargo, había pasado por cosas peores.

Me vestí sin despertarlo y salí al exterior. La noche era cerrada y allí solo estaba Suen, mientras bebía y miraba las estrellas. Me acerqué y me senté a su lado, él me miró y suspiró, como si hubiese estado reteniendo el aliento.

—¿Y Jonoa?

—Está descansando. ¿Puedo preguntar qué ha pasado? —contesté yo.

—Te ha mordido una serpiente. Últimamente nos das muchos sustos —dijo mientras me ofrecía un cuenco. Lo tomé y bebí un trago, aunque no muy largo.

—No ha sido nada. Soy demasiado dura para morir por una mordedura —

repliqué con una sonrisa mientras yo también disfrutaba del espectáculo que había sobre nuestras cabezas.

Había una inmensidad de puntitos brillantes. Miles de ellos. El aire era frío, pero estábamos acostumbrados a temperaturas mucho más crudas para preocuparnos.

—Me recuerdas a tu madre —soltó con cautela—. Ella también creía ser invencible.

—¿Erais amigos?

—La amaba —confesó con ternura y tristeza. Ante mi cara de asombro decidió continuar hablando, parecía que llevaba mucho tiempo meditando aquello. Por mi mente se pasó la gran pregunta, ¿sería él? Creí que si algún día me encontraba de frente con el hombre que me había dado la vida lo golpearía, que lo degollaría. No tenía ganas de nada de eso, sentí que algo en mi interior se había serenado—. La amo. Ella era única, su corazón era inmenso. A su lado fui el hombre más feliz del mundo, pero Guerd la deseaba. Creía que ella había sido creada para él, era su trofeo perfecto —me explicó dando otro gran trago.

—¿Ella te quería? —pregunté tratando de comprender lo ocurrido.

—Ella me amaba también. Teníamos pensado casarnos, unir nuestras vidas y tener decenas de niños. Queríamos surcar los mares y encontrar un lugar...

—En el que la guerra no existiera y poder criar a vuestros hijos sin temer por ellos —completé en su lugar—. No comprendo por qué ella acabó con alguien como Guerd. Sé que no lo quería.

—No, pero me amaba a mí. —Se tocó la barba, la mesó con calma y suspiró cansado—. En nuestra tercera incursión nos separamos y yo tardé varios días más en volver. Él lo había preparado todo, aunque en aquel momento yo no tenía ni idea.

—¿Qué pueden significar un par de días? —continué mi interrogatorio sin comprender nada.

—Ella ya estaba embarazada y él le dijo que yo había muerto. Le contó que había prometido ocuparse de vosotras y que el enlace sería esa misma noche para evitar rumores.

—Pero todos lo sabrían.

—Y nadie dijo nada. Muchos adoraban a Guerd, lo veían como el mejor de los guerreros y estaban convencidos de que eran la pareja perfecta. Yo

solo era un rebelde, un hombre que no seguía las normas y sin nada que ofrecerle. Tu abuelo también participó en el engaño. —Yo no había conocido a mi abuelo, mi madre tampoco hablaba de él. Demasiadas incógnitas que hasta entonces no me habían quitado el sueño—. Cuando volví ella ya era de otro, al verme ella no podía creérselo, corrió hacia mis brazos y lloró pidiéndome perdón, yo no podía comprenderla hasta que Guerd se acercó y la agarró por sus preciosos cabellos dorados. Tiró de su cabellera con tanta fuerza que yo me volví loco, lo ataqué. —Volvió a beber y me miró a los ojos—. Perdí. Me avergüenza reconocerlo, pero no tuve ninguna oportunidad.

—¿Entonces cómo sigues con vida? —Guerd no era conocido porque le temblase la mano. En realidad, en su rostro se dibujaba una sonrisa diabólica cada vez que sesgaba una vida. Nadie disfrutaba más que él en una batalla, no le importaba la edad o el género de su enemigo, algo que muy pocos podían decir.

—Porque tu madre lo detuvo. Se colocó delante de mí, yo traté de impedirlo, prefería morir antes de dejarla en manos de aquel cobarde, pero ella me hizo prometerle que me alejaría. Fue lo más duro que hice nunca —confesó con la barbilla temblando y lágrimas en los ojos—. Siempre quise acercarme, formar parte de tu vida...

Yo no pude contestar en ese momento. Verlo en aquel estado me molestaba, no creía que él tuviera derecho a llorar, fui yo quien sufrí por sus decisiones. Aunque tampoco había hecho nada malo.

Me levanté y me sacudí el pantalón.

—El pasado nunca ha podido cambiarse —comenté mirando el humo que salía, de la casi extinta hoguera. Demasiado tiempo martirizándome para seguir así, no lo conocía, no iba a juzgarlo por algo que no había visto con mis propios ojos.

—Lo siento, no me apartes de tu vida.

—¿Acaso soy tu dueña? —inquirí con indiferencia antes de girarme.

—Hay muchas formas de poseer la vida de alguien. —No me di la vuelta ante sus palabras, aunque se quedaron danzando en mi cabeza. Quería caminar, sin embargo, tras el último incidente decidí volver a la tienda.

## Capítulo 32



Desperté y ella no estaba. Me levanté de golpe y la vi entrar con paso tambaleante. Ella dio dos zancadas más y se detuvo. Me miró sin decir nada y sonrió con tristeza.

—¿Estás bien? —pregunté nervioso. Caminé hasta llegar a ella y nos quedamos tan cerca el uno del otro que no podía pensar.

—Agotada. —Su voz temblaba. Ella misma parecía a punto de caerse y yo la envolví con mis brazos.

—No debiste levantarte. Te habría traído lo que quisieras.

—Quiero estar sola —pidió con voz queda. Su pelo dorado cayó ante sus ojos cuando inclinó la cabeza y yo supe que no deseaba alejarme.

—Yo no soy nadie, ya te lo dije hace mucho tiempo.

—Ya tienes tu libertad —repuso antes de empujarme y pasar a mi lado. Su perfume, aquel olor que me traspasaba y me hacía temblar, invadió mi nariz. La agarré por el brazo y ella se giró con una frialdad pasmosa.

—No la quiero. —Asintió y se detuvo. Se miró el brazalete, que ahora adoraba su antebrazo y lo acarició con ternura.

—Ya eres libre, vete —repitió en automático. Yo no la solté y ella comenzó a golpear mi pecho. Al principio fueron pequeños golpes, pero a medida que veía que no me defendía incrementó su número e intensidad hasta que tuve que abrazarla contra mi pecho para detenerla—. ¡Fuera!

—Creí que lo que deseabas era tenerme siempre pendiente de tus deseos más oscuros. ¿Ya no me quieres entre tus piernas? —pregunté jugueteando mientras comenzaba a masajear aquellos preciosos pechos. Ella sonrió en respuesta y me alejó.

—No quiero un guerrero —dijo de pronto sorprendiéndome—. No quiero a un asesino a mi lado —confesó mirándose las manos.

—¿Así es como te ves? —Ella sostuvo mi rostro y sonrió.

—Ahora tienes la libertad, puedes escribir tu historia sin arrepentirte de nada. Quédate con ellos y sé feliz. Este no es mi sitio, nunca lo ha sido. —Se deslizó con suavidad y volvió a sentarse sobre las pieles. Se tumbó y cerró los ojos—. Necesito descansar un poco —añadió en una petición silenciosa para que la dejara sola.

Caminé hacia ella y me tumbé a su lado. Dejé que el silencio se asentara entre nosotros, un compañero que a mí me ayudaba y a ella la ponía nerviosa. Al final se removió y se colocó sobre mí.

—¿Quieres jugar? —pregunté guiñándole un ojo y devorándola con la mirada. Ella sonrió como respuesta.

—¿Por qué sigues aquí? —Vi las dudas, mil preguntas condensadas en una sola. Las inseguridades que escondía bajo una máscara y ocultaba en la frialdad de su gesto.

—Pensé que moriría contigo si no volvías a abrir los ojos —comenté dejando que mi dedo descendiera por su cadera y llegase a su entrepierna de manera descarada.

—¿Por qué te preocupaba tanto? —Volvió a preguntar, mientras cerraba los ojos y bajaba la voz.

—Porque no creo que nadie más pudiera soportarme —dije sonriendo mientras levantaba su vestido—. Porque nadie más me follaría como lo haces tú y... ¡Auch! —me quejé cuando me golpeó el hombro —Solo quiero decir que todos tenemos algo de lo que arrepentirnos. No deberías dejar que tus errores te definan.

—He matado a tanta gente... —dijo dejándose caer sobre mí. Mi espada debería proteger, no dañar.

—Te amo —solté de pronto con el corazón sobrecogido. Ella se levantó al momento, me miró y tembló.

—Yo también te quiero —repuso mordiéndose el labio de una manera... ya estaba a puntito de desnudarla, pero si hacía eso... iba a arrancarle la ropa

con los dientes—. Aunque lo tuyo también me sirve —añadió riéndose a carcajadas.

## Capítulo 33



Entre los dos se estableció un acuerdo tácito. Ella me miraba y yo ya sabía lo que quería. Por extraño que parezca ella no había cambiado en absoluto, creía que yo debía cumplir todos sus deseos, pues estaba convencida de que siempre sabía lo que era mejor para ambos.

Caminé hacia el centro del poblado y me re Coloqué el tocado. Mi pelo había crecido considerablemente y yo sonreí orgulloso. La luna estaba llena sobre nuestras cabezas y el jefe de la aldea me llamó con la mano.

—¿Estás listo para comenzar tu camino? —me preguntó tras tenderme una pequeña rama de madera con dos tiras de cuero en los extremos —Ella poseerá tu corazón de ahora en adelante y será la que traiga a tus hijos al mundo. Abrirás los ojos a su lado con la llegada del sol y los cerrarás a su lado con la aparición de la luna. Siempre estaréis juntos. —Aquellas eran palabras hermosas, parte de un rito muy antiguo, un rito hermoso.

Las mujeres danzaban entorno a la gran hoguera, era incluso más hermosa de lo que recordaba. Las llamas subían con ferocidad y crepitaban al ritmo de los tambores, como si estuvieran acompañados creando la melodía perfecta.

La sentí mucho antes de verla. Estaba tan hermosa que me quedé sin palabras, sin pensamientos. Ella siempre tan fiera lucía un vestido de la tribu, pero llevaba sobre la cadera un nuevo cuchillo, una reproducción del que

había perdido. En sus brazos había varias pulseras de oro y el brazalete del oso y la mujer.

Suen le tendió la mano y ella se la cogió con timidez. Se movía como una pantera, sus gestos eran sensuales y al mismo tiempo amenazantes. Deseé tenerla ya entre mis brazos, pero quería que recordase aquella noche el resto de nuestra vida. Quería borrar cada mal recuerdo y reemplazarlo por momentos hermosos.

Entre ambos habían creado un camino de flores silvestres. Ella iba descalza, sintiendo la fuerza de la tierra bajo las plantas de los pies para que conectara con la madre de todos. Yo iba con el torso al descubierto para que pudiera ver que mi corazón latía con fuerza solo por ella.

Suen la llevaba con delicadeza, la guiaba hasta su nueva vida y ella avanzaba despacio. Cada paso que daba era uno que la alejaba de quienes habíamos sido para llegar hasta allí. Pruebas que nos habían doblegado y nos habían hecho convertirnos en quiénes ahora esperaban unir sus vidas, dos individuos incompletos que se encontraron por mera casualidad. Dos seres que se completaron con perfección y que se necesitaban para seguir en pie.

Llegó hasta mí con todos sus sueños en la punta de los dedos y, cuando me tocó, supe que ahora eran mis sueños también. Quise besarla, pero aún no era el momento. El beso sería al final, cuando ya nos perteneciéramos y la tensión la hizo sonreír avergonzada.

Aquel rito consistía en dejar que hablasen nuestros lobos, mirarnos a los ojos y abrir nuestras almas. Confesiones ante aquellos que nos importaban.

Une se acercó a nosotros y colocó sobre nuestras manos unidas un trozo de cuerda. Asdis, Bera, Goi, Ingunn y Une se arrodillaron frente a Engla con las cabezas gachas en señal de respeto.

—Podéis incorporaros —dijo mi futura mujer con solemnidad mientras estiraba la mano que todavía tenía libre.

—Vigilaremos por ti, por nosotras, por aquellos que amamos. Lucharemos a tu lado y daremos la vida si es necesario. —Une elevó la voz para que todos pudieran oírla. Ahora nosotros habíamos creado nuestra propia tribu. Una mezcla de tradiciones hermosas, pensábamos quedarnos con todo lo bueno y desterrar lo malo.

Después se alejaron con las manos apoyadas en las espadas que colgaban de sus caderas. A continuación se acercó Suen que, tras besar la frente de su hija, se arrodilló ante mí. Sus palabras no eran del todo de sumisión y respeto,

pero yo se lo agradecí de todas formas.

—Si le haces daño te mataré yo mismo, pero si la cuidas y la amas lucharé a vuestro lado hasta que la muerte venga a por mí.

Después se incorporó y se colocó a mi vera. Yo miré a Engla, que sonreía divertida y me encogí de hombros.

—Ahora toca a los novios hablar —comentó el jefe que había ante nosotros. Yo sonreí—. La mujer va primero —añadió estirando las manos. Ella tembló, yo apreté con fuerza sus dedos infundiéndole ánimos.

—No sé quién soy, no sé lo que nos espera ni si llegaremos a ver la luz del próximo amanecer —dijo ella con tristeza.

—Llegaremos —añadí por lo bajo para que solo Engla pudiera oírme.

—Solo sé que es la única manera de volver a ponerte la cadena y tenerte siempre a mi lado. —En aquel momento la habría matado a cosquillas, sonreí prometiendo venganza. Ella me tendió el brazalete y yo le ofrecí el brazo para que volviera a colocarlo en su lugar.

No hizo falta que nadie me diera paso. Empecé a hablar olvidando dónde nos encontrábamos, sintiéndola solo a ella.

—Cuando te conocí quería morir. Mi vida no tenía sentido porque no me quedaba nadie —comenté antes de empezar con la parte verdaderamente importante—. Tú me devolviste mi identidad, mi razón de ser, me diste un motivo para luchar. —Acaricié con el pulgar la parte más sensible de su muñeca y sonreí sabiendo el efecto que tenía en ella. Ahora tendría que mantener la compostura mientras yo me lo pasaba en grande—. Eres fuerte, testaruda, hermosa, lista y tozuda. Si en algún momento hice algo de lo que estoy orgulloso fue la primera vez que me enfrenté a ti. Te amé desde el primer momento en el que te vi pelear. Te observaba desde las sombras, sin creermelo que fueras real. Estaba convencido de que eras una diosa que había venido a salvarme y no me equivocaba. Te amo —concluí sacando de entre mis ropas un atrapasueños que yo mismo había hecho.

Se lo coloqué al cuello y acaricié las tres plumas que colgaban de él.

—¿Qué es esto? —preguntó ella extrañada. Sus dedos también recorrieron las plumas asombrada. No era porque lo hubiera hecho yo, pero era realmente hermoso.

—Es un objeto mágico, capaz de atrapar en sus cuerdas las pesadillas, dejando solo los buenos recuerdos —expliqué, aunque no era del todo exacto—. Esta es mi propia versión. Esta pluma es por ti. Esta es por mí. —A

medida que hablaba las iba tocando. Mi dedo se detuvo en la tercera y sonreí —. Y esta es por todos los niños que voy a colocar en tu vientre. —Terminé como todo un poeta.

Ella saltó en mis brazos y yo la besé. No recuerdo lo que dijo el hombre que debía terminar de enlazar nuestras vidas. No recuerdo nada que no sea a ella bailando y sus besos apasionados cuando nos guiaron hasta nuestra tienda.

Me desnudé y la desnudé a ella. Hinqué la rodilla y ella se quedó en silencio.

—¿Qué haces? —preguntó confusa.

—Quiero que me permitas poseerte. Quiero hacer de tu cuerpo mi templo y para eso has de darme todo el poder. —Ella tembló retrocediendo—. A cambio —continué con rapidez—, tú serás mi dueña fuera de este lugar. Confía en mí y te cuidaré toda la eternidad.

# Muchas gracias

**M**uchas gracias por leer mi libro y por dedicarme vuestro tiempo. Muchas gracias por ayudarme a cumplir mi sueño. Muchas gracias simplemente por seguir ahí.

Pediros que puntuéis para ayudarme a mejorar y además posicionarme en la lista de ventas. Vuestras opiniones pueden influir en otros lectores indecisos. Incluso una opinión negativa puede marcar la diferencia y marcar el futuro de un escritor.

Si queréis poneros en contacto conmigo mi twitter es [@A\\_R\\_Cid](#)

Facebook: EscritoraARCid

Os espero...